



JOSHUA IAN

EL IAGO
MANCHESTER

ROMANCE ARCANO

El lago Manchester

Romance arcano, Volumen tres

Joshua Ian



Moody Boxfan Books

EL LAGO MANCHESTER

Romance arcano

JOSHUA IAN

ANA COMPAÑY MARTÍNEZ [TRADUCTORA]



Contents

Sinopsis

PRÓLOGO

EPÍLOGO

París, 1907

1. CAPÍTULO UNO

Inglaterra, 1910

2. CAPÍTULO DOS

3. CAPÍTULO TRES

Le Mans, Francia, 1906

4. CAPÍTULO CUATRO

Londres, 1910

5. CAPÍTULO CINCO

París, Francia, 1907

6. CAPÍTULO SEIS

Londres, 1910

7. CAPÍTULO SIETE

8. CAPÍTULO OCHO

París, 1907

9. CAPÍTULO NUEVE

Londres, 1910

10. CAPÍTULO DIEZ

11. CAPÍTULO ONCE

París, 1907

12. CAPÍTULO DOCE

Londres, 1910

13. CAPÍTULO TRECE

Nota del autor

Sobre al autor

Otros libros de Joshua Ian

Copyright

Fullpage image

Sinopsis

Monty cree haber encontrado al amor de su vida; pero nunca pensó que ese hombre pudiera ser un selkie. Decidido a descubrir el origen de esta bella criatura que ha encontrado en el lago Manchester y de la misteriosa obsesión del selkie con Monty, la pareja se embarca en una noche de aventura llena de aristócratas eduardianos con mucha labia, extraños e inquietantes clubs nocturnos y, lo más sorprendente, siniestros agentes de lo oculto. Conforme avanza la noche y se desarrolla el misterio, Monty se ve obligado a enfrentarse no solo a sus sentimientos románticos, sino también a las consecuencias del desamor en su pasado reciente. Los secretos reprimidos durante mucho tiempo amenazan con explotar en una tormenta de magia y pasión... si Monty y su nuevo amante selkie consiguen sobrevivir hasta el amanecer.

PRÓLOGO



«Una noche, mi amor recorrió la ribera»

(Autor desconocido)



Por las aguas negro azabache, una noche mi amor recorrió la ribera
Y me habló de nuestros corazones, que quizás no vuelvan a ser igual
El tiempo pasado, el deber olvidado, al hogar retornar no quisiera
Pensamos en correr y huir, hasta que el amanecer llegó al final
Y con las nubes tejió con sus dedos rosados
Una mañana que fue un velo cerrado
Que fue de nuestra vergüenza protección
Esperando que nuestro nombre no tuviera revelación
Todo el día planeamos la huida en navío, con el agua en la proximidad
Pero las olas y ondas como un brillante espejo se pudieron mofar
Intentaban mostrar la verdad al mundo; nos reflejaron con claridad
Nuestro futuro decidido, y no lo soñado, el amanecer volvimos a desear
Y cómo con las nubes tejió con sus dedos rosados
Una mañana que fue un velo cerrado
Que de nuestra satisfecha vergüenza fue protección
Cuando maldijimos al mundo por querer de los nombres revelación.

Oh, cómo me acuerdo

Por las aguas negro azabache esa noche mi amor recorrió la ribera

Y me habló de nuestros corazones, que quizás recuperar no pudiera.

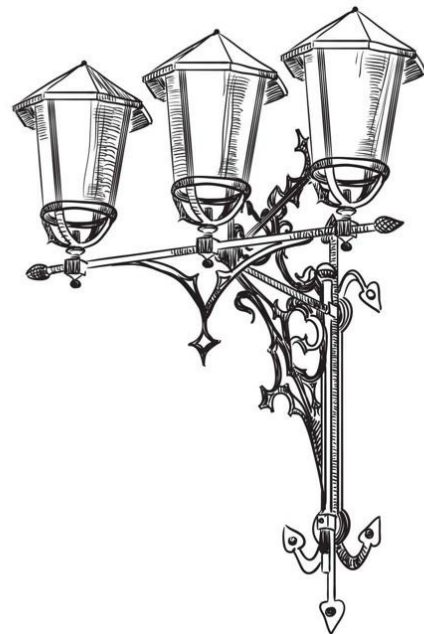
EPÍLOGO

París, 1907

Monty había perdido la noción del tiempo y no tenía claro cuánto llevaba recorriendo la ciudad. Por fin se había parado a descansar en uno de los bordes del puente Alejandro III. No era tan tarde como para que no hubiera nadie más; se vislumbraba una pequeña multitud cerca del Gran Palacio al otro lado del puente. Dos carruajes cruzaron a su espalda y en la intersección más cercana observó un autobús de vapor traqueteando con apenas un puñado de pasajeros en su interior. Se apoyó en el murete del puente y miró por encima del casi invisible Sena. Reflejaba las luces de la ciudad y refulgía en algunos puntos donde el agua se ondulaba perezosamente, pero la mayor parte del río parecía una inmensa capa negra, absorbida por la noche, solo rota por el tenue destello de la luna.

El suave vaivén del agua a medianoche le dio paz, su tenue sonido como una canción que le calmaba el espíritu. Qué acogedora parecía el agua que pasaba bajo sus pies, como una gruesa manta cálida en la fría noche. Podría envolverse en ella y escapar, dormir para siempre y dejar atrás el dolor y el desamor.

Cuando llegaron las lágrimas, al principio no se dio cuenta. Cayeron como cristalitos, reflejando el brillo de la luna antes de que la oscuridad las capturara. Un sollozo le rasgó el pecho, pero lo reprimió, decidido a no dejar que ningún transeúnte oyera las pruebas de su



angustia. Siguió llorando en silencio, su pecho temblando un poco contra el parapeto de piedra del puente. Para recomponerse, empezó a tararear la melodía que había oído en un café hacía apenas unos días.

Esos pocos días ahora le parecían una eternidad. El eco le devolvió la cancioncilla desde abajo, con el sonido reverberando por los soportes arqueados de los bajos del puente, deslizándose hasta el agua para volver a subir. Dejó de vocalizar y se limitó a escuchar. El eco paró y, un momento después, oyó su canción repetida, pero parecía más grave, más gutural y etérea. La cadencia duró apenas unos segundos antes de parar; incluso en su estado desconsolado le pareció extraño cómo el agua le había devuelto el sonido.

Levantó la cabeza y miró a uno de los dorados caballos alados que decoraban el final del puente. Qué experiencia, la de ser una criatura de leyenda. Superar las preocupaciones y necesidad humanas y poder salir volando, en cualquier momento, y conquistar los cielos. Huir de las ataduras, del tiempo y de las restricciones; ser totalmente libre.

Se enderezó, enjugándose la cara. Respiró profundamente, asintió y se colocó bien la ropa.

—Vale —dijo—. Ya está bien.

Volvió a mirar al río y negó con la cabeza para ignorar su encanto. Pronto abandonaría París y, así, el escenario de su corazón roto. Si así lo decidía, no tendría que volver a pensar en París ni en su desamor, por muy atractivos que pudieran ser ambos. Se recordó que había muchos lugares soberbios en el mundo y muchas oportunidades de encontrar el amor. Pero ojalá pudiera creérselo en ese momento. En ese momento, no quería volver a ver un rostro hermoso, ni escuchar una canción encantadora, ni mirar nada que pudiera ser bello. Todo le resultaba abrumador.

Se giró y empezó a recorrer la calle. Pensó en parar en uno de los muchos bares que se iba a encontrar, pero rechazó la idea. Volver al hotel, solo eso, y dormir. Dormir, dormir, dormir.

Cuando llegó a la esquina, le pareció oír un ruido a su espalda, saliendo del agua. Un ruido que sonaba como si fuera su nombre, su nombre entonado como una canción. Se giró para observar el Sena. No se veía nada bajo el agua. El sonido volvió a llegarle, una nota grave, como un tarareo, que envolvía su nombre. «Monty», parecía decir. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Al otro lado del río, algo alejado, se encendió un farol en un barco amarrado. Pudo ver a dos hombres recorriendo la cubierta de la barcaza a la sombra de la luz. Debía de ser eso, se dijo; le habría llegado su conversación, distorsionada por la distancia. Se volvió a girar para marcharse y, en cuanto dio un paso, oyó un fuerte sonido de chapoteo justo a su espalda. Se quedó quieto.

Hasta lo más nimio parecía afectarle. Tenía los nervios a flor de piel, las emociones agotadas. Tenía que dormir, reposar la mente. Así, dejó atrás los sonidos del río y siguió adelante.

CAPÍTULO UNO

Inglaterra, 1910



Dubaney House

Essex, Inglaterra, 1910



—Es un Baker Electric —anunció Bishop lleno de orgullo, dándole con la mano al asiento acolchado—. El modelo Victoria.

—Tiene una forma algo inusual, ¿no? —respondió Monty.

—En efecto —dijo Bishop, todo sonrisas—. He pagado extra para equiparlo así. No creo que exista uno igual.

Monty examinó el vehículo. Observó a Bishop, su amigo de toda la vida, caminar a su alrededor con el orgullo de un padre con su hijo ejemplar. De vez en cuando se sacaba un paño del bolsillo trasero del pantalón y pulía un trozo de metal negro o de la capota superior. Era un artificio portentoso, por mucho que no pensara dejar que Bishop supiera lo que pensaba. Este modelo en concreto le recordaba a los carros eléctricos que se usaban para el servicio postal u otros tipos de reparto y que veía a menudo por las calles de Londres, aunque a medio terminar.

—¿Y qué hace exactamente? —preguntó.

—Es un automóvil, Monty. No hace nada más que ir.

Monty recordó la multitud de catálogos que Bishop le había enseñado, ensalzando las virtudes de uno u otro vehículo, y sabía que este debía haber costado hasta diez veces más que un buen caballo.

—Sí, me doy cuenta, querido Bishop. Pero me refiero a que, aunque es de categoría, es algo pequeño. ¿Funciona de manera diferente a otros vehículos? ¿Por ese precio no podrías haber comprado algo más grande o, al menos, más práctico?

—Al carajo lo práctico. Supongo que habrás visto muchos de estos durante tus meses en los Estados Unidos, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí —dijo Monty—. En Nueva York intenté andar todo lo posible, para apreciar las vistas, y me gustó el ferrocarril subterráneo. Era como perderse en un mundo completamente nuevo. Pero había muchos automóviles de este estilo. En ocasiones, incluso tomé uno de esos taxis con nombre francés.

—¿Los Darracq? Se dice que son unas máquinas excelentes.

—Sí, eran encantadores. Rojo brillante y con los conductores vestidos como marines o mayordomos o algún oficio similar.

—Mucho mejores que esos vagones humeantes que producen en los Estados Unidos. Sé de buena tinta que los vehículos eléctricos son el futuro. Los motores de combustible no van a perdurar. Ya verás, te lo digo yo.

—¿Seguro?

—Además —siguió Bishop—, me gusta no necesitar un conductor. La puedo sacar yo solo. Me da una sensación de libertad el poder montarme e irme donde quiera, sin tener siempre a alguien, ya sea un chófer u otro espía de mis padres, vigilando y anotando mis idas y venidas.

—Se me ocurre pensar que la agencia de contabilidad de más renombre tendría dificultades para anotar tus idas y venidas.

—Me lo voy a tomar como el cumplido que, estoy seguro, es —dijo Bishop con una sonrisilla—. Ahora, cámbiate y ponte la ropa de conducir. He hecho que el cocinero nos prepare un picnic. Quiero enseñarte algo en el lago Manchester.

—Bishop, sabes perfectamente que ropa de conducir no tengo. —Monty tenía dos trajes de tweed adecuados para la campaña y uno de lino, pero hacía demasiado frío para ponérselo—. Y, aunque me encanta el lago, ¿no es un poco pronto para darse un baño?

—Bañarse no es el objetivo. ¿A menos que disfrutes del baño con animales salvajes?

Eso despertó la curiosidad de Monty, pero no dejó que se le notara.

—Bueno, me he bañado contigo con frecuencia, así que resulta evidente que no tengo objeción a bañarme con animales salvajes —contestó con una media sonrisa.

—La madre que te trajo —dijo Bishop con una risa—. Ven, mi elocuente compañero, nos esperan la limonada y los sándwiches de huevo y berro.

—Veo que tu generosidad no conoce límites.

Monty observó el cochecillo, con sus enormes luces abombadas y su delantera chata devolviéndole la mirada como una criaturilla muda de un libro de cuentos, y esperó que fuera más seguro que la mayoría de las obsesiones pasajeras de Bishop.



Bishop, desde luego, sí que se puso un atuendo de conducir después de arrancar el coche en la estación de carga que le habían construido en el jardín trasero de Dubaney House. Con su chaqueta Norfolk y su gorra de tweed, a Monty le pareció la viva imagen de un conductor de carreras rurales. Conductor de carreras solo en que se empeñaba en recorrer la finca a toda velocidad, a pesar de lo estrecho de los caminos o el tipo de terreno por el que se arrojaban.

Monty se sujetó el canotier, que amenazaba con salirle volando de la cabeza, y apretó fuerte con las piernas la cesta de picnic que descansaba entre sus pies mientras Bishop tomaba una curva particularmente peligrosa con alegría.

—A mamá todavía le da bastante miedo la electricidad, ¿sabes? —explicó Bishop alzando la voz—. Le disgustó mucho cuando padre encargó la instalación eléctrica de la casa. Teme que una de las bombillas explote en cuanto entre en una estancia. Sigue cargando una vela por las noches. Por suerte, padre insistió, así que he podido adquirir esta belleza.

Teniendo en cuenta la forma de conducir de Bishop, Monty debía admitir que no culpaba a la madre de Bishop por su preocupación. Pero, aunque temía que la sobrecargada bestia metálica explotara en cualquier momento, Monty tenía que admitir que era sensacional conducir de tal modo.

—Lo que pretendes enseñarme en el lago..., ¿es un acontecimiento de duración limitada? Pareces tener una prisa terrible.

—Para nada —dijo Bishop—, pero va y viene como le place, así que no estoy muy seguro de cuándo volverá a aparecer.

—¿De qué hablas? ¿Qué es exactamente?

—Una foca.

Monty se quedó sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Al menos, creo que es una foca —añadió Bishop—. Quizás sea una morsa. En realidad no reconozco la diferencia.

—Tú no estás en tus cabales —dijo Monty.

—Cómo osas. Estoy tan cuerdo como es posible estarlo. Más o menos. —Bishop se encogió de hombros—. No, hay una foca en el lago Manchester, te lo juro. O puede que sea un león marino o algo así. Es bastante grande. No soy lo que se dice un experto en estos asuntos.

—No espero que lo seas, pero, por el amor de Dios, ¿cómo ha llegado una foca, o morsa o lo que sea, al lago Manchester?

—Ni la más remota idea —dijo Bishop sacudiendo la cabeza—. Supongo que llegaría nadando. Sabes que uno de los riachuelos que salen del lago conecta con el estuario del Támesis.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—Bueno, les gusta el frío, ¿no? Y el invierno se presenta frío.

—No estoy seguro de que funcione así el asunto, querido Bishop.

—Entonces, quizás sea una marsopa. Las focas y las marsopas son en esencia lo mismo, ¿no?

—Diría que para nada. —Monty chasqueó la lengua—. Está claro que no es más que el monstruo del lago Ness, que está de visita.

—¿Desde Escocia? Diría que es una distancia enorme para venir nadando.

—¿Te parece más descabellado que la Antártica? —dijo Monty, poniendo los ojos en blanco.

—Cielos, ¿ahí es donde viven las focas? Eso está incluso más lejos que Escocia, ¿cierto?

—Sí, Bishop, un poco más.



Tras unos sándwiches sin nada reseñable y una fantástica tartaleta de manzana de postre, se sentaron en la hierba a hablar mientras sorbían champán que las corrientes del agua habían mantenido fresco. Se pasaron casi dos lánguidas horas junto al lago. El tiempo era perfecto aquel día, el aire seco y fresco, el sol cálido a pesar de las frías temperaturas habituales de la estación.

Tras rellenarse el vaso, Monty se tumbó junto a Bishop, que estaba reclinado sobre los codos mirando al agua. El poco sol que tenían había bastado para sonrojarle las pálidas mejillas, y su pelo rojizo, corto pero con largas patillas, centelleaba a la luz.

—No hay señales de tu foca —dijo Monty.

—No —dijo Bishop, con una sacudida seca de cabeza—. Y se me hace molesto. Esperaba poder enseñártela. Me parecía algo que disfrutarías.

—¿Se dice que me agradan las focas?

—No digas bobadas, Monty, claro que no. Pero hemos pasado más tiempo junto al lago durante tus visitas que en ningún otro lugar de los terrenos. Ya sabes cómo te pones con el agua. Vi a la criatura por primera vez hace unos meses, pero luego desapareció. Se me ocurrió que la

podría haber imaginado. Pero justo la semana pasada, cuando recibí la noticia de tu regreso, volví a conducir junto al lago, deseando verla. Y, en efecto, ahí estaba la criatura, saltando sobre el agua, prácticamente haciendo piruetas.

—Entonces, ¿podría ser una marsopa?

—Sea lo que sea, es encantador verla. —Bishop suspiró—. Prueba definitiva, supongo, de que en los últimos tiempos hemos tenido poca cosa que se pudiera llamar entretenimiento por estos lares.

—Sí, resulta sorprendente, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Que hayas conseguido sobrevivir casi seis meses en el campo con tus padres. En todos los años que te conozco, nunca habías pasado tanto tiempo aquí, ni siquiera durante el verano. Nunca me contaste por qué te marchaste de Londres de forma tan repentina.

—Ay, Monty, no seas dramático. No fue tan repentino.

—Perdona que lo diga, pero recuerdo claramente ir a tu alojamiento (donde, te recuerdo, vivías de alquiler desde hacía casi un año) y que tu casero me informara de que habías hecho las maletas y te habías ido al campo. Apenas hacía cuatro días desde la última vez que te había visto, y me lo sueles contar todo.

—A veces me pregunto si no te cuento demasiado.

—Fue repentino y extraño y, sinceramente, me sentí algo herido.

—Lo siento, Monty, de verdad. ¿Qué puedo decir? De repente me cansé de la ciudad. Sentí que tenía que irme, escapar.

—Huir, mejor dicho. ¿A quién le rompiste el corazón de tal manera que temías que te persiguiera en busca de venganza?

Bishop se quedó mirándolo un momento.

—No fue nada de eso. Es simple: necesitaba espacio y aire fresco. ¿Qué puedo decir? Soy caprichoso. Siempre lo he sido y es algo que sabes de mí. Seguro que es una de las cualidades que me hacen todavía más interesante, de hecho.

Monty puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la hierba.

—La otra cualidad que encuentro fascinante hasta el infinito es tu capacidad para engañarte profunda y completamente sobre tus defectos. Es algo que me llena de satisfacción.

—Mala pécora —dijo Bishop con enfado fingido. Entonces, sonrió y le dio un fuerte codazo en el costado.

—¿Seguro que a tus padres no les importa que me quede un tiempo? —preguntó Monty.

—Para nada. Te adoran. Te cogieron cariño tras todos esos veranos que pasaste aquí cuando estábamos en la escuela. Por no decir que aportas mejores temas de conversación que yo durante las cenas.

Monty sonrió.

—Pero solo porque los escucho.

—Y solo porque no te has pasado toda la vida con ellos. Pero ya que hablamos del tema, ¿y tus padres? ¿No te echarán de menos en Londres? Acabas de volver de los Estados Unidos.

—Es posible, pero les gusta poder decir que su hijo se está alojando en Dubaney House. Les confiere nivel entre sus relaciones sociales.

—Ay, chitón. ¿Tu padre no es pariente del Raj o algo así?

Monty soltó una risilla.

—Pero solo por parte de un primo lejano. La mayoría de su familia son meros empresarios humildes como él.

—¿El gran señor Rajit Singer? —Ahora fue Bishop el que se rio—. Tu padre será muchas cosas, pero humilde no es una de ellas.

—No, supongo que no.

Monty volvió a enderezarse apoyándose sobre los codos y contempló el paisaje, pensativo.

—¿Echas mucho de menos los Estados Unidos? —pregunto Bishop un segundo después.

—Supongo que sí —confirmó Monty—. Apenas estuve allí cuatro meses, lo sé, pero fue como convertirme en una versión por completo diferente de mí mismo. Creo que es algo que llevaba tiempo deseando. —Se inclinó para sacar la libretilla que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. E hice unos dibujos encantadores durante mi estancia.

Movió la libreta en el aire.

—Me lo puedo imaginar —dijo Bishop, intentando cogerla—. Y supongo que, para variar, no me enseñarás ninguno de los dibujos.

—Exacto.

—A saber qué porteador medio desnudo o maletero habrás podido añadir a tus páginas con la excusa de estar estudiando sus rasgos. —Bishop lo miró travieso—. ¿Sedujiste a alguno de esos taxistas vestidos de rojo brillante?

Monty resopló.

—Sabes que no todo el mundo ve un cambio de aires como un campo fértil para la conquista sexual, ¿no, Bishop?

—Imposible.

—Fui allí para aprender. Para estudiar arte.

Bishop puso los ojos en blanco y se volvió a recostar en la hierba, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados.

—No eres así de inocente, Montgomery Singer. Y debo comunicarte que llevo viviendo prácticamente como un monje desde mi llegada al campo.

—¿Quieres decir que tu madre no ha invitado a ningún joven interesante a sus muchas cenas?

—He dicho prácticamente, no completamente.

—*Touché.*



Bishop se durmió conforme avanzaba la tarde y Monty abrió la libreta. Observó la escena que tenía ante sí y empezó a bocetearla. Siempre le resultaba un acto meditativo y a menudo la pura fisicalidad de dibujar lo absorbía. Hoy era uno de esos días en los que, al mirar la página, se sorprendía al ver lo que había en ella. Era la escena que lo rodeaba, el lago y las colinas empinadas que este bañaba. Pero sentado en el mismo borde del lago había dibujado un hombre, y, al estudiarlo, se dio cuenta de que era su hombre misterioso.

Sacudió la cabeza asombrado. Le estaba volviendo a pasar desde hacía poco. Había vuelto el misterioso hombre sin rostro en la punta de su lápiz. Aquella figura llevaba años apareciéndose en los rincones de su mente, pero nunca había conseguido dibujarle una figura completa. A menudo conseguía el cuerpo con corrección, la forma de su musculatura, las líneas de sus hombros y sus caderas. En ocasiones los labios carnosos y la nariz prominente. Pero nunca conseguía juntarlo en un único conjunto.

Sin embargo, seguía sintiendo el anhelo de dibujar esa figura, como si no tuviera control sobre su propio deseo. Como la escritura automática o algo en igual medida ridículo, su mano se movía sobre el papel modelando la forma de aquel desconocido. Lo achacaba sobre todo al tiempo que pasaba en galerías estudiando técnica y, muy posiblemente, los límites de su propio talento.

Hacía un tiempo que el hombre había desaparecido de sus páginas. Tres años, de hecho. Y solo había reaparecido a su regreso a Inglaterra desde los Estados Unidos. Hasta ese momento, llevaba sin aparecer desde Francia, desde ese viaje cuya mención todavía hacía que Bishop se callase como un muerto a punto de enterrar.

¿Por qué volvía ahora?

—¿Qué dibujas? —le preguntó un Bishop adormilado interrumpiendo sus cavilaciones.

—Ah, no es nada, solo el lago y los árboles.

—Imagino que no es el tema más fascinante.

—No, no lo es. —Monty cerró la libreta y la ató con la cuerdecita que usaba como cierre—. Bishop, llevo un rato queriendo preguntarte algo. ¿Has tenido recuerdos extraños últimamente? ¿Algo que creías haber olvidado y que vuelve de repente?

Bishop pareció ponerse tenso. Se sentó y le dedicó una mirada peculiar a Monty.

—¿A qué te refieres? —preguntó rígido.

—Es que he estado pensando en algunos asuntos en los últimos tiempos. Cosas que pensaba que había dejado atrás. En particular, de nuestra estancia en Francia.

Bishop le dio la espalda.

—Sabes que no me gusta hablar de Francia, Monty. Y cualquiera pensaría que tú también preferirías olvidarlo.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en ello, parece que me persigue la idea últimamente...

Entonces se escuchó un fuerte ruido, como el ladrido de un animal, pero que reverberó como el sonido de los címbalos, y luego algo cayendo en el agua.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Monty.

—¿El qué? —replicó Bishop, volviendo a prestarle atención a Monty.

Otro golpe en el agua, esta vez más fuerte, seguido por dos chasquidos, más ladridos.

Ambos miraron hacia el lago,

Un amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Bishop.

—Vaya, si es la foca. ¡Por fin!

Se levantaron en un segundo y corrieron hacia la orilla del lago. Bishop señalaba al agua, riendo.

—¡Ahí está! —gritó entre risas—. Monty, te lo había dicho.

Monty negó con la cabeza, estupefacto.

—Cielos —exclamó—. Es inmensa.

En efecto, sí que parecía ser una foca, y, en efecto, era enorme. Por no decir energética. Su longitud parecía ser, al menos, la altura del hombre medio, y en ese momento se encontraba realizando un movimiento similar a un salto que hacía que saliera y entrara en el agua con grandes salpicaduras, para el disfrute de Bishop. Monty se acercó más al lago, justo hasta el borde, para examinar a la criatura.

El ser marrón, encantador, parecía satisfecho con la atención que le prestaban y paró de brincar. Se movió en algo similar a una brazada de espalda y se metió bajo la superficie. Cuando reapareció, se encontraba apenas a unos metros y se dirigió directo hacia Monty, donde se paró

justo en la orilla. Levantó la cabeza hacia Monty, que sonrió, y la criatura tomó aire bruscamente. Había dos grandes ojos marrones mirando a Monty. Pero no eran los ojos normales de un caballo, ni siquiera de un perro inteligente; los ojos parecían tan humanos que no se lo podía creer. No brillaban con placer animal, sino que lo estudiaban a fondo. «Estudiar» era la única palabra que se le ocurría para describirlo. Le parecía que la criatura lo evaluaba con ojos críticos. Pero a Monty no le incomodaba; al contrario, por algún motivo, sintió una profunda conexión con la criatura, cierto reconocimiento en la mirada que esta le devolvía.

—Cielos, es maravilloso —dijo Monty.

La foca emitió un fuerte ladrido, cargado de lo que parecía ser alegría, y Monty habría jurado que la había visto sonreír.

—¿Te lo había dicho o no? —dijo Bishop con orgullo—. Una foca de verdad, vivita y coleando. En nuestro lago Manchester.

Monty observó a la criatura nadar en círculos y se cuestionó la conclusión de Bishop. Si que parecía una foca, por lo que Monty sabía de ellas, pero algo en el animal sugería que se trataba de un ser totalmente diferente. Su tamaño, para empezar, pero también cómo estiraba su cuerpo y la textura de su piel, que no parecía para nada lo áspera que se la habría imaginado. Además, no tenía bigotes en la cara, algo que Monty creía habitual en la mayoría de las criaturas marinas de aguas frías. Y, por otro lado, claro, estaban los ojos.

Esos ojos que volvían a estudiarlo. Era como si la criatura esperara que Monty tomara una decisión. Monty sonrió a la criatura y asintió para que supiera que no pasaba nada, que no querían hacerle daño.

—¿Crees que deberíamos darle algo de comer? —preguntó Bishop—. Ha quedado algo de tartaleta, creo. O algún sándwich de huevo.

—No creo que eso sea lo que suelen comer las focas —dijo Monty—. Supongo que comerán pescado o algas o algo similar. Dudo mucho que... ¿Bishop? ¿Por qué pones esa cara?

Bishop empezó a reírse y Monty se giró para seguir la mirada de su amigo.

—Parece querer algo más que una comida —dijo Bishop.

La criatura había conseguido de alguna forma salir a la verde hierba que rodeaba el lago y estaba pasando a su lado. Se paró en su ruta por el prado cuando pareció notar sus miradas. Los miró a su vez, emitió un breve y alegre ladrido y continuó con sus avances por el prado.

—¿A dónde narices va? —preguntó Monty.

—Que me aspen, pero creo que va hacia el Baker —dijo Bishop, que ya había empezado a seguir al ser.

Monty negó con la cabeza, confuso, pero siguió a su amigo, que ya había empezado a correr con ligereza, pues la foca parecía moverse a un ritmo extraordinario.

—Para no tener piernas, el bicho toma velocidad —gritó Bishop.

¿Qué podría querer del automóvil? Pensándolo bien, ¿cómo podría haberlo visto desde el lago? Fuera como fuere, parecía ir en línea recta hacia la máquina. Los dos amigos adelantaron por poco al animal y se quedaron junto al coche para ver si la foca seguía avanzando, pero, en efecto, se paró cuando los alcanzó.

Sentada junto al reposapiés curvado, la foca pareció coger impulso. Era como si intentara catapultar su largo cuerpo tubular al coche sin caballos. Incapaz de superar la altura del vehículo, volvió a caer al suelo y los miró con ojos suplicantes. Les ladró, girando la cabeza con un movimiento que parecía señalar al coche.

—Parece que nuestro amigo quiere ir de paseo —dijo Bishop, a punto de echarse a reír—. Tengo que admitir que al final ha resultado tener buen gusto.

Monty se mostraba mucho más dubitativo. Había algo en el nivel de inteligencia que mostraba su «amigo» (por algún motivo, Monty estaba convencido de que era un macho) que le resultaba cautivador. Se mantuvo al margen cuando Bishop dio un paso hacia el vehículo.

—Bueno, vamos —dijo Bishop—. Ayúdame a subirlo.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Al Baker, por supuesto.

—¿Te parece una buena idea? —preguntó Monty, todavía dudando.

—¿Qué podría salir mal? Si se queda tranquilo, puedo darle un paseo por la finca.

El ser les ladró y se echó hacia atrás, asintiendo con la cabeza,

—¿Ves? Quiere ir de paseo —afirmó Bishop.

La criatura soltó otro ladrido alegre y, cuando Monty miró hacía allí, parecía estar observándolo otra vez. Tenía los ojos brillantes y se atrevería a decir que traviesos.

—Supongo que no pasa nada —cedió Monty con una risilla.

Ayudó a Bishop a recoger al enorme ser y, con tanto cuidado como pudieron, lo colocaron en el suelo del vehículo. Su cola, o las aletas traseras, suponía Monty que se llamaban, colgaban del lado del coche. Cuando Monty estaba descargando el peso de los brazos y enderezándose, juraría que había notado un beso húmedo en la cara, como si la criatura le hubiera dado un lametazo.

Miró a la foca para estar seguro, pero el ser se había puesto cómodo en el suelo, aunque parecía estar algo preocupado. En ese momento empezó a tiritar sin control, su cuerpo temblando con

ondas de movimiento. De golpe, el pobre parecía afligido por algo y se encorbaba sobre sí mismo.

—Cielos —dijo Monty—. Creo que está enfermo. ¿No deberíamos devolverlo al lago?

Pero cuando Bishop y Monty se inclinaron hacia el coche, la enorme foca soltó otro ladrido, esta vez con un tono diferente, y se apretó contra la madera del suelo, intentando quedarse fuera de su alcance.

—No parece querer irse —dijo Bishop.

—Pero míralo —dijo Monty—. No hace más que temblar.

—Quizás podríamos...—dijo Bishop pensativo—. ¡Lo tengo!

Rodeó corriendo el coche y sacó de la parte trasera una manta de conducir que estaba guardada detrás del asiento.

—Vamos a taparlo con esto —sugirió—. Quizás sirva de algo.

Monty se encogió de hombros, pues no se le ocurría una solución mejor, y ambos intentaron envolver lo mejor que pudieron con la manta a la criatura, difícil por su extraña forma. Parecía afligida, pero algo más cómoda, aunque todavía se agitaba como un árbol en una tormenta otoñal. Los miró con ojos de cervatillo asustado y les dedicó un ladrido flojo, como para animarlos a moverse.

—Venga —dijo Bishop—. Vamos a recoger la comida. Una vez hayamos terminado, podemos comprobar si todavía quiere un paseo y, si no, lo llevamos de vuelta al lago.

Monty asintió, aunque se resistía a abandonar al animal, y volvió al trote a la zona donde habían hecho el picnic.



Cuando volvían al Baker, cesta y manta en mano, Monty sintió una leve punzada de preocupación al darse cuenta de que la cola de la criatura ya no colgaba del lado del coche. La llamó, haciendo un ruido similar a un ladrido, esperando que la foca le contestara.

—¿Qué haces? —preguntó Bishop perplejo.

Monty se encogió de hombros. No estaba seguro de por qué había sentido la necesidad de intentar comunicarse con el ser en su propio idioma.

—Me temo que nuestro amigo ha intentado huir —dijo.

—¿En serio? —Bishop miró con más atención el vehículo—. Podría ser. Quizás se ha subido al asiento del conductor, aunque no sé muy bien cómo.

Cuando se acercaron al coche, los dos jóvenes se quedaron estupefactos. En el lugar de la enorme foca que habían metido con esfuerzo en el vehículo, allí, en el asiento, se encontraba un hombre muy alto y de anchos hombros, cubierto con la misma manta de conducir que Bishop había sacado del coche.

Bishop estaba pasmado, pero Monty dio un paso atrás, alejándose del coche con el ceño fruncido.

No creía lo que veía. Allí, en el banco, se encontraba el hombre de sus bocetos. Es decir, al menos, el hombre que aparecía en su mente cuando se esforzaba por transferir la imagen al papel. Los mismos rasgos que en ocasiones poblaban sus sueños estaban ahí. Reales, en carne y hueso.

Y, en efecto, era justo como Monty se había imaginado. Casi con seguridad el hombre más apuesto que había visto en su vida. Piel oscura bronceada, pelo negro rizado y ojos marrones brillantes con motas doradas. Ojos que reconocía. Eran los mismos que lo habían estudiado en el lago, pero ahora le resultaban todavía más familiares. Como si se hubiera perdido en ellos con frecuencia en sus sueños.

Por un lado, Monty quería tocarlo, sentirlo, recorrer las líneas que tantas veces había perfilado en lápiz que ahora se manifestaban ante él. Pero, por otro lado, el miedo lo superaba. ¿Cómo podía ser real? ¿Qué brujería podía hacer que tuviera ahora mismo delante a un hombre al que simplemente había imaginado? Era obvio que pasaban cosas extrañas, como focas gigantes que salían del agua y se colaban en automóviles, pero ¿cómo podía pasar algo así?

—¡Selkie! —exclamó Monty.

El hombre del coche inclinó la cabeza con timidez y sonrió.

Bishop pareció despertar de su conmoción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Un se-se-selkie —repitió Monty—. Tiene que ser un selkie.

El hombre hizo un gesto para invitarlos a acercarse, aunque no se levantó del asiento. Bishop, boquiabierto, dio un paso hacia el coche.

—Bishop —le advirtió Monty—. Ten cuidado.

CAPÍTULO DOS

—¿Qué demonios es un selkie? —exclamó Bishop, vigilando de reojo al hombre del
coche.

—Una criatura de leyenda. Escocesa, creo, o puede que nórdica, del mar —explicó Monty—. Parecen focas, pero cuando llegan a la costa toman forma humana. Se dice que las hembras son esposas fantásticas y que los machos destacan en... —miró al hombre del coche, que parecía escucharlo con mucha atención. —Bueno, en el arte de la seducción —concluyó en un susurro. Ignoró lo que juraría que era una sonrisa curvando los labios del hombre o criatura que tenía delante.

—¿Son peligrosos? —preguntó Bishop.

—Por lo que sé, no. Pero, claro, ¿qué sé yo? No pensaba que existieran de verdad. Solo tengo historias, y las historias no dicen nada de que hagan daño a nadie.

—Bueno, sí que parece haber vacilado al verlo.

—Un desconocido, uno desnudo, además, que ha parecido de repente en el asiento de tu automóvil. Algo desconcertante sí resulta, ¿no crees?

—¿Así que crees que hemos encontrado una criatura mitológica nadando en un lago en la campiña inglesa? Me parece una suposición algo rebuscada.

—Supongo, pero dadas las circunstancias, no se me ocurre otra forma de explicarlo. Además, hay algo en sus ojos que...

—¿Sus ojos? Cielos, Monty. ¿Quieres decir que se te ocurre pensar en brujería solo con ver unos ojos atractivos?

—Desde luego que no, Bishop. Pero ¿qué otra explicación puede haber? No hay ninguna foca a la vista y creo que puedo decir con seguridad que nos habríamos dado cuenta si un hombre así

hubiera salido corriendo de la nada. Al fin y al cabo, ¿es menos creíble que pensar que hay una foca o una marsopa nadando por tu lago?

—Las focas y las marsopas existen de verdad —contestó Bishop—. Sí, lo considero más creíble.

Monty bajó la cabeza, cediendo.

—Algo de razón no te falta.

Miraron al hombre del coche, que los estudiaba a ambos con curiosidad evidente e inteligente.

—Y tú —dijo Bishop, señalando al hombre—. ¿Qué tienes que decir a todo esto?

El hombre lo miró con los ojos como platos y sacudió levemente la cabeza. Entonces, dio una palmadita en el asiento a su lado, invitando a Bishop a sentarse. Bishop volvió a avanzar hacia el vehículo.

—Bishop —le advirtió Monty—. ¿Qué haces?

—No parece capaz de hacerme daño.

—Parece capaz de partirme el cuello sin dificultad —dijo Monty.

Bishop se encogió de hombros.

—Tengo experiencia con esa clase de hombre.

Bishop llegó al coche y el hombre estiró la mano desde dentro y la colocó suavemente en el hombro de Bishop antes de retirarla de nuevo.

—¿Ves? —dijo Bishop—. Es muy cortés, la verdad.

El instinto de Monty le decía que, en efecto, el hombre parecía cortés. Pero había algo en él que seguía asustando a Monty. La coincidencia resultaba demasiado extraña.

—¿Y qué crees que deberíamos hacer con él? —preguntó.

Bishop se encogió de hombros, suspirando.

—Llevarlo de paseo, supongo.

El hombre del coche sonrió y asintió.

—No me parece para nada una idea sensata —protestó Monty.

El selkie lo miró con ojos tristes. Monty apartó la mirada a toda prisa. Los ojos afligidos le llegaron al corazón de tal manera que acabó enfadado consigo mismo.

—A mí no me parece que podamos tirar a un hombre adulto al lago —dijo Bishop.

—Pero no es un hombre; es un selkie. Los selkies nadan. Como acabamos de ver con toda claridad.

—Santo cielo, Monty. Da igual lo que sea, no podemos dejar a un hombre por ahí, desnudo y mudo. ¿Cómo se te ocurre algo así?

Monty se acercó al automóvil y le habló en susurros.

—¿Te opones a la existencia de las criaturas mitológicas, pero no a llevártelas de paseo en tu nuevo automóvil?

—¿Qué podría pasar? —Bishop sonrió, atrevido—. Vemos claramente que no tiene arma alguna.

Mirando con timidez a la firme figura cubierta solo hasta los codos por la manta de conducir, Monty no estaba seguro de estar del todo de acuerdo con esa afirmación.

Le dio una palmada a Bishop en el hombro.

—Concéntrate, Bishop. No lo veo claro. Todo esto me resulta muy extraño.

Bishop se cruzó de brazos.

—Parece tener muchas ganas de pasear en mi coche, y ¿quién no? Es una belleza de automóvil. Si intenta hacer algo raro, lo devolveremos al lago y no volveremos a tener nada que ver con él. Tiene buena forma, pero creo que entre los dos podríamos con él y la manta de conducir. ¿Dónde está tu sentido de la aventura, Monty? Si de verdad es un *silki*, como dices...

—Selkie.

—Sí, sí, lo que sea. Si lo es, ¿de verdad vas a desperdiciar la oportunidad de conocerlo? Quién sabe, quizás ha aparecido para enseñarte maravillas nunca vistas hasta ahora.

Monty se mordió el labio y miró a la increíble criatura sentada en el coche.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —susurró.

—Venga, vejestorio.

—¿Sabes? Pareces haberte adaptado de forma excelente al hecho de tener una criatura mitológica en tu automóvil, Bishop.

Bishop se encogió de hombros.

—He visto cosas más extrañas.

—¿Sí? ¿Algo más extraño que un hombre que se transforma por arte de magia?

Bishop lo miró un momento y sus ojos no mostraban diversión. Parecía que quisiera contarle algo muy serio a Monty. Un rayo de emoción le cruzó la cara y recuperó la alegría que lo solía caracterizar.

—Ay, cierra el pico y sube al coche, Monty.

Monty se subió al coche, sentado al otro lado del selkie para que se quedar encajonado entre él y Bishop. Tiró de la manta para quitársela de los hombros y se la colocó en el regazo.

—Mucho mejor —dijo Monty—. Y pon las manos en el regazo, donde podamos verlas, por favor. ¿Entiendes lo que te digo?

El selkie se puso las manos en el regazo y miró a Monty con una sonrisa pícaro.

—Santo cielo —susurró Monty, abrumado por la belleza del individuo.

Quizás, pensó para sí mismo, estaba exagerando un poco. A fin de cuentas, el parecido no podía sino ser una coincidencia, ¿no? ¿Cómo podía haber estado nadando todo este tiempo en el lago Manchester el hombre de sus sueños?

Monty sacudió la cabeza y apartó la mirada. Cómo, francamente. Monty se regañó por su falta de juicio. ¿Cómo era posible que la criatura sentada a su lado fuera el hombre de sus sueños cuando no hacía mucho era una bestia enorme chapoteando en el lago? No había nada más ridículo. Se sintió avergonzado y abochornado de haber siquiera considerado la posibilidad.



Después de un paseo exhaustivo por los terrenos, le ofrecieron al selkie la oportunidad de volver a su hogar en el lago, a lo que este respondió con vigorosas negaciones con la cabeza y gruñidos de protesta. Como parecía entender lo que le decían, intentaron asegurarle que volverían a visitarlo en el futuro, pero su expresión permaneció feroz y obstinada.

La verdad era que Monty sentía cada vez más curiosidad por la criatura. La impresión inicial de su aparición no se había disipado todavía y Monty seguía algo receloso, pero quería saber más.

Se quedaron sentados, en el vehículo aparcado, con la casa señorial en la distancia, decidiendo qué hacer.

—¿Y si lo llevamos a Londres? —sugirió Monty.

—¿Londres? —Bishop se quedó perplejo.

—Sí. —Monty no estaba seguro de cómo se le había ocurrido la idea, pero cada vez lo convencía más—. Sería incómodo que se quedara por aquí, especialmente con la cena que ha organizado tu madre esta noche. Podríamos excusarnos y volver a la ciudad.

—Mamá no aceptará excusa alguna, tendríamos que marcharnos sin avisar, supongo. —Bishop lo miró—. ¿Podemos llevárnoslo sin más? ¿Y si el lago es su hogar? ¿No sería más o menos un secuestro?

—Sí, entiendo lo que quieres decir. —Monty se encogió de hombros—. Pero no parece interesado en volver al lago por el momento. Y no creo que pudiéramos esconderlo en la casa. Si salimos ahora en este reloj de abuelo con ruedas, llegaríamos a la ciudad en apenas un par de horas, ¿no?

—Sí, claro, no insultes a mi coche —contestó Bishop, algo ofendido—. El Baker es una máquina de alta potencia y es... ¡Cielos! ¿Sabes qué, Monty? La verdad es que Londres es la

idea perfecta.

—¿Ah, sí? —Monty estaba sorprendido del repentino cambio de opinión.

—Sí, podríamos llevarlo al Brunswick.

—¿Al Brunswick? ¿Por qué querríamos llevarlo allí, Bishop? No estoy seguro de que esté preparado para un lugar como aquel.

—Sandeces —dijo Bishop—. Parece robusto en todos los aspectos. Y sé de alguien que quizás podría ayudarnos. Alguien con grandes conocimientos en todo aquello que pertenece a lo oculto y lo extraño. Podría ayudarnos a decidir... Bueno, qué hacer con él exactamente.

—¿Quién es esa persona?

—El Tejedor.

—¿El Tejedor? No estaba al tanto de que Daniel el Tejedor se encontrara entre tus amistades. Bishop enarcó las cejas.

—Puede que amistad sea pasarse, pero he coincidido con él en una o dos ocasiones. Llevaba un tiempo queriendo ir a su encuentro de nuevo y esta podría ser la excusa perfecta.

Monty se sintió confuso y algo suspicaz de esta amistad, oculta hasta ahora, con el tal Tejedor. Le volvió a asaltar la idea de que Bishop llevaba tiempo ocultándole algo, pero sabía que no era el momento de presionarlo para sacarle información. Además, había otra cosa empezando a cobrar fuerza en lo más profundo de su mente.

—Bishop, ¿crees que el tal Tejedor sabrá algo sobre premoniciones?

—Es posible, sí. Parecía un experto en todo lo extraño y oculto.

Monty lo miró.

—No sabía de tu interés por lo oculto.

—¿No tengo derecho a guardarme nada para mí? Al fin y al cabo, tú nunca me dejas siquiera echar un vistazo a esa odiosa libreta tuya.

—Cierto es.

—¿Qué opinas, chaval? —Bishop se giró hacia el selkie—. ¿Te gustaría ir a Londres?

El selkie asintió con cierta seriedad.

—¿Crees que nos entiende? —preguntó Bishop.

—No sé cómo es posible, pero creo que sí. —Monty lo miró de arriba abajo—. Aunque, ciertamente, no podemos llevarlo a Londres vestido con una manta de conducir.

—No, es obvio que no. Primero tendremos que vestirlo.

—¿Cómo entraremos en la casa sin que nos vean?

—Aparcaremos por delante y entraremos por allí —dijo Bishop.

—¿Y no nos verá nadie?

—Habría menos posibilidades que si fuéramos por el jardín trasero.

Con un asentimiento de cabeza, Bishop puso en marcha la máquina y se dirigió a la casa. Llegaron con celeridad a la parte delantera, aunque fueran a una velocidad razonable para evitar hacer mucho ruido en la gravilla.

Por modestia, los dos intentaron convertir la manta de conducir y la del picnic que se habían llevado en una especie de toga lo mejor que pudieron antes de entrar corriendo por la puerta principal. Acababan de cruzar el vestíbulo cuando oyeron una voz. Era el señor Beaufort, el mayordomo.

—Ah, señor, no me había percatado de que... ¡Ay, cielos!

Beaufort se quedó parado de golpe y miró al trío.

—Buenas tardes, Beaufort —dijo Bishop con su mejor tono conciliador—. No se preocupe por nosotros. A veces las cosas pasan como pasan, ya sabe cómo somos los jóvenes, desde luego. No hace falta que diga nada. Pero podría hacerme el favor de vigilar hasta que podamos subir a nuestro... Bueno, a nuestro amigo.

Beaufort suspiró profundamente.

—Desde luego, señor.

Se dirigieron escaleras arriba y acababan de llegar al descansillo cuando oyeron a Beaufort hablar en una voz demasiado alta.

—Claro, su señoría, ¿cómo podría serle de ayuda?

El trío se quedó paralizado antes de pegarse a la pared.

—¿Has visto al sinvergüenza de mi hijo? —sonó una voz grave desde abajo—. Lo he buscado por todas partes.

—Rayos —dijo Bishop—. ¡Mi señor padre!

—Sí, su señoría —dijo Beaufort con voz neutra. Señaló hacia las escaleras con un gesto evasivo—. Está justo ahí.

—¡Porras, Beaufort! —exclamó Bishop por lo bajo.

Con un empujón, Bishop mandó a Monty y al selkie a un rincón que escondía la puerta del servicio de ese pasillo.

—Bishop, ¿eres tú?

Lord Brookesbay se acercó a las escaleras.

—Sí, padre —contestó Bishop.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó su padre.

Monty, abrumado por los nervios, se apretó más contra la pared y, sin pensarlo, tiró de la manta para que el selkie se pegara más a él. Lo único en lo que pensaba era en quedar todo lo pegado posible en el hueco para que no los vieran. Solo una vez había agarrado al hombre se dio cuenta de lo que había hecho. El selkie le estaba dedicando una mirada curiosa y sus labios carnosos esbozaban una sonrisa.

El selkie se movió de tal forma que la manta empezó a escurrírsele de los hombros, pero Monty la agarró y se la recolocó.

—Tienes que seguir tapándote con esto por ahora —susurró.

El selkie enarcó una ceja y, entonces, separó un poco el brazo, abriendo la manta. Monty se obligó a no mirar hacia abajo para observar la forma del hombre en toda su gloria. No podría negar de ninguna manera lo atractivo que era, pero hacía que se sintiera receloso. El selkie estiró los brazos para rodear a Monty con la manta y apretarlo contra sí. Estaban tan cerca como era posible. El selkie apoyó las manos en la cintura de Monty, que no pudo hacer otra cosa que respirar su aroma. Era un olor profundo, salado y salino, como a mar, y sin lugar a dudas masculino. Sintió su cuerpo responder con demasiada facilidad y cerró los ojos para intentar concentrarse en cualquier otra cosa.

—Solo voy a ayudar a Monty —oyó que decía Bishop.

—¿Qué le pasa al muchacho? —preguntó su padre.

—Nada grave como tal —improvisó Bishop—. Simplemente parece haberse rasgado la manga de su mejor camisa mientras estábamos... Mmm... jugando al croquet.

Incluso con los ojos cerrados, Monty no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Terrible deporte —lo reprimió el padre de Bishop—. Nunca le he visto el interés.

—No, señor —respondió Bishop.

—Bueno, una vez esté solucionado, ve a ver a tu madre. Parece que tiene asuntos importantes que preguntarte sobre la cena. Algo sobre la distribución de los comensales o de la tarta Charlotte o algún tema similar.

—Sí, señor, así lo haré —respondió Bishop, algo desconcertado.

—Bien, bien —murmuró su padre antes de marcharse.

Monty abrió los ojos y se encontró el rostro del selkie muy cerca. El hombre se acercó, con los labios entreabiertos. Una ansiedad agitada recorrió a Monty, que levantó la mano para posar dos dedos en los labios del selkie.

—No —susurró, feroz.

Una expresión de dolor apareció en el rostro del selkie y, por un momento, Monty sintió una punzada de culpabilidad. Pero, de nuevo, el recelo ganó y se alegró de no haber sucumbido a los abundantes encantos del hombre todavía. Todavía, se repitió a sí mismo. Aquello implicaba que la situación volvería a repetirse, sin duda.

En ese mismo momento apareció Bishop en su escondite.

—Muchachos —dijo Bishop—, ya habrá tiempo para eso más adelante. Vamos a mis aposentos.

Monty asintió mientras apartaba con delicadeza al selkie.



Cuando ya estaban en la habitación de Bishop, los dos amigos pudieron respirar algo más tranquilos y relajar sus posturas. Sin embargo, su nuevo amigo tenía los ojos brillantes y alerta mientras miraba a su alrededor, fascinado por todo el ornamento, oropel y, sinceramente, en opinión de Monty, mal gusto con los que se había decorado el cuarto.

Dejó caer al suelo la manta de conducir mientras caminaba por la habitación, estudiando los objetos. Tenía muy buen cuerpo, más musculoso que el hombre medio al que Monty solía ver. Pero sus músculos eran largos y esbeltos, lo que lo dotaba de una ágil gracia. Su piel era de un tono moreno dorado y prácticamente brillaba bajo la luz del sol. Su pecho, y otras regiones de interés, estaban cubiertas de una pelusilla oscura y fina que rodeaba sus pezones marrones y resaltaba la curva de su perfecto trasero. Era incluso más alto que Bishop, por lo que parecía, a quien Monty ya consideraba de altura fuera de lo normal, y tenía la cabeza cubierta de un pelo rizado marrón tan oscuro que casi parecía negro. Un rizo le caía por la frente y casi le alcanzaba los ojos, en un rostro de forma cuadrada con la nariz amplia y chata y labios carnosos que tendían a fruncirse.

Mientras Monty lo miraba caminando por la habitación, recordó sus días en las salas de París. Se había pasado los días en Francia recorriendo las muchas galerías y exposiciones privadas de la ciudad, así como encerrado en un estudio, con un maestro de cabellos destartalados u otro, aprendiendo técnica. Había descubierto un artista en particular del que hablaba todo París y se había sentido fascinado por su trabajo de inmediato. Durante su estancia, habían colocado una enorme escultura del mismo artista delante del Panteón. *El pensador*. Monty había sentido el impulso de volver una y otra vez a ver la obra, se había pasado horas y horas delante, ya fuera con papel y lápiz en mano o simplemente estudiándola en silencio, aprendiendo sus líneas y proporciones.

A menudo podía cerrar los ojos y volver a ver esas líneas y formas gravadas a fuego en su mente. Pero ahora, cuando cerraba los ojos y pensaba en aquellos días, solo era capaz de ver la imagen del extraordinario hombre que se paseaba a apenas unos metros de él.

—¿Cómo deberíamos llamarlo? —preguntó Bishop.

—Disculpa, ¿cómo dices? —Monty abrió los ojos de golpe.

—Qué carajo, tenemos que llamarlo de alguna forma, no podemos referirnos a él solo con pronombres; causaría confusión. A menudo pasa con demasiados pronombres masculinos.

Monty miró al selkie fijamente.

—Rodin —soltó.

—¿Otra vez con los franceses, Monty? —Bishop hizo una mueca con obvia exasperación—. Estás obsesionado hoy.

Monty se encogió de hombros.

—Bueno, tiene cierto aire de europeo. Y me recuerda a algo.

El selkie sonrió.

—Rodin —repitió.

Los dos amigos intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Santo cielo —dijo Bishop—. La maldita criatura está aprendiendo a hablar.

Rodin asintió.

—Creo que parece gustarle —dijo Monty.

—Rodin —repitió Rodin.

—Al fin y al cabo, si la gente piensa que es francés —añadió Monty—, eso ayudará a explicar sus... rarezas.

Bishop suspiró y se encogió de hombros.

—Sí, supongo que tienes razón. Deberíamos darle algo de ropa. No puede estar por aquí desnudo todo el día.

—Ciertamente —dijo Monty.

—Se acerca más a mi altura, pero es posible que su hechura sea más como la tuya. Será un trabajo a retales, pero creo que podríamos conseguir algo que funcionara. Buscaré por mis armarios y tú podrías traer camisas de tu cuarto.

—Claro —dijo Monty, contento de tener algo tangible que hacer, y se dirigió a la puerta—. Será un segundo.

Rodin hizo ademán de seguirlo. Monty se paró en la puerta.

—¡Epa! —exclamó Bishop agarrando a Rodin del brazo—. Debes quedarte aquí, hombre. No podemos tenerte recorriendo los pasillos como Dios te trajo al mundo, ¿no?

Rodin dejó que Bishop lo devolviera a la habitación.

—Monty —dijo Rodin—. Será un segundo.

—Vaya, aprendes rápido, ¿eh? —dijo Bishop—. Ahora, si pudieras quedarte quieto...

Por alguna razón inexplicable, escuchar su nombre en los labios del selkie hizo que Monty se sonrojara profundamente, así que salió corriendo de la habitación antes de que se pudiera detectar su agitación. Mientras avanzaba por el pasillo, sintió que el calor se extendía por todo su cuerpo. Sacudió las manos mientras caminaba con la esperanza de hacerlo desaparecer antes de que lo consumiera.

CAPÍTULO TRES

Le Mans, Francia, 1906

Rayos —exclamó Monty. Metió el lápiz en el lomo de la libreta y se apoyó contra el tronco del árbol bajo el que estaba sentado.

El calor era insoportable. A Monty no solía molestarle un día muy cálido, pero lo de hoy era demasiado. Solo había viajado a esa área provinciana porque Bishop, siempre llevado por su fascinación por el automóvil, había conseguido una invitación para el *Grand Prix de l'Automobile Club de France*. Monty había conseguido, la mayor parte de la mañana, fingir interés en los coches de carreras que daban vueltas y vueltas como carros de metal en una extraña fantasía regada en absenta, hasta que llegó un punto en que no pudo soportarlo más. Abandonó a su amigo para encontrar algo de sombra, cualquier atisbo de protección contra el implacable sol, y conforme salía oyó a alguien entre el público diciéndole a sus amigos que el asfalto que habían puesto para la carreras se había calentado tanto que se estaba reblandeciendo y las ruedas de los coches podrían quedarse pegadas.

Pobre desgraciados, en sus latas de aluminio, sofocándose bajo el sol. Y más desgraciados los idiotas que habían ido a verlos.

Había intentado leer, pero le era imposible concentrarse, así que había sacado su libreta. Sin embargo, había terminado siendo una fuente de frustración, como pasaba desde hacía semanas. A veces, al parecer, de la nada, lo único que conseguía dibujar era la figura de un hombre sin rostro. Por mucho que se esforzara en esos momentos, era incapaz de modelar nada más. Solían ser breves ataques de obsesión por esa figura particular, pero en días como ese no le proporcionaban la paz mental que solía darle dibujar.

Se tapó los ojos con la libreta, abierta por unas páginas en blanco, y esperó que el sueño llegara para distraerlo del bochorno. Objetivo cumplido, lo despertaron un tiempo después los golpecitos de un bastón en la suela de su zapato. Levantó la mirada para encontrar a un caballero muy

apuesto, claramente de cierta clase a juzgar por su atuendo, mirándolo desde arriba. Durante un momento, ninguno de los dos habló; el hombre, quizás unos diez años mayor que Monty, se limitó a mesarse el distinguido bigote conforme lo estudiaba.

—Me llamo Trevor —dijo al final.

—Monty.

Trevor señaló con su bastón el ejemplar de *Salomé* que había abandonado junto a Monty en la hierba.

—¿Sabe —dijo— que el original se escribió en francés?

—Y este también —contestó Monty.

—Así que, ¿lee usted en francés?

—Mejor de lo que hablo en francés, me temo. Si le soy sincero, me conquistaron sobre todo las ilustraciones.

—Un inglés que se toma la molestia de aprender francés antes de visitar Francia. Me hallo impresionado.

—¿Y cómo ha sabido, al verme dormir, que soy inglés? —preguntó Monty con falsa modestia.

Trevor le dedicó una sonrisilla que le levantó el bigote. Le brillaban los ojos.

—He decidido arriesgarme. —Señaló con el bastón el trozo de sombra que había junto a Monty —. ¿Le importa si me uno a usted?

—Adelante.

Conforme Trevor se sentaba a su lado, Monty le preguntó:

—¿Ha leído mucho de Wilde?

—En realidad, no. Vi la obra del *Ernesto* de joven. Entretenida, para ser una obra, supongo. El teatro no suele ser de mi agrado. Y, desde luego, después del escándalo de su detención, había que evitar sus obras. Para evitar que el público pensara demasiado mal de uno, si entiende lo que quiero decir.

Monty lo miró con intensidad.

—En mi experiencia, el público nunca piensa demasiado.

Trevor estudió su rostro, y Monty se dio cuenta de que los ojos del hombre permanecían un segundo en sus labios.

—Es más fácil de decir en París que en nuestra patria —dijo Trevor en voz baja.

—Es más fácil de decir en cualquier otro lugar del mundo, ¿no cree? —contestó Monty.

—En efecto.

Aunque sabía que era una idea absurda, pues se habían conocido hacía apenas un momento y estaban, claro, en público, donde esas cosas no podían darse, Monty deseó en ese momento que Trevor se inclinara y lo besara. Quizás era el calor del día; quizás era la emoción de no estar en Inglaterra, de estar en el pintoresco campo de Le Mans, lo que le hacía sentirse tan desinhibido. Qué era, no podía decirlo con exactitud, pero más tarde, al recordar la situación, supo que una línea directa al romance se había abierto en su interior en lo que a Trevor respectaba.

Había tenido sus idilios juveniles a lo largo de los años, pero cuando había conocido a Trevor, algo había cambiado en él; se había abierto a un nuevo tipo de vínculo, algo mucho más adulto, mucho más serio, con muchas más amenazas de tener consecuencias devastadoras.

—El calor es insoportable —señaló Trevor—. Es usted espabilado al esconderse a la sombra de un árbol.

—Lo que sea con tal de alejarme de esas ruidosas cajas de aluminio. Ah, discúlpeme. ¿Le interesan los coches? Imagino que sí, si está aquí.

—Bueno, usted también está aquí y no parecen ser de su agrado.

Monty sonrió al sentirse comprendido.

—No —siguió Trevor—. Tengo intereses comerciales, por así decirlo. Pero, más que nada, estoy aquí por mi padre. Le apasionan los automóviles y exigí que viniera para informarle con todo lujo de detalles cuando volviera a casa. De primera mano.

—Si está perdiendo el tiempo a la sombra de un árbol conmigo, ¿no se perderá todos los detalles?

Trevor se peinó el bigote con el índice y el pulgar.

—En eso me parezco a mi padre, ¿sabe? Cuando encuentro algo que despierta mi pasión, todo lo demás pasa a ser irrelevante.

—Entiendo —contestó Monty en voz baja.

A Trevor se le iluminaron los ojos de repente.

—¿Ha visto ya el río? —preguntó con entusiasmo—. El Sarthe. Está a un breve paseo.

—No lo he visto.

Trevor se levantó y le ofreció una mano a Monty.

—¿Vamos? Imagino que el aire será más fresco y agradable que aquí con todo el polvo y el ruido.

Monty cogió la mano enguantada y tiró para ponerse de pie.

—Suenan encantador. Me gusta todo lo que tenga que ver con ríos, el mar o el agua, en realidad. Se inclinó a recoger los libros, pero Trevor se le adelantó.

—Me encargo yo de esto.

Monty quiso quejarse, pero ningún hombre lo había tratado con tanta atención, así que no dijo nada.

—¿A su amigo no le importará? —preguntó Trevor.

—¿Mi amigo?

—El pelirrojo que con tanta devoción presta atención a la carrera. Llegaron juntos, así que supuse que pasarían el día juntos.

—No se le escapa nada a usted, ¿no? —preguntó Monty, sonrojándose un poco—. A Bishop no le importará. A menos que le salieran a usted de repente ruedas en los pies y empezara a rodar por ahí, no notaría mi ausencia, se lo aseguró.

—Entonces, haré lo posible por mantener mis tobillos.

Cuando se dirigían al río, se levantó una brisa que abrió la libreta de Monty. Trevor se aferró a ella para que no se le cayera y miró las páginas, ahora abiertas, antes de cerrarla.

—Quien fuera su modelo para esos dibujos es innegable que tenía una figura impresionante.

—No tuve modelo. No es más que algo de mi imaginación.

—Ya veo. Bueno, tiene usted una imaginación muy viva. El dibujo de abajo, parece como si se le fundieran las piernas. Como una sirena u otro tipo de semihumano marino, supongo.

—Cuando era pequeño, mi libro favorito era los *Cuentos* de Andersen y siempre hacía que mi cuidadora me leyera la historia de la sirenita, ¿sabe?

—Y ahora hemos pasado a *Salomé*.

—Sigo creyendo que *La sirenita* es mucho más de mi estilo.

—Quizás no debería llevarlo al río. No van a salirle branquias y va a alejarse de mí a nado, ¿no?

Monty le sonrió.

—Habrà que verlo, supongo.

Trevor tenía razón y, cuando llegaron a la orilla, el calor se había disipado bastante. Pero el sol seguía brillando con fuerza y Monty se moría por aliviarse.

—Vamos a bañarnos —dijo Monty.

—¿Bañarnos? No podemos bañarnos en el río.

—¿Por qué no?

—Para empezar, seguro que es ilegal por algún motivo. Y, además, mire. —Señaló la otra orilla del río—. Hay toda una aldea de fábricas. ¿Y si nos ve alguien?

—Es Francia —dijo Monty—. No les importan esas cosas.

—¿Ah, no?

—Además, es usted un hombre muy apuesto. Si es que llegan a ver algo, de seguro será una vista encantadora.

Trevor sonrió y Monty notó el rubor en sus mejillas.

—No estoy a la altura del hombre de sus bocetos.

—No es más que algo de mi imaginación, una especie de hombre legendario —contestó Monty mientras se quitaba la chaqueta—. Mientras que usted es muy real. Así que no creo que haya necesidad de comparar nada. Además, ¿por qué le preocupa no estar a la altura?

Dejó caer su chaleco y empezó a desabotonarse la camisa.

—Si quisiera mantener su atención más allá de esta tarde, debería preocuparme por lo atractivo que le resulto, ¿no?

—Supongo que sí —confirmó Monty.

Lanzó la camisa a la pila de ropa que se iba formando en el suelo y se quitó la camiseta interior, con lo que se quedó desnudo de cintura para arriba. Los ojos de Trevor recorrieron la piel expuesta, memorizando cada centímetro. Ningún hombre había mirado así a Monty, lento, con anhelo. Se sintió admirado y reconocido. Le hizo sentir poderoso.

Dio un paso hacia delante y se acercó a Trevor.

—El calor es insoportable. Sabe que quiere unirse a mí.

Monty empezó a desabrocharse los pantalones y los dejó caer al suelo. Hacía demasiado calor aquel día para ponerse un mono o cualquier otro tipo de ropa interior, así que se quedó desnudo y listo para el agua. Trevor no pudo controlar su mirada conforme empezaba a desvestirse. Monty le sonrió y se giró para correr hacia el río. Saltó con un gran aullido y se zambulló en el agua.

Era felicidad pura. El agua cubría sedosa todas las partes de su cuerpo. Nadó hasta la superficie y sacó la cabeza al sol para calentarla antes de volver a bajar, buscando la fresca oscuridad del fondo. Trevor soltó un gritito ante la fría temperatura del agua, pero pronto estaba nadando y buceando con tanto fervor como Monty. Se salpicaron el uno al otro y se persiguieron nadando en direcciones contrarias.

Monty se dejó llevar por la emoción que empezó a ignorar a Trevor, buceando cada vez más abajo hacia el fondo del río. Cada vez que descendía, sus pulmones se hinchaban al máximo, dándole una sensación de euforia. En uno de los viajes notó que chocaba con algo al fondo. Había demasiado barro para ver con qué le había tocado Trevor, que se alejó nadando demasiado rápido como para que Monty se lo devolviera. Volvió a salir a la superficie para encontrar a Trevor flotando a casi tres metros.

—Es usted rápido —gritó Monty.

—¿A qué se refiere? —preguntó Trevor.

—¿Cómo nos hemos chocado ahí abajo y ha conseguido alejarse tanto a tal velocidad?

Trevor sacudió la cabeza, alegre pero confuso.

—Pero si no me he chocado con usted. Llevo aquí varios minutos.

Monty entrecerró los ojos.

—Lo que usted diga. No me molestan los juegos.

Y diciendo eso, salió del agua con un pequeño salto y cayó junto a Trevor con una gran salpicadura. Bajo el agua, Monty siguió nadando hacia el fondo, igual que antes. Y, al igual igual que antes, notó un golpe en la pierna. Salió a toda prisa, cogiendo aire y sonriendo, en busca de Trevor. Pero su nuevo amigo estaba ya en la orilla, disfrutando del sol.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo Monty, nadando hacia el—. Me ha dado un golpe bajo el agua.

Trevor lo miró salir del río.

— Le aseguro que no. Reservaría ese tipo de comportamiento para un lugar mucho más privado.

—¿Y quién ha sido, si no? —preguntó Monty mientras se tumbaba junto a Trevor en la hierba.

—Quizás, ¿qué ha sido? —comentó Trevor enarcando una ceja—. Seguro que hay criaturas viviendo en el río. O puede que haya despertado a una de sus sirenas.

Monty se rio.

—Ojalá.

Se quedaron allí tumbados bajo el sol, secándose al aire con los ojos cerrados.

—¿Se aloja usted en París? —preguntó Monty sin abrir los ojos.

—Desde luego —contestó Trevor—. Lo he visto por la ciudad, ¿sabe?

—¿Me ha visto?

—Claro. Los jóvenes tan hermosos como usted no pasan desapercibidos.

Monty no contestó, se limitó a sonreír.

—Su amigo, ese con el que siempre va... ¿es su amante?

—¿Bishop? Dios santo, no.

—Ha sido una respuesta muy rápida. Quizás demasiado. ¿Está usted seguro?

—Ha sido una respuesta rápida porque es definitiva. Bishop y yo somos más hermanos que otra cosa. Lo quiero como si fuera mi propia sangre, profundamente, pero no de esa manera.

—Son buenas noticias —dijo Trevor con intensidad.

—Ah, ¿sí?

Monty abrió los ojos y se giró para encontrarse a Trevor estudiándolo.

—Sí, en efecto, muy buenas noticias.



Después del baño, volvieron hacia el circuito de carreras, ambos esperando que las festividades se hubieran acabado y los esperara un tren de vuelta. Conforme se acercaban, Trevor levantó el bastón para señalar.

—Parece que su compañero tiene nuevos amigos —dijo.

—Bishop siempre encuentra nuevos amigos, los colecciona cual sellos.

Monty siguió la longitud del bastón de Trevor y vio a Bishop con un hombre mayor, alto. Como si notara que lo estaban observando, el hombre se giró y miró directamente a Monty. De repente, Monty se sintió extraño. Al hacer contacto visual con el hombre, le vibró algo por dentro, como una enorme campana. No era miedo, no exactamente, o al menos eso pensaba, pero sí una preocupación extrema, como unas ganas instintivas de salir huyendo. Se sintió como si fuera una criatura en la maleza a punto de enfrentarse con una territorial bestia cercana. Qué sensación más extraña, con solo una mirada. Lo dejó preocupado.

—¿Quién es el caballero? —preguntó, esperando que no se notaran sus emociones.

—También lo he visto en la ciudad —dijo Trevor—. Siempre por donde andan los jóvenes. Un hombre extraño, si le digo la verdad. Alemán o austriaco o algo similar, no lo recuerdo bien.

Conforme se acercaban, la intensidad de la mirada del hombre pareció relajarse y, cuando ya se encontraban junto a Bishop, el caballero parecía tan normal e inofensivo como los demás.

—Ah, Monty, ahí estabas —dijo Bishop—. Pensaba que habías huido a París.

—No, no —dijo Monty—. No me he ido tan lejos. Estaba junto al río, disfrutando del aire fresco.

Bishop miró de Monty a Trevor y asintió.

—Sí, claro. El aire fresco.

Monty abrió la boca para hacer las presentaciones pertinentes, pero se dio cuenta de que solo sabía el nombre de pila de Trevor.

—Buenas tardes, Lord Brookesbay, encantado de conocerle —dijo Trevor—. Soy Trevor Portland-Kirby, lord Mawnton.

—Encantado de conocerle —dijo Bishop—. Me siento algo avergonzado de que me conozca y yo a usted no.

—Lo conozco solo por su reputación, aunque creo que nuestros hermanos pudieron coincidir en sus años escolares.

—En efecto, sería muy posible —dijo Bishop—. Permítale que le presente a herr Aufhocker. Lord Mawnton, como ya sabes, y este es mi amigo el señor Singer.

—*Na, guten tag* —dijo herr Aufhocker con voz ronca y un asentimiento de cabeza.

—El tío Freddy me ha estado contando todo sobre los coches. ¿Sabes que es fabricante en su país?

—Disculpa. ¿Quién te lo ha estado contando?

Bishop soltó una risilla.

—Lo siento. Herr Aufhocker, Friedrich. Ya nos hemos hecho tan amigos que he decidido llamarlo tío Freddy y dejarnos de formalismos.

—Ya veo —dijo Monty. Algo le removió por dentro con la preocupación por el nuevo conocido de su amigo, a pesar del agradable apodo.

Monty miró al «tío Freddy», que parecía estar estudiándolo a él a su vez. Algo en la forma en que el tío Freddy... No, no podía pensar en él con ese nombre. Algo en la forma en que Friedrich lo miraba le ponía la piel de gallina. Friedrich se llevó la mano a la barbilla mientras miraba a Monty de arriba abajo sin dejarse un detalle. Monty se dio cuenta de que llevaba un brazalete. Se parecía a una cadena y el color era como de cobre cubierto por una pátina. Una mezcla de verde y bronce recubría el metal marrón y, en el centro de la cadena, colgaba algo como un amuleto. Tenía la forma de un círculo con un gran punto en el centro. Monty ya había visto ese símbolo, pero no era capaz de recordar su significado.

—Parece que todos hemos hecho amigos nuevos hoy —dijo Bishop con alegría—. Y eso que no querías venir, Monty. Seguro que ya no te arrepientes.

Monty no estaba seguro de si se arrepentía o no.

—Si llegamos al último tren, podemos estar en París para la cena —dijo Bishop—. Quizás podríamos cenar algo todos juntos. Con una botella o dos de *vin ordinaire*, desde luego.

—Me parece una idea espléndida —contestó Trevor.

Monty miró al «tío Freddy» y se encontró con los ojos del hombre. Esa extraña vibración volvió a recorrerle el cuerpo y juraría que sentía una gran intensidad en la mirada del hombre. Y entonces, de repente, sonrió y asintió, dejando caer la máscara.

Monty se dio la vuelta y caminó en dirección a la estación de tren con los demás, notando una sensación fría en el estómago.

CAPÍTULO CUATRO

Londres, 1910

Monty y Rodin estaban en la acera esperando a que Bishop cerrara bien el automóvil. Monty se alegraba de estar de vuelta en Londres y miró a su alrededor, disfrutando de todo lo que veía.

Grandes autobuses de dos plantas recorrían la calle, con la parte delantera de su chasis muy similar al coche de Bishop y placas de propaganda en las partes superiores anunciando «Pears; los reyes del jabón» y «La cura relámpago para la tos de Venó». En uno de ellos, un joven colgaba sin preocupación de la escalera trasera y saludó a Monty al grito de «¡Buenas tardes, jefe!». Un tranvía tirado por caballos pasó justo después, mostrando letras blancas y brillantes en su toldo negro: Midland Railway–White Cross. Había vendedores ambulantes con periódicos, manzanas y anguilas en gelatina, al parecer compitiendo entre todos para ver quién podía bramar más fuerte. El ropavejero avanzó pesadamente por el otro lado de la avenida, empujando su carrito en precario equilibrio lleno de mercancías sucias y polvorientas, con los zapatos llenos de papel de periódico.

Era ruidoso y sucio y emocionante.

Rodin miraba en todas las direcciones, con los ojos como platos y aspecto de estar abrumado. Ahí de pie, con sus pantalones un par de centímetros demasiado cortos, los tobillos expuestos y los hombros tirando de la tela de la chaqueta, casi parecía un chiquillo abandonado por su madre en medio de la feria. Que Bishop hubiera intentado ponerle su gorra de tweed tampoco ayudaba, pues se le salía de la cabeza y se le quedaba inclinada hacia la frente de forma distendida, apoyada en los anchos rizos. La imagen hizo que le diera un vuelco el corazón y se le curvara la comisura en una sonrisa. Se giró para mirar al garaje, preguntándose el motivo de la tardanza de Bishop.

Se le hacía difícil creer que, no muy lejos de allí, los padres de Monty estuvieran acurrucados en su casa adosada siempre tan bien cuidada. Su tranquilo vecindario, poblado por respetables miembros de la clase media paseando sin prisa, niñeras con sus chiquillos y mujeres bien vestidas en pareja, todos observando regiamente el verde parque que cruzaba la zona. Todo aquello estaba apenas a unos minutos en cabriolé, pero bien podría haber sido otro mundo. Este era el Londres que le daba energía a Monty, que le hacía volver viajara por donde viajara, y, con todas sus comodidades y su tranquilidad, el mundo de sus padres se le antojaba una especie de muerte. Era un lugar sofocante y, aunque quería mucho a su familia, los evitaba tanto como le era posible. Solo esperaba no cruzarse con su hermana por la ciudad, pues sabía que le regañaría por no haberla visitado todavía, sus palabras dejando claro entre líneas la vergüenza que Monty debería sentir por no hacer lo que se esperaba de él.

—Ya está todo, muchachos —exclamó Bishop al salir por una de las puertas—. ¿Vamos a por un cabriolé, entonces?

Al ver a los dos hombres bien vestidos esperando con su equipaje, a pesar del extraño atuendo de su amigo, enseguida se paró uno ante ellos.

—¿No es un poco absurdo —dijo Monty mientras se subían al vehículo— que tengamos que pagar transporte desde tu automóvil?

Rodin le ofreció una mano y tiró de él para que se sentara en el asiento de al lado, desde donde ambos miraron a Bishop.

—Le quita todo el sentido a traer tu coche, ¿no? —añadió Monty.

—Es un garaje y es el único con estación de carga eléctrica cerca de la casa. Lo recogeré mañana y estará como nuevo, listo para correr.

Se escuchó un fuerte golpe y el carruaje se tambaleó con sus correas de cuero.

—¿Y a qué viene esa maleta gigantesca? —siguió Monty mientras intentaba ponerse cómodo—. Pensaba que nos quedaríamos solo una o dos noches para buscar al Tejedor, pero has traído equipaje como si fueras a embarcarte en un trasatlántico y huir a Argentina.

—Ser tu amigo es como tener una tía soltera, Monty. No seas tan fastidioso.

—*Fastioso* —repitió Rodin.

Monty entrecerró los ojos para mirar a su acompañante de pantalones cortos.

—¿Ves? —dijo Bishop, asintiendo con la cabeza—. Incluso nuestro exótico amigo está de acuerdo.

—Pero ¿para qué un baúl tan grande para un trayecto tan corto?

—No sé lo que va a durar el viaje. Me dejaré llevar por la veleidad, como siempre. Además, este es mi baúl para viajes cortos.

—¿Para viajes cortos? ¿Esa cosa tan enorme?

—Sí, mi ayuda de cámara lo tiene siempre preparado por si necesitara ir a algún sitio de repente. Solo tiene lo esencial para cualquier imprevisto.

—Lo único que alguien podría conseguir rápido con ese mastodonte sería una hernia. Aunque, claro, cuando tus padres descubran que hemos invadido su casa de Londres, puede que tengamos que quedarnos ahí un tiempo, eso te lo concedo.

—No lo van a saber y, además, no se opondrían. Apenas usan la casa en estos tiempos, excepto cuando hacen breves visitas a la ciudad. Padre está tan obsesionado con las carreras de Newmarket que apenas abandona la zona, excepto en invierno. Y, claro, ¿quién querría pasar el invierno en Londres?

—¿Nos las apañaremos? La casa ha estado cerrada y, aunque creo que mis habilidades doméstica superan a las tuyas, ni siquiera soy capaz de encender un hervidor.

—No temas, mi pobre tía solterona —dijo Bishop—. Mamá siempre mantiene a parte del servicio activo por si ocurrieran imprevistos y para mantener la casa en condiciones. De hecho, el cocinero que tenemos, aunque sea solo un aprendiz, supera a la señora Shipley en la finca, aunque nunca se lo diríamos, desde luego.

—Desde luego —añadió Rodin con una sonrisa,

—Creo que es demasiado listo para su propio bien, Monty. Será mejor que lo vigiles.

Monty miró a Rodin, que le devolvió la sonrisa y se apoyó en el respaldo del asiento para rodearle los hombros a Monty. Este se apartó el brazo de Rodin y le recolocó las manos en el regazo.

—Creo que todavía no hay la suficiente confianza para esto —le regañó Monty. Rodin lo miró un poco disgustado, pero no ofreció réplica alguna.

—Ay, Monty —suspiró Bishop.

—¿Qué he hecho ahora para exasperarte? —preguntó Monty enarcando una ceja.

—Nada de nada. Solo que ojalá estuvieras más abierto a la felicidad.

Monty cruzó las piernas y tiró del bajo de su chaleco.

—No le pegaría mucho a la tía soltera, ¿no? —Monty miró por la ventana—. Ya es media tarde. El grupo de siempre no empezará a salir por el Brunswick hasta bien caída la noche. ¿Crees que deberíamos visitar al Tejedor antes?

—¿Sabes dónde se aloja en Londres?

—No, claro que no. Supuse que lo sabrías tú, ya que parecéis tener historia.

Bishop lo miró con los ojos entrecerrados.

—Verás, querida tía, lamento decirte que no tengo ni la más remota idea. Solo nos hemos encontrado en el Brunswick o en el club de caballeros. Pero se dice que las visitas del Tejedor son poco frecuentes.

—¿Tejedor? —preguntó Rodin.

—Sí —dijo Monty en tono neutro—. Nos va a decir exactamente qué podemos hacer contigo. Y, hablando de tejer, vamos a tener que encontrarle una vestimenta adecuada antes de pasearlo por la ciudad. ¿Alguna posibilidad de que tu sastre esté disponible?

—No a estas horas. Pero seguro que hay algún traje antiguo de padre en la casa. Siempre tiene alguno allí, por si acaso.

—¿Por si acaso hubiera algún imprevisto?

—De tal palo, tal astilla. Ah, ya hemos llegado.

En cuanto el vehículo se detuvo, Bishop bajó de un salto y se quedó un segundo en la acera antes de llegar a saltitos a las escaleras de la entrada. Estiró los brazos e inspiró profundamente.

—¡Ay, lo que he echado de menos la ciudad! —exclamó.

—No te preocupes, Bishop —dijo Monty con sequedad mientras pagaba al conductor—. Nos podemos ocupar nosotros del equipaje.

—Déjalo —le contestó Bishop—. Mandaré a alguien del servicio a recogerlo.

Subió al galope las escaleras y Monty lo siguió.

—¿Tiene una fiesta el servicio? —preguntó, señalando a una ventana cercana.

Las sombras parecían moverse detrás de las cortinas y se oía la música de vals tocada con el piano.

—Bien por ellos, si es así —dijo Bishop, efusivo.

Tocó el llamador que había junto a la puerta.

—Ahora tenemos incluso un sistema de llamador eléctrico instalado —dijo Bishop—. Un aparato fantástico. Gracias a Dios, la casa de Londres tiene todos los avances.

Un momento después, las grandes puertas se abrieron lentamente para revelar a un hombre gruñón y arrugado, medio encorvado por la edad. A pesar de sus años y su estatura, su librea estaba limpia y recién planchada y su cabello estaba aceitado para darle la forma adecuada. Los miró con una expresión solemne.

—¡Cielos, Davies! —exclamó Bishop.

—Buenas tardes, señor —contestó el mayordomo.

—Sigues vivo —dijo Bishop.

—Apenas, señor.

—Espléndido. Bueno, mis amigos y yo... Te acuerdas de Monty, ¿no?

—Desde luego. Buenas tardes, señor Singer.

—Buenas tardes, señor Davies —contestó Monty.

—Nos quedaremos un par de noches, puede que algo más —siguió Bishop.

—Sí, señor.

—¿Hay alguien disponible que pudiera ayudarnos con el equipaje?

—Creo que no van a necesitar ayuda, señor —respondió Davies levantando la barbilla.

Bishop y Monty se giraron y se encontraron con que Rodin estaba justo detrás de ellos con el enorme baúl bajo un brazo como si no pesara nada, junto con las otras bolsas que habían traído.

—Madre de Dios —murmuró Monty con una exhalación.

—Vaya, buen trabajo —dijo Bishop—. Ven, Monty, deja pasar. Deja las cosas en el vestíbulo si no te importa, Rodin.

Rodin entró a la casa para dejar las bolsas y los otros dos lo siguieron. La música que habían oído desde fuera sonaba incluso más fuerte dentro.

—¿Se da algún tipo de celebración esta noche, Davies? —preguntó Bishop.

Davies se giró para llamar a un lacayo que se ocupara del equipaje.

—Algo así, señor. Lady Denglarry se encuentra en la residencia en este momento.

Bishop y Monty se miraron, sorprendidos.

—¿La tía Charlotte? —exclamó Bishop—. Santo cielo.

—El cielo se menciona con frecuencia cuando se dice mi nombre —dijo una voz meliflua flotando por la entrada.

Se giraron y vieron a la hermana del padre de Bishop, Charlotte Parthemore, marquesa de Denglarry, andando hacia ellos. El parecido familiar siempre era evidente de inmediato, pero lo que en Bishop era un color pelirrojo anaranjado, el cabello de su tía era de un rojo fuego que hacía brillar sus ojos verdes. Ambos rasgos ganaban viveza por el suntuoso vestido de tono esmeralda y las joyas a juego.

—¿Te ha mandado tu madre hasta aquí para regañarme? —preguntó la mujer al acercarse.

—¿Regañarte? —preguntó Bishop.

—Sí. Avisé hace unas horas. Muy desconsiderado por mi parte, pero no tuve alternativa y me vi obligada a rechazar su invitación a la cena. Supongo que estaría lívida al descuadrarse los invitados.

—Eso sería de lo que hablaba padre —contestó Bishop, dándose cuenta en ese momento—. La tía Charlotte, no una tarta Charlotte.

—Y ahora me envía a mi sobrino favorito para sermonearme como Dios manda. Adoro a Elizabeth, de verdad, pero tenía que decepcionarla. No podría soportar otro de sus terribles eventos; siempre ese piano tranquilo y ese *syllabub* que hace preparar. Desfallezco de agotamiento solo de pensarlo.

A su espalda, tres jóvenes, con toda seguridad lacayos, aparecieron para llevarse el equipaje, seguidos de Davies.

—Va a estar todavía más molesta, porque nosotros también nos hemos dado a la fuga y la hemos dejado con los invitados aún más descuadrados —añadió Monty.

—Cielos, Monty —exclamó Charlotte—. Ven aquí, jovencito. ¡Qué apuesto estás! Cuánto tiempo hace que no te veía.

Le rodeó la cara con las manos, se acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—Siempre has sido mi favorito de entre los amigos de Bishop —dijo—. Y el más apuesto.

—Gracias, lady Denglarry. —Monty notó cómo se le sonrojaban las mejillas con los comentarios.

—Chitón, nada de lady; debes llamarme también tía Charlotte. De todas formas, eres prácticamente como un hermano para mi querido Bishop. —Entonces, se giró y miró a Rodin—. Y, por favor, decidme quién es este magnífico compañero.

—Un nuevo amigo nuestro —dijo Monty a toda prisa—. Se llama Rodin.

—Es de España —añadió Bishop—. Así que su inglés es muy limitado.

Monty le dedicó a Bishop una mirada cargada de significado.

—De Francia. En realidad es de Francia.

—Ah —dijo la tía Charlotte, ofreciéndole la mano—. *J'ai toujours aimé un Français.*

Rodin le tomó la mano y se la besó con delicadeza.

—*Vous me flattez, madame* —dijo Rodin—. *Enchanté.*

Monty y Bishop cruzaron una mirada perpleja.

—Debéis quedaros conmigo —declaró la tía Charlotte—. Espero algunos invitados esta noche para una partida de cartas y champán y cualquier otro entretenimiento que se nos ocurra.

Le dedicó a Rodin una sonrisilla coqueta.

—Nos encantaría, tía —dijo Bishop—, pero le hemos prometido a monsieur Rodin que lo llevaríamos a conocer a unos amigos importantes en la ciudad.

—Os lo queréis quedar todo para vosotros, por lo que veo —dijo, guiñándole un ojo a Monty—. Y no os culpo. Pero seguro que podríais tomaros una copa antes de marcharos, me encantaría que conociera a mis amigos. Y su inglés no será un problema, con seguridad podrá encontrar a alguien con quien conversar en francés.

Monty enarcó las cejas.

—Eso parece.

Miró a Rodin, que le sonrió como respuesta.

—Decidido —dijo la tía Charlotte.

—¿Qué está decidido, querida?

Los cuatro se giraron para mirar al origen de esa voz masculina y potente que resonó por el vestíbulo. Se trataba de un caballero muy alto de barbilla cuadrada y bigote. Observaba la escena ante él con una amplia sonrisa en su rostro, estudiándolos a todos sin reservas.

—Ay, Anderson, querido —exclamó la tía Charlotte—. Ven a conocer a todo el mundo.

El caballero del bigote se acercó con paso tranquilo, vestido para la velada. Conforme se acercaba, Monty se dio cuenta de que era casi tan alto como Rodin.

—Queridos, este es mi amigo, el señor Anderson Herald. Viene de los Estados Unidos.

—Sin que sea culpa mía —añadió Anderson con una carcajada.

Una vez hechas las presentaciones, la tía Charlotte siguió hablando.

—Estábamos comentando la posibilidad de que los muchachos se nos unieran en la celebración, pero insisten en que tienen otros planes. Sin embargo, los he convencido de que se queden al menos un poco para conocer a nuestros amigos. Creo que los van a adorar, y monsieur Rodin acaba de llegar y se merece una bienvenida adecuada, ¿no crees?

Anderson recorrió a Rodin con la mirada.

—Sí, desde luego.

—Sí, pero, verá —empezó a decir Monty—, nuestro amigo ha perdido su equipaje en sus viajes y necesita una muda decente.

—Me he percatado de que esos pantalones son demasiado altos por abajo y demasiado apretados en el centro —confirmó Anderson.

Bishop enarcó una ceja.

—Parece ser de tu talla, ¿no, cielo? —comentó la tía Charlotte—. ¿Podrías prestarle algo?

—Sería solo un día, más o menos —dijo Monty—. Hasta que podamos llevarlo al sastre mañana.

—Será un placer ayudar —asintió Anderson—. Así me gusta, un buen muchacho, sólido. Un hombre con carne en los huesos. —Agarró a Rodin del brazo, con cierta travesura—. Santo cielo, es como una barra de acero. Todo este músculo no es de mentira, chaval.

—Es magnífico, ¿verdad? —dijo Charlotte—. Y tenéis casi la misma estatura, así que no creo que haya ningún problema con los dobladillos. Seguro que tenemos una doncella de dedos hábiles que pueda meter un poco la cintura en un segundo.

—Pero bueno —replicó Anderson.

—Seguro que Davies se encarga de todo —siguió Charlotte.

—Desde luego, señora —dijo Davies a su espalda.

Bishop se sobresaltó.

—Santo cielo, Davis, ¿has estado ahí todo este tiempo? Pensaba que te habías marchado.

—Como los pobres, señor, siempre estoy aquí —respondió Davies—. ¿Quiere que escoja un atuendo particular de su habitación, señor?

—Cualquiera servirá —dijo Anderson—. Elige libremente.

Davis asintió.

—Nosotros nos encargaremos de los gemelos y lo demás —añadió Monty.

—Sí, señor —dijo Davies mientras se marchaba.

—Espléndido —dijo la tía Charlotte, complacida.

—Bueno, supongo que deberíamos ir... —empezó a decir Bishop.

—¿De dónde han dicho que era? —preguntó Anderson, mirando a Rodin.

Monty le dedicó a Bishop una mirada de advertencia.

—Pasé un tiempo en Brasil, ¿sabe? —siguió Anderson—. Y usted me recuerda a los hombres que conocí allí. Sólidos y atractivos, los brasileños. *Você fala português?*

—*Sim senhor. Eu faço* —respondió Rodin sin dudar.

Anderson soltó una carcajada mientras Monty y Bishop se miraban entre ellos boquiabiertos.

—Pero bueno, ¡anda la órdiga! —dijo Anderson—. *E voce e do Brasil?*

—*Eu sou de muitos lugares* —dijo Rodin, encogiéndose un poco de hombros. Miró a Monty—. Solo voy donde quiero.

Monty experimentó una sensación extraña al escuchar esa afirmación, como si fuera solo para él. Volvió a tener, incómodo, la sensación de que Rodin era tan familiar como un viejo amigo, aunque no supiera muy bien cómo. Pero, claro, no podía serlo. ¿Por qué se empeñaba este hombre en despertar esas sospechas?

—Bueno —dijo Bishop, aclarándose la garganta—. Sí, vaya, será mejor que subamos para asearnos antes de vestirnos para la velada. Llevamos todo el día en la carretera y puede que la noche se nos alargue.

Los tres se dirigieron hacia la escalera que ocupaba el centro del gran vestíbulo.

—¿Habéis venido en ese enorme aparato tuyo? —preguntó Charlotte.

—Ahora tengo un automóvil —respondió Bishop.

—Es un Baker Electric —añadió Monty con demasiada dulzura, sonriendo ante la mirada fulminante que le dedicó Bishop.

—Con qué artilugios tan extraordinarios se encandila mi sobrino —dijo Charlotte—. ¿Tienen de esos en los Estados Unidos, querido Anderson? ¿Esos coche eléctricos?

—No por mucho tiempo, si podemos evitarlo —dijo Anderson, resuelto.

Bishop se paró en la escalera.

—¿Y eso a qué se debe?

—El carbón es el futuro, muchacho. La gasolina. Nada de esos complicados aparatos eléctricos. La nueva maquinaria requiere mucha potencia.

—En efecto. Bueno, los estadounidenses siempre han tenido cierta obsesión con la potencia, ¿no? Nos uniremos a ustedes en breve, tía.

—Sí, por favor —dijo Charlotte guiando a Anderson de vuelta a la salita—. Los invitados llegarán en las próximas horas.



Se dirigieron escaleras arriba y Monty miró hacia atrás para asegurarse de que nadie los oía.

—¿Como que España? —dijo—. Pensaba que habíamos quedado en que era francés.

—No sufras, nadie que sea como mi tía entendería la diferencia. Además, como nuestro amigo ha demostrado ser el bibliotecario de la Torre de Babel, supongo que es indiferente.

—Sí —dijo Monty con énfasis, parándose al final de las escaleras. Se giró hacia Rodin—. ¿Qué ha sido eso? Hace unas pocas horas apenas podías hablar, o eso parecía, y ahora eres una especie de piedra Rosetta andante.

Rodin bajó la cabeza y miró a Monty entre las pestañas.

—*L'anglais* —dijo Rodin— *est difficile sur la langue*.

Bishop miró de uno al otro.

—No por mucho tiempo, imagino.

—Debo decir que no sé a qué te refieres —declaró Monty, aunque no estaba seguro de a cuál de los dos estaba respondiendo.

Bishop avanzó por el pasillo, señalando hacia la izquierda.

—Aquí está mi habitación. Supongo que estaréis satisfechos con las dos habitaciones de enfrente. Davies siempre lo organiza todo de manera muy competente, así que seguro que las han aireado y están preparadas, si los invitados de la tía Charlotte están de camino. Si se trata del grupo habitual, imagino que más de un invitado pasará la noche aquí. De todas formas, hay suficientes habitaciones. Bueno, a no ser... —dijo, girándose hacia Monty y Rodin con una mirada traviesa— que prefiráis compartir.

Monty lo ignoró.

—¿Estás seguro de que ninguna de estas habitaciones está reservada para tu propia tía?

—Ah, no. Seguro que se aloja en los aposentos que comparten mamá y padre.

—¿Y el señor Anderson Herald?

—El estadounidense puede acostarse donde quiera, como entiendo que es costumbre en su país.

—Tu tía no parece muy preocupada por los escándalos, pero ¿no le genera inquietud en absoluto que tu tío oiga hablar de sus famosas, y poco dignas, fiestas?

—¿Su muy honorable señoría, el marqués de Denglarry? Lo dudo mucho. —Bishop se rio, burlón—. No, mi tío y su horrible hijo, mi primo Jasper, si me veo obligado a reconocerlo como tal, pasan la mayor parte del tiempo perfeccionando su *flânerie* por Venecia y otras ciudades mediterráneas varias. Ambos sienten predilección por el vino italiano y las ramera italianas, de la forma mas indigna posible. De todas formas, eso deja a la tía Charlotte libre de hacer como le plazca, lo cual ella prefiere, claro. —Una expresión de anhelo apareció en el rostro de Bishop—. Aunque el estadounidense era un tipo bastante atractivo, ¿no? A pesar de su terrible gusto en lo que a automóviles se refiere.

—Intenta controlarte, Bishop —dijo Monty mientras se acercaba para examinar la primera habitación—. No estaría bien que sedujeras al acompañante favorito de tu tía.

—No tengo claro que la tía Charlotte tenga favoritos. Además, creo que el caballero preferiría a nuestro amigo el de las muchas lenguas que a cualquiera de nosotros.

La sugerencia le dolió a Monty de una forma que no quería reconocer, pero miró a Rodin de todas formas.

—Yo no prefiero al tipo bastante atractivo —dijo Rodin, neutro.

—Un hombre con su propio gusto —declaró Bishop.

Monty miró hacia la habitación cuya puerta acababa de abrir hacía un momento.

—Ah, sí, ahí está mi equipaje. Esta es mi habitación. Supongo que tú estarás justo al lado. —
Miró a Rodin—. Bien, si necesitas cualquier cosa, sabes dónde estamos. Cuando llegue tu nuevo
atuendo, ladra si necesitas ayuda.

—Monty, no seas tan desagradable —le riñó Bishop mientras entraba a su habitación, antes de
cerrar la puerta a su espalda.

Rodin se quedó en el pasillo, sin moverse y mirando a Monty con una expresión dulce y
controlada. Por algún motivo, Monty no fue capaz de apartar la mirada ni de obligar a sus pies a
moverse, así que se quedaron los dos mirándose a los ojos. La luz de los apliques del pasillo
iluminaba las motas doradas en los ojos marrones de Rodin, con lo que parecían brillar. Rodin
levantó el brazo y le tomó la mano a Monty.

—Monty —dijo con ternura y sinceridad.

El ligero contacto le dio un escalofrío a Monty como si fuera una corriente eléctrica.

Monty parpadeó y se giró. Quería decir algo, contestar, pero de repente el sonido del mar le
llenó los oídos y se sintió incapaz de oír nada que no fuera el romper de las olas. Entró a la
habitación si hablar y la sensación de estar rodeado por un mar invisible lo sobrecogió. La
electricidad seguía recorriendo su cuerpo y sintió como si fuera a salir flotando de la suave
alfombra que tenía bajo los pies y llegar al techo.

Era a la vez excitante y aterrador.

CAPÍTULO CINCO

París, Francia, 1907

Mientras el sonido tranquilo de los cascos de los caballos del carruaje resonaba contra el empedrado del suelo a su espalda, Monty tiritó un poco, envolviéndose mejor en el abrigo. Lo que le causaba el temblor no era el aire frío de la noche otoñal, sino la escena que veía ante sus ojos.

Levantó la mirada hacia la puerta del cabaret. La entrada estaba tallada en la fachada para que los clientes entraran por las fauces abiertas de un enorme leviatán, con sus grandes ojos de párpados pesados, abiertos y con rasgos de locura, y su gruesa lengua serpenteando por el suelo de la puerta. Esa tremenda imagen fantasmagórica estaba rodeada de imágenes en estuco de mujeres siendo devoradas por las llamas del infierno.

—¿Seguro que este es el lugar? —preguntó Monty, estupefacto.

—Es la dirección que nos dio Bishop —dijo Trevor.

—Lo es, pero cielos, seguro que la entrada es esta de aquí al lado —dijo Monty, algo anonadado.

La pequeña puerta a la que señalaba Monty estaba apenas a unos pasos de la entrada infernal y su fachada estaba decorada con querubines tocando la trompeta.

—*Non, monsieur* —dijo un hombre que se encontraba junto a la puerta menos amenazadora, como si fuera un guardián—. Esta es solo la salida. Deben atravesar primero *l'enfer* para salir por *le ciel*.

—Qué poéticamente francés todo —dijo Trevor con un resoplido—. ¿O es francesamente poético?

—Llevas más tiempo en París que yo —dijo Monty—. Me extraña que no conozcas este lugar.

—He oído hablar del *Cabaret du Néant*, que parece ser de un estilo similar, pero debo admitir que nunca lo he pisado. Pensaba que solo hacían espectáculos de ilusionistas, sesiones de

espiritismo y eventos de esa naturaleza. Evidentemente, no el tipo de actividad que resulta de mi agrado.

—Evidentemente —confirmó Monty.

—Además, el cabaret en general no suele llamarme la atención. La formación cultural que he recibido este año se debe en exclusiva a tu influencia. —Miró a Monty con una sonrisa traviesa—. Tendría que haber supuesto que seguirte terminaría por llevarme al infierno.

—*Au contraire, monsieur* —contestó Monty guiñándole un ojo—. Como nos acaba de comunicar el caballero, al final solo te llevaré al cielo.

—Promesas vacías —dijo Trevor—. Bueno, ¿vamos?

Señaló a la entrada del Cabaret de l'Enfer con la mano para que Monty abriera el paso. Cuando llegaron a la puerta, esta se abrió de golpe y apareció un impresionante portero vestido con un disfraz del diablo.

—¡Entrad a vuestra perdición! —exclamó.

—Cuánto dramatismo —dijo Trevor, escudriñando de arriba abajo al portero.

—A mí me gusta —dijo Monty con una sonrisa.

—Eso sí que no me sorprende en absoluto. —Trevor levantó la mano para señalar las pinturas que adornaban las paredes dentro del cabaret—. Después de todo, te encontré absorto en tales imágenes cuando nos conocimos.

—No creo que Aubrey Beardsley haya hecho nunca nada tan demoníaco, pero algo de razón no te falta.

Monty seguía apreciando la decoración del lugar y apenas se fijó en ninguno de los clientes. Las paredes estaban pintadas de negro y las obras que las decoraban eran también en blanco y negro, sin un ápice de color. Las paredes en sí no eran superficies lisas, sino que mostraban todo tipo de máscaras, formas y escenas macabras y amenazadoras, moldeadas y también pintadas de negro. Había un pasillo de mesas y reservados sobre los que colgaba el techo, inclinado e irregular, como el interior de una caverna rocosa.

—Ah, ahí está Pearl —dijo Trevor.

Monty miró en la dirección que le indicaba Trevor y vio a su amiga Wu Zhenyi, conocida por todos como Pearl. Estaba hablando con uno de los camareros, vestido también en otro disfraz de inspiración demoníaca.

Se dirigieron hacia ella para saludarla.

—Me alegro de verte —dijo Monty—. ¿Será que el señor Loo te ha dejado en libertad para la velada?

—Por así decirlo —contestó Pearl—. Ha venido también. Lo encontraréis en el espacio de espectáculos con su amiga, desde luego.

—¿El señor Loo? —preguntó Trevor—. ¿Ese caballero tan galante al que suelo ver por la ciudad?

—*Oui* —contestó Pearl—. *Alors il pense.*

—Cuando no están trabajando para el señor Zhang, el señor Loo tiene a Pearl esclavizada en la preparación de su propia galería de arte y tienda. No puedo criticar los esfuerzos del caballero con demasiada vehemencia, pues ha conseguido vender algunas de mis obras. Desde luego, no habría sabido de su existencia de no ser por Pearl.

Pearl, de hecho, se había hecho indispensable en el mundo del arte, habiendo emigrado del enclave chino en la península de Indochina y hablando francés como lengua materna. No solo ejercía de intermediaria entre el señor Zhang y sus muchos socios, sino que también había facilitado muchas transacciones para el prometedor señor Loo.

—Ha venido a escuchar a Jade cantar esta noche —añadió Pearl.

—¿Y ha venido alguna vez a apoyar las exposiciones de tus propias obras?

—*Oui*. Pero no aprecia mis obras. *Mais enfin*, no aprecia nada que no pueda vender a un estadounidense. *Bizarre, n'est-ce pas?* Venid, os llevaré al cabaret.

Pearl, como Monty, había venido a apoyar a su mejor amiga, Daiyu, que se refería a sí misma como Jade. Eran inseparables, pero, al contrario que Monty y Bishop, Monty había oído en los círculos en los que se hablaba de tales asuntos que también eran amantes.

En la ciudad se las conocía a menudo como las joyas gemelas del Oriente. Desde luego, no eran gemelas y no se parecían en absoluto, pero la pareja disfrutaba del chiste y se reían de los nombres que habían elegido para sí mismas, sabiendo que los parisinos no se daban cuenta de que se estaban burlando de ellos.

Pero por la noche y en sus días libres, Pearl podía ser ella misma. Pintora, una artista extraordinaria, que era más inteligente y perceptiva que muchos. Cuando no estaba pitando, socializaba, integrándose en el tejido de la ciudad para poder conseguir clientes y compradores para sus obras.

—Ahí —dijo cuando entraron en la zona de espectáculos al fondo del club—. Está allí con madame Olga.

Pearl alzó los dedos para saludar discretamente. El señor Loo le dedicó una inclinación de cabeza a Pearl, luego a los dos hombres, y Olga se quitó la boquilla del cigarro de la boca el tiempo suficiente para soltar un aro de humo en el que metió la cabeza. Las joyas que colgaban

de sus orejas relucían en el humo e hicieron que Monty pensara en la bruma que ascendía del Sena por la noche, reflejando las luces de la ciudad.

—Esa mujer —dijo Pearl en voz baja, con la sonrisa todavía en su rostro—. *Très vulgaire*.

El espacio más amplio en el que se encontraban ahora se parecía mucho al anterior a nivel estético. Era mucho más abierto, con bastantes más asientos disponibles, pero la forma general de la sala seguía recordando a una especie de caverna. Los bancos de los reservados que cubrían la pared del fondo, como los que en ese momento ocupaban Loo y madame Olga, estaban decorados con mucho más lujo que los de la sala anterior del cabaret, pintados de negro como todo lo demás, pero cubiertos con mullidos cojines granate oscuro. El cristal de las lámparas de gas de las paredes era de un color rojo que cubría de una pátina sangrienta todo lo que iluminaban. Las mesas de la parte baja de la sala, que se encontraba un par de escalones más abajo que los reservados, estaban cubiertas con manteles negros y cada una tenía una vela en el centro, ardiendo desde dentro de un vaso rojo. También había un nivel superior al que probablemente se llegaría a través de alguna escalera, que hacía las veces de palco. Sin embargo, al estar pintado de negro y poco iluminado, parecía más una estantería de sombras que flotaba sobre los espectadores.

—Desde luego, son insistentes con el concepto —le dijo Monty a Trevor, que soltó una risilla y asintió.

—¿Bishop y Jade cantarán juntos? —preguntó Trevor.

—*Oui, oui* —dijo Pearl—. Los he oído practicar y son bastante buenos. Sus voces forman una bella armonía.

—Debo admitirlo, sí —añadió Monty—. Bishop siempre ha sido un cantante excelente, pero parece haber mejorado *ad infinitum* desde que llegamos a París.

—Quizás sea el aire de la ciudad —dijo Pearl—. París envuelve a la gente en el romance.

—Imagino que serán una pareja majestuosa —dijo Trevor.

—Juntos quedan hermosos, quizás —dijo Pearl con una sonrisa—. Pero ninguno aprecia el tipo de belleza del otro.

—En efecto.

—Tengo una mesa delante del todo reservada para nosotros —dijo Pearl.

En la estrecha plataforma elevada que hacía las veces de escenario había un celista y un violinista sentados junto a un pianillo. El pianista surgió de entre el público y se sentó mientras sonaba un ligero murmullo de aplausos. La zona de escenario era la única parte de la sala que no estaba iluminada por la efectista luz roja, solo con dos focos en blanco neutro, así que, cuando

salieron a escena Bishop y Jade, apareciendo de algún lugar tras el escenario, el contraste casi los hacía parecer angélicos. Se quedaron en el centro de la plataforma y el público se hizo el silencio entre el público.

Bishop prácticamente emanaba luz desde el escenario y Monty sonrió con orgullo. Habían desaparecido los rasgos infantiles que durante años suavizaran el aspecto de Bishop. Su piel, pálida como la luna, resplandecía y brillaba clara, suave y sana. Su cabello era una corona de cobre que le rodeaba la cara en las ondas y rizos exactos. Monty nunca lo había visto tan atractivo y se maravilló de nuevo ante lo mucho que Bishop había madurado en París.

Siempre había sido atractivo y se había aprovechado de la atención que eso le proporcionaba, pero el aura que emanaba ahora iba más allá de la belleza física, de lo estético. Parecía irradiar luz desde dentro, aquellos días, como algo parecido a la magia.

Monty miró a Trevor, su propio perfil atractivo recortado contra la oscuridad del espacio apenas iluminado, y se sintió satisfecho. París parecía haber solidificado tanto su vida como la de Bishop. Bishop había encontrado una nueva vocación en la música y Monty había descubierto el amor, por fin, el amor de verdad, por primera vez.

Al notar la mirada de Monty, Trevor se giró hacia él y le sonrió. Le cogió de la mano y le dio un apretón.

La música empezó a sonar y Monty le dedicó toda su atención. El dúo cantó un par de canciones, de tiempo allegro moderato, y sus voces resonaban entre sí con alegría. Los arreglos eran primaverales, alegres, y al contraste con la oscuridad y la brumosisidad del lugar parecían casi surrealistas.

La voz de Bishop ascendía a alturas que Monty no le había escuchado antes en todos sus años de amistad. Sus notas agudas saltaban a octavas que Monty podría asegurar no haber oído nunca, y sus notas de tenor brillaban, bailando en el aire y envolviendo a los oyentes en lo que parecía un capullo de armoniosa felicidad. Resultaba estimulante. Incluso Trevor, que siempre permanecía estoico cuando escuchaba música, dejó que sus dedos tamborilearan en la mesa y su pie llevara el ritmo.

El público aplaudió con vigor al terminar el segundo número y Bishop y Jade sacaron dos banquetas de piano al escenario y se sentaron.

—Nos gustaría cambiar el ambiente, si nos lo permiten —le dijo Bishop al público.

—Algo para el corazón —añadió Jade. Monty vio a Pearl bajar la mirada ligeramente con una amplia sonrisa en su rostro.

Un joven delgado vestido por completo de negro se acercó a su mesa para rellenarles las copas de vino conforme las primeras notas empezaban a sonar desde el piano.

La canción que las siguió era cautivadora por su belleza. Monty no conseguía situarla, pero le recordaba al *Romance* de Elgar si lo hubiera compuesto Chopin.

Por las aguas negro azabache, una noche mi amor recorrió la ribera

Y me habló de nuestros corazones, que quizás no vuelvan a ser igual

Era, como había dicho Jade, una canción para el corazón. Pero para un corazón roto. Bishop cantó la mayor parte de la canción, con Jade uniéndosele como segunda voz. Y Monty se emocionó como nunca. Había algo en las notas, dulces pero penetrantes, que parecía una caricia. Le hacían cosquillas en el pecho y lo dejaron sin aliento.

Una extraña mezcla de melancolía y sensualidad lo dominó. La canción era como la bruma cálida de una cachimba o la sensación confusa de beber absenta. Los límites de lo que lo rodeaba se desdibujaban, pero se sentía más centrado que nunca. Cada golpe en la tecla del piano, cada tensión del afligido celo, resonaban contra su piel.

Cuando Bishop cantaba la melodía, Monty la sentía en la garganta. Como la presión antes de un gemido, la voz de Bishop lo abría en canal y volvía a cerrarlo con todo en su sitio al mismo tiempo.

Fue de nuestra vergüenza protección

Esperando que nuestro nombre no tuviera revelación.

Y en esta atmósfera, Monty se preguntó cómo podía cantar así Bishop. El alegre, afable y apuesto muchacho que parecía flotar por la vida sin dejar que nada ni nadie le afectara en demasía. ¿Cómo podía ese joven conocer ese tipo de profundidad? ¿Cómo podía comunicar tal melancolía, anhelo y arrepentimiento? ¿Qué podía saber él de un amor tan desazonado, de una necesidad tan complicada y frustrada?

¿Había subestimado a su amigo durante todos esos años? No estaba seguro. En ese momento solo sabía que la voz de Bishop parecía venir de algún otro lugar. Un lugar que no estaba atado a la tierra o a lo ordinario, sino a lo celestial, al otro mundo.

Por las aguas negro azabache esa noche mi amor recorrió la ribera

Y me habló de nuestros corazones, que quizás recuperar no pudiera.

La canción se terminó y Monty se apresuró a coger su pañuelo. A menudo se emocionaba con los espectáculos, pero no hasta ese punto. Las lágrimas parecían fluir por su rostro y él se las

secó. Miró a su alrededor, algo avergonzado, pero se dio cuenta que no era el único de sus vecinos que había tenido tal reacción. Los demás también parecían abrumados, primero, antes de darse cuenta de lo que estaba pasando y empezar a aplaudir con fuerza.

Monty se inclinó hacia Pearl.

—Nunca había oído esa canción. ¿La conoces?

—Es una composición original —dijo Pearl—. De tu amigo.

—No —dijo Monty—. ¿Eso lo ha escrito Bishop? Increíble.

Miró a su amigo, que estaba sonriendo, y se cruzaron sus miradas. Monty levantó las manos para aplaudir más fuerte y Bishop asintió agradecido.

—Vamos a hacer una pausa —anunció Jade.

Se levantaron y la multitud volvió a sus conversaciones. Bishop le hizo un gesto con la mano a Monty para avisarle de que tardaría solo un momento.

Monty asintió y dio un traguito de vino. Pearl y Trevor estaban en medio de una conversación sobre la arquitectura de la sala y a Monty le pareció bien dejarlos hablar. Se reclinó en su silla y dejó que su mente vagara por las emociones que la última canción había despertado en él.

Allí sentado, sintió enormes ganas de girarse. Era como cuando notaba que lo miraban o lo observaban. Monty intentó ignorarlo, pero la necesidad se volvió abrumadora, como si una especie de fuerza presionara contra su hombro.

Se giró de golpe y miró a su espalda. Recorrió la sala con los ojos y, aunque tenía mucha gente detrás, algunos sentados en mesas cercanas y claramente visibles, otros más alejados contra la pared, casi meras sombras, su mirada no se cruzó con la de nadie.

Se volvió a girar hacia la mesa, pero no consiguió disipar la sensación de que lo estaban observando.

—Vaya, ¿es ese el caballero alemán? —preguntó Trevor, sacándolo de su ensimismamiento—. Pensaba que a Bishop ya no le interesaba.

Monty miró en la dirección que Trevor le indicaba y vio a Bishop inclinado sobre una mesa. Estaba hablando con Friedrich, ese inquietante caballero al que llamaba «tío Freddy».

—Sí —dijo Monty—. Yo también lo pensaba.

Monty había supuesto, por error, que Friedrich era uno de los muchos amantes de Bishop cuando habían empezado a conocerse. Aunque no solía referirse a nadie como tío, a menudo inventaba apodos para sus amantes. Y aunque la edad de Friedrich era algo indeterminada, Monty lo consideró un poco mayor y pensó que tenía sentido por esa razón. De todas formas, aun habiendo pasado muchos meses desde que conociera a Friedrich, seguía encontrándolo

desagradable. Se había dado cuenta de que Friedrich estaba haciendo las veces de mecenas de Bishop en ese momento y brindándole acceso a una formación musical que de otro modo no habría podido obtener. Así que cuando le expresó su preocupación a Bishop y Bishop contestó con un arrebato de ira, supo que no debía insistir en sus preocupaciones. Además, Bishop le había reprochado que él ya tenía a Trevor, ¿por qué no se le debería permitir a Bishop tener también un amigo? Monty se preguntó cuánto se esperaba de Bishop a cambio de este mecenazgo, pero se guardó esos pensamientos para sí mismo.

La sensación de incomodidad volvió en ese momento mientras observaba a Friedrich en la distancia. A pesar de su nombre tan alemán, el hombre no tenía un acento identificable y había revelado muy poco sobre sí mismo en el limitado número de conversaciones que había mantenido con Monty. Su cabello apenas empezaba a blanquearse en su sien y, aunque su rostro no tenía arrugas y la piel parecía joven, había algo en él que resultaba demasiado maduro, casi antiguo, de hecho. Llevaba atuendos modernos, pero de una forma que parecían venir de otra época, sus joyas y accesorios eran únicos y no seguían ninguna de las modas del momento.

El mecenazgo parecía haber dado frutos al principio. Bishop estaba encantado con su educación y su voz mejoraba y mejoraba mes a mes, descubriendo nuevas profundidades y técnicas a las que no había tenido acceso hasta entonces. Pero entonces, de repente, su actitud dio un giro y ya no quiso volver a hablar de Friedrich; cortaba con brusquedad cada intento de mencionarlo y al final la gente dejó de sacar el tema.

Así que a Monty le resultaba extraño encontrarlo aquí, de nuevo una presencia en la vida de Bishop.

—Disculpadme un momento —dijo Pearl conforme se levantaba para hablar con Jade, que había salido de entre bambalinas.

—Claro —dijo Trevor.

Monty siguió echándole un ojo a Bishop mientras este se separaba del tío Freddy y se dirigía a su mesa.

Bishop parecía molesto, su expresión en algún punto entre la preocupación y el enfado, pero cuando vio a Monty mirarlo, sonrió y la consternación desapareció al instante.

—Bueno, muchachos —dijo Bishop, dejándose caer en la silla que Pearl acababa de dejar libre—. ¿Qué os ha parecido?

Trevor y Monty le dedicaron grandes elogios y Monty se sintió especialmente agradecido por las palabras de Trevor. Sabía que este tipo de eventos musicales no eran su forma favorita de

entretenimiento, pero incluso él parecía impresionado. Bishop los animó a seguir agasajándolo, en broma.

Monty le dio un golpecito con el dedo a su amigo en el revés de la mano y lo miró preocupado.

—¿Es ese tu Friedrich, con quien hablabas hace un momento?

Bishop hizo una mueca y bajó la mirada.

—Así es.

—Pensaba que habías dejado de hablar con él —dijo Monty—. Hace meses, de hecho. El asunto entre los dos parecía haberse puesto algo complicado e incluso desapareciste algunas semanas. Estaba muy preocupado por ti, amigo mío, y sería una experiencia que no me gustaría revivir.

—Sí —dijo Bishop, tirando del mantel y arrugándolo—. Recuerdo lo molesto que estabas.

—¿Y, entonces, por qué te vuelves a relacionar con él? No parece ser tu tipo. Espero que no te esté causando problemas.

Bishop frunció el ceño y se aclaró la garganta. Se pasó el pulgar por los labios con una risa.

—Ay, Monty, cuánta preocupación. A menudo pienso que no necesitaría una madre, con todo lo que me sofocas tú —dijo guiñándole un ojo.

—En efecto —confirmó Trevor—. A menudo le animo a vivir el momento, pero parece tener la cabeza siempre perdida en el futuro.

A Monty no le gustaba que se confabularan en su contra.

—Eh, por favor.

Trevor sonrió y se levantó.

—Siento con total claridad que se acerca una reprimenda. Minimizaré los daños yendo a por champán. Siempre funciona.

Bishop se rio mientras Trevor se dirigía a la barra.

—No sufras, amigo mío —le dijo Bishop a Monty—. Entiendo tu preocupación y la aprecio, de verdad. Pero no es menester. No hay por qué preocuparse por el tío Freddy. No supone ningún peligro.

—No he pensado que fuera un peligro... —dijo Monty, sorprendido.

—Ya, lo sé. Pero no hay nada de lo que preocuparse —repitió Bishop—. Tengo a Friedrich bajo control, no pierdas el tiempo pensando en el tema. Es algo tosco en sus formas, pero solo quiere lo mejor para mí. De hecho, esta velada la ha organizado él.

—¿Ah, sí?

—Sí, la financió y la organizó e incluso la anunció por la ciudad. Quería poder exhibirme, por así decirlo.

—¿Exhibirte?

—Ya sabes que es mi mecenas desde hace un tiempo.

—En efecto, pero suena como si te estuviera ofreciendo al mejor postor.

—No seas dramático, Monty. Solo quería enseñar mis avances, supongo. Lo mucho que he trabajado desde que lo conocí. Considera que tengo una voz maravillosa.

—Y así es, Bishop. Desde luego. Incluso me has hecho llorar.

—Ay, Monty, si a ti te hacen llorar Gilbert y Sullivan.

—No te burles de mí —insistió Monty—. De verdad. Me has emocionado como nunca me habían emocionado. Tu voz era como de otro mundo, si no te incomoda que use esa expresión. ¿Es verdad lo que dice Pearl, que has compuesto esa espléndida pieza tú mismo?

Bishop sonrió.

—Las musas llevan un tiempo a mi vera, supongo. Casi se escribió sola.

—Ha sido asombroso —dijo Monty—. Decir que estoy impresionado se queda corto. No sabía hasta dónde llegaba tu talento.

—Supongo que debería tomármelo como un cumplido —se burló Bishop.

—Esa era mi intención. Y la letra... ¿cómo se te ocurrió esa idea, ese sentimiento?

—¿De verdad ha resultado tan extraordinario?

—Inesperado, mejor dicho.

Bishop sonrió.

—Supongo que estaba pensando en alguien en particular, de mi pasado, pero también...

La sonrisa desapareció y Bishop se calló de golpe, con los ojos mirando algo que había a la espalda de Monty.

Monty se giró, medio convencido de que iba a ver al tío Freddy, pero en su lugar se encontró a Trevor hablando con un caballero al que no reconoció de inmediato. Se preguntó qué podría haber afectado a Bishop de tal manera hasta que se dio cuenta de con quién estaba hablando Trevor. Era Reginald Canestre, hijo del vizconde Heamton y antiguo compañero de escuela de los dos. De quien Bishop se había enamorado profundamente, aunque nunca hubiera llegado a admitirlo.

Trevor los miró, nervioso, mientras se acercaba a la mesa. Sin duda, estaba intranquilo por tener que hacer las presentaciones pertinentes encontrándose en un lugar como ese, donde no debería estar, o eso pensó Monty. Trevor siempre andaba preocupado por ofrecer una impresión

aceptable a todo el mundo. La mera idea de la posibilidad de un escándalo lo dejaba lívido. En ocasiones Monty se preguntaba cómo conseguía lidiar con el grupo más bohemio con el que se juntaban Monty y Bishop. Monty decidió aliviar la ansiedad que asaltaba la expresión de Trevor.

—Deby, ¿eres tú? —exclamó.

Reginald se giró hacia él.

—¿Montgomery Singer? No sé de qué me sorprende, si Bishop está aquí, desde luego que tú no podrías andar muy lejos. Cielos, Monty, ¿cómo estás?

Monty se levantó para darle un apretón de manos.

—Muy bien, amigo. No sabía que conocías a lord Mawnton.

—Sí, Trevor y yo nos conocemos desde antes de saber escribir. Su padre y el mío siempre han sido buenos amigos.

Trevor asintió, claramente aliviado.

—Sí —dijo—. Solía salir a cazar con el hermano mayor de Reggie, pero no sabía que conocías al señor Singer y a lord Brookesbay.

—Sí —dijo Monty—. Fuimos juntos a la escuela. Deby, Bishop y yo éramos un buen trío.

—Todavía podríamos serlo si nos dan la oportunidad —saltó Bishop desde la mesa, al parecer recuperado de su reciente episodio de mutismo por la sorpresa.

La sonrisa de Deby se hizo mucho más amplia cuando se acercó a la mesa.

—¿Has venido a verme cantar, cielo? —preguntó Bishop, su valentía social recuperada.

—En efecto. Llegué a París hace solo tres días, pero me enteré de que ibas a actuar. No creerías que me perdería tal oportunidad, ¿no?

Bishop le dedicó una sonrisa torcida.

—No, espero que no.

Monty notó una punzada de melancolía al ver a Bishop y a Deby reunidos. Se sentía así cada vez que volvía a ver a Deby. Entraba y salía de la vida de Bishop, aunque ya hacía tiempo de su última visita. Ninguno era capaz de soltar al otro, Monty lo veía con claridad, y sabía (de hecho, se lo había oído a un Deby borracho y lloroso en más de una ocasión en alguna fiesta o club en Inglaterra) que Deby abandonaría cualquier otro compromiso y se quedaría para la eternidad con Bishop si este se lo pidiera. Pero Bishop dudaba, siempre temeroso de encariñarse demasiado con un solo hombre.



—No hay futuro para dos hombres en este mundo —le había dicho una vez a Monty.

—No es verdad —le había discutido Monty—. Hay muchos que lo consiguen.

—Hombres que no tienen las obligaciones y deberes familiares que tengo yo, Monty. Ya resulta terrible que tal responsabilidad deba romperme el corazón, no puedo pedirle a otro que sacrifique el suyo por propia voluntad.



—Ah, el champán —dijo Trevor.

Monty se giró y vio a uno de los diabólicos camareros, vestido con un traje inspirado en el infierno y llevando una bandeja con champán y vasos. Dejó pasar al camarero y se unió a sus compañeros en la mesa.

—No, lo digo de verdad —dijo Deby—. Sabía que tenías buena voz; guardo con cariño los recuerdos de las muchas veces en que cantamos juntos. Pero no sabía que podía ser tan maravillosa.

—Quizás es que me miras con buenos ojos, querido Deby.

—Tomad —dijo Trevor, pasando los vasos con champán—. ¿A qué viene lo de Deby?

—A principios del segundo semestre —explicó Deby—, me torcí el tobillo de muy mala manera. Me pasé semanas cojeando y renqueando por la escuela y Bishop empezó a llamarme Reggy el Débil, que se quedó en Reggy Deby. El resto de los muchachos se unieron y se me acabó quedando.

—Qué desconsiderado por mi parte —dijo Bishop—. ¿Cómo no te cansaste de mí?

—No fue desconsiderado en absoluto —le rebatió Deby—. Fue un honor recibir un nuevo nombre en la escuela. Además, solía pensar en «Deby» como un apodo único que me habías puesto tú, lo que, desde luego, lo hacía todavía más especial.

Bishop tuvo la insolente desfachatez de sonrojarse.

Trevor parecía estupefacto. Ver un afecto tan tierno entre dos hombres, en público, en medio de una multitud de personas y no escondido en la intimidad, probablemente le afectara profundamente. Casi hizo reír a Monty.

—Entonces, ¿te han gustado las canciones de esta velada? —preguntó Bishop, casi con timidez.

—¿A quién podrían no gustarle? —exclamó Deby—. En especial la última. Había algo en ella que parecía hablarme a mí directamente, como si se hubiera compuesto sobre mi propia alma.

—¿Sabías que esa la ha escrito Bishop? —comentó Monty.

—¿Ah, sí? Qué extraordinario —dijo Deby.

—No ha sido para tanto —replicó Bishop.

Mientras seguían cortejándose, Monty levantó su vaso de champán para beber. Al hacerlo, miró hacia el reservado en el que estaba sentado Friedrich y se encontró al hombre fulminándolos con la mirada, mirando a Bishop y a Deby con acusada intensidad. A Monty sus ojos le parecieron los de una pitón tomando impulso para atacar. No eran simples celos lo que Monty vio en esa expresión, sino algo mucho más siniestro.

—¿Vendrás a mi apartamento esta noche? —preguntó Trevor, llamando la atención de Monty —. Ven a quedarte conmigo.

Monty sonrió.

—¿Tanto champán has bebido?

—¿A qué te refieres?

—Nunca me has invitado a donde te alojas. De hecho, sueles insistir en que solo pasemos la noche en mi habitación. Sé que te preocupa que puedan vernos.

Trevor le tomó la mano a Monty y se la acercó a los labios para depositar un beso en ella.

—Olvida todo aquello —dijo Trevor—. Y, no, no estoy ebrio. Sé lo que quiero y esta noche me importa un bledo lo que piensen los demás. Será la música, será esta extraña caverna de pecado, pero me siento desatado. ¿No vas a dedicarme algo de tu tiempo, Monty?

Monty subió la mano de Trevor a sus propios labios y se la besó a su vez.

—Tanto tiempo como quieras, mi querido caballero.

Se quedaron disfrutando de los vasos y de las conversaciones a su alrededor, hasta que Bishop se inclinó hacia delante.

—Se acerca el momento del segundo número —dijo.

—¿Debes marcharte? —dijo Deby.

—Sí, pero eso no quiere decir que tú tengas que permanecer aquí.

—¿No?

—Venga, ven conmigo. Te enseñaré las próximas canciones. Puedes cantar las voces con Jade, no le importará en absoluto.

—Pero ay, Bishop, ¿estás seguro? No me gustaría inmiscuirme.

—No habrá ningún problema —contestó Bishop mientras se ponía de pie. Le cogió la mano a Deby y lo levantó de la silla—. Ven.

—Nunca había visto a tu amigo así —dijo Trevor con una risilla—. Se ha animado casi al instante. Reginald ha sido como un tónico.

—Hay gente que es así. Te dan luz incluso cuando estás rodeado de sombras.

Trevor lo miró con anhelo.

—En efecto, sé muy bien a lo que te refieres.

Trevor se inclinó hacia delante y lo besó. Monty se quedó sorprendido —Trevor nunca lo besaba, a no ser que estuvieran en privado—, pero se apresuró a devolverle el beso con tanta pasión como se lo ofrecía.

—Bueno —dijo Trevor—. ¿Qué hacemos mañana?

Monty lo escuchó enumerar todo lo que le gustaría que hicieran juntos. Un momento después, una sensación extraña abrumó a Monty, distrayéndolo.

Volvió a sentirse como si lo estuvieran observando. Miró hacia donde se sentaba el tío Freddy, pero el hombre le daba la espalda para conversar con el pianista de una forma muy elocuente, al parecer. No, Monty estaba seguro de que la sensación nacía a su espalda. Se volvió a girar en su asiento y miró a su alrededor, pero no tenía a nadie cerca prestándole atención. Miró hacia el balcón de la zona superior y lo recorrió con los ojos.

Se encontró con la silueta de lo que parecía ser un hombre muy alto de anchos hombros. En la ridícula atmósfera del establecimiento, Monty no era capaz de distinguir más detalles desde su punto de observación, pero estaba seguro de que el hombre lo estaba mirando, aunque no tenía ni la más remota idea de por qué. Entrecerró los ojos ante el brillo rojo de las lámparas e intentó vislumbrar algo más, sin éxito. Sintió ganas de levantarse y dirigirse escaleras arriba para ver exactamente quién era esa persona.

—Cielos, Monty, ¿me estás escuchando siquiera?

La voz de Trevor lo sacó de su ensoñación. Sentía como si se hubiera despertado de un trance. Se sentó de golpe, sacudiendo la cabeza.

—Discúlpame, Trevor. No sé qué me ha pasado.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué mirabas?

—No lo sé —dijo Monty—. Me ha parecido ver a alguien a quien creía conocer, o algo similar.

—Creo que ya has bebido suficiente champán esta velada —dijo Travis en un tono tranquilizador.

—Sí, creo que sí.

Pearl volvió a la mesa.

—¡Oh, *superbe*! Champán. ¿Puedo?

—Claro —dijo Trevor—. Sírvete.

—¿Habías visto alguna vez un público así? —preguntó Pearl, después de tomar un largo y refrescante trago—. Todas las personas de renombre y buen gusto están aquí.

—Sí —dijo Trevor—. Es verdad que está bastante atestado.

El pianista recorrió suavemente una secuencia de teclas con los dedos.

—Allá vamos —dijo Pearl—. Más música exquisita.

Cuando Bishop y Jade, ahora seguidos de Deby, volvieron al escenario, Monty volvió a mirar al «tío Freddy». Con bastante fijeza, Friedrich miraba al trío del escenario. Su rostro mostraba una expresión inescrutable, pero una que no presagiaba nada bueno, de eso Monty estaba seguro. Friedrich se llevó la pipa a la boca y las brasas en el cuenco del objeto brillaron, más rojas y ardientes que la luz que lo cubría. Monty sintió un escalofrío involuntario y se giró para centrar su atención en el escenario.

Cuando empezó la canción y todos estaban concentrados en el escenario Monty volvió a mirar hacia atrás. Se giró para observar el balcón de nuevo, pero el hombre que le había parecido ver había desaparecido.

Recorrió la habitación con los ojos en un segundo, pero ninguna sombra o silueta parecía coincidir con la forma que había vislumbrado observándolo antes.

Quizás Trevor tenía razón; quizás se había pasado con la bebida.

¿Podría habérselo imaginado?

Nadie podría acusarlo de no tener una viva imaginación. Monty pensó en su libreta de dibujos y en el hombre desconocido que siempre salía de la punta de su lápiz. Quizás sí que era un poco fantasioso. Sin embargo, la sensación había sido tan fuerte que no entendía cómo podría no ser real.

CAPÍTULO SEIS

Londres, 1910

Monty se sentó en el sillón tipo club que había arrastrado por la habitación. Con un pie apoyado en la repisa de la ventana, se inclinó hacia atrás, poniendo en equilibrio las dos patas traseras del sillón. Miró la ciudad a sus pies, apenas cubriéndose de noche. Las farolas estaban encendidas y las luces refulgían en las ventanas, un segundo grupo de estrellas que centelleaban contra el firmamento nocturno.

Frustrado, cogió la libreta que había dejado apoyada sobre sus rodillas y hojeó las páginas más recientes. Incapaz de descansar o relajarse de verdad desde que habían llegado a la casa, al final había sacado la libreta y había intentado despejarse la mente, pero por mucho que lo intentara, lo único que su mano parecía querer dibujar eran imágenes y más imágenes del mismísimo hermoso selkie que tenía en la habitación de al lado.

Los dibujos ya no estaban incompletos, sin rostro y sin terminar. Ahora le llegaban formados del todo, los rasgos exquisitos de Rodin surgiendo del grafito oscuro de la punta de su lápiz. Expresando varias emociones y sensaciones, la curva de sus labios fruncida, el alzar de sus cejas por la sorpresa, incluso el brillo de sus adorables ojos marrón dorado, todo plasmado en las páginas. Monty maldijo la debilidad de su mente y pasó con énfasis a una página en blanco mientras apretaba el centro de la libreta con fuerza contra el lomo, como si quisiera crear un muro entre el blanco y las imágenes de Rodin que había en las páginas anteriores.

Decidió escribir una lista. Todas las preguntas cuya respuesta necesitaba del Tejedor sobre cómo había aparecido exactamente esta criatura mágica y por qué, en especial por qué, parecía haber salido de los sueños de Monty. Pero conforme miraba el vacío blanco ante él, su mente no conjuraba palabras, solo ojos y labios y suave piel dorada.

Un golpe en la puerta lo sacó de su ensoñación. Esperaba que Bishop no estuviera listo todavía para empezar la caza nocturna. Monty requería un poco más de tiempo para despejarse la

mente y le vendría bien algo más de separación de Rodin, pues todavía sentía el cuerpo agitado por la extraña sensación que había causado el contacto con el hombre. Los golpes continuaron y Monty se levantó, tirando la libreta a la mesa cercana.

—Señor —le llegó una voz temblorosa al otro lado de la puerta—. ¿Está usted ahí?

Ahora Monty estaba confuso. ¿Por qué le mandaría Bishop un sirviente? Había insistido en que no necesitaba ayuda de cámara.

—Siento molestarle, señor, pero si está ahí, ¿podría...?

Monty abrió la puerta a toda prisa.

—¿Sí?

El joven, avergonzado, dio un paso atrás.

—Siento molestarle, señor. Es solo que... Bueno, ha pedido que vaya usted. Parecía urgente, señor.

—¿Lord Brookesbay?

—No, señor. El otro. El caballero de la piel oscura.

El rostro del joven mostraba una expresión trastornada y Monty se acordó de la mañana, en el lago, cuando Rodin se había transformado en el coche. Le dio las gracias al joven y corrió hacia la habitación de al lado. Al girar el picaporte, oyó unos ruidos muy extraños dentro de la habitación. Se movió a toda velocidad, angustiado y, sinceramente, un poco asustado de lo que podría encontrar dentro.

Rodin estaba a los pies de la cama, retorciéndose, aferrándose a las sábanas con una mano y rodeándose el estómago con la otra. Cuando Monty se acercó. Rodin estiró el brazo, con los dedos temblorosos, como si pidiera ayuda.

—Monty —gimió, sin aliento. Entonces, soltó un gruñido de dolor y cayó al suelo de rodillas.

El dolor que sufría era evidente y Monty olvidó su propia angustia al correr hacia él, decidido a ayudarlo de alguna manera.

—¿Qué ocurre? ¿Qué puedo hacer?

Rodin se había quitado toda la ropa menos los pantalones y, cuando Monty le puso las manos en el cuello, intentando enderezarlo, notó su piel húmeda de sudor, fría y caliente en golpes intercalados bajo sus dedos. Los músculos de la espalda de Rodin se convulsionaban de una forma extraña, como si se encresparan como una ola, y Monty oyó un desagradable crujido.

—Monty —jadeó Rodin.

—Sí, sí, estoy aquí. ¿Estás enfermo? ¿Qué necesitas?

—A... A.... —El sonido se cortó antes de que Rodin pudiera terminar lo que quería decir y se convirtió en un fuerte ladrido. Era el mismo sonido que habían oído por la mañana en el lago. Rodin gimió, al parecer de dolor, y volvió a ladrar.

—A... A... Agua —consiguió decir al final.

—¡Sí, sí, claro! —gritó Monty. Al parecer, tenía que volver al agua. Pero ¿cómo demonios iba a conseguir llevarlo a un lago o incluso al río desde ahí? Parecía imposible.

Rodin se revolvió, con convulsiones, y soltó una serie de ladridos.

Monty corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Al final del pasillo estaba el mismo lacayo de antes, que parecía estar merodeando cerca de las escaleras

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

El joven se sobresaltó y se acercó lentamente por el pasillo.

—Black, señor. Henry Black.

—¿Tenéis un baño en la casa, Henry? ¿Con bañera?

—Sí, señor, tenemos una sala de baño justo al fondo de esta ala. Una *bateau* con bordes —añadió, orgulloso—. Las traen de París.

—Bien, maravilloso. ¿Podrías encargarte de que la llenen de inmediato? Se trata de una urgencia.

—¿La bañera, señor?

—Sí, por favor.

Miró hacia atrás a Rodin, que se retorció en el suelo, gimiendo. Le resultaría imposible llevarlo él solo, en este estado, y de ninguna manera podía involucrar al lacayo más de lo que ya estaba.

—¿Y sabemos donde se encuentra el señor Brookesbay?

—Está abajo, señor, con los invitados.

—Buen trabajo —dijo Monty cerrando la puerta a su espalda—. Ahora, por favor, ¡date prisa con la bañera!

Henry salió corriendo por el pasillo y Monty hizo lo propio escaleras abajo.

En la planta baja, mientras corría hacia la salita principal de la que surgía el ruido de la fiesta, se dio cuenta de que solo llevaba una camisa, los pantalones y los calcetines, pero no podía preocuparse de eso ahora. Pasaba algo en la planta de arriba y la necesidad de llevar a Rodin al agua parecía lo bastante urgente como para ignorar el posible escándalo. Cáspita, ¿por qué diantres habían traído a la criatura a la ciudad? Y, además, había sido su propia sugerencia. Qué insensato había sido... Nervioso y afectado por sus propias preocupaciones sobre algún tipo de

magia negra. Demasiado cegado por su propia tensión como para pensar en lo poco lógico que era alejar tanto al hombre de su hábitat.

Monty llegó a la salita y miró al interior, entre la multitud más grande de lo que se esperaba, buscando a su amigo. Vio a Bishop junto a una ventana hablando con dos hombres e intentó llamarlo.

—¡Bishop! —dijo en un susurro bien alto—. ¡Bishop!

Su amigo se giró y, al ver a Monty, le hizo señas para que se acercara antes de volver a su conversación. Monty rechinó los dientes y se abrió paso entre la gente apiñada.

—Mi querido Monty —oyó decir a la tía Charlotte—, soy bastante bohemia, debo admitirlo, pero sí que prefiero que mis invitados lleguen al menos con zapatos.

—Mis disculpas, lady Denglarry, pero tenemos un pequeño contratiempo con nuestro amigo y voy a necesitar que Bishop me ayude.

—¿Hay algo con lo que pueda ayudar? Puedo mandar a alguien ahora mismo. Tenemos demasiado lacayos por la casa.

—Ah, no, gracias. No es más que un ataque de una enfermedad, estoy seguro, que suele asaltar a nuestro amigo de golpe. Bishop sabe lo que hay que hacer.

La tía Charlotte asintió con sabiduría.

—Ah, ya veo. ¡Bishop! —exclamó girándose hacia su sobrino—. ¡Ven aquí ahora mismo, por favor!

Bishop apareció al momento, nervioso.

—Ya, ya, ¿qué es todo esto? Estaba hablando con una pareja de lo más encantadora, ¿a que no adivinas quiénes?

—Ven conmigo —dijo Monty— Ahora, por favor.

—¿Qué puede ocurrir, Monty, que no pueda esperar? ¿Y por qué estás tan *déshabillé*? Ni siquiera te has cambiado.

—Es vuestro amigo, el portugués —explicó la tía Charlotte—. Al parecer, necesita tu ayuda.

—Sí, tiene uno de sus episodios —dijo Monty, firme. Bishop lo miró sin comprender—. Como esta mañana junto al lago, ¿recuerdas?

A Bishop se le encendió la bombilla.

—Ah, ya veo. Sí, ya voy. Será solo un momento, tía.

Los dos hombres salieron corriendo hacia la habitación de Rodin, con Monty prácticamente arrastrando a Bishop escaleras arriba, y encontraron al selkie en el suelo, en el mismo estado horrible en que Monty lo había dejado.

—Madre del amor hermoso —exclamó Bishop—. ¿Se está volviendo a convertir?

—Eso parece —dijo Monty mientras se apresuraba a arrodillarse junto al hombre gimoteante.

Monty tuvo que cerrar los ojos y girar la cabeza una vez vio a Rodin. Su rostro había empezado a cambiar y se encontraba en algún punto a mitad camino entre el de un hombre y el de una foca de cara redonda, los huesos y las facciones cambiando como el ondular y romper de las olas. Solo los ojos se mantenían iguales, pero parecían llenos de dolor. Su torso se había hinchado para formar una gran barriga y había empezado a salirle pelaje. Sus brazos se sacudían como lo harían las aletas de un delfín conforme los dedos de sus manos se fundían entre sí y cambiaban. Los pantalones se habían rasgado casi por completo cuando las piernas se le habían juntado; estas ahora parecían fundírsele por minutos. Monty se sorprendió de que el cambio no fuera más rápido, pero todo el proceso parecía mucho más lento que el de esta mañana, gracias a Dios. Rodin estaba tumbado en el suelo, su respiración dificultosa e irregular, como la de un pez fuera del agua, y sus ladridos parecían más bien toses ahogadas.

—Tenemos que llevarlo al baño.

Bishop sacó la cabeza por la puerta. Vio a Henry acercarse por el pasillo.

—¡Eh, tú! —gritó, haciendo sobresaltarse al joven.

—Sí, señor. He llenado la bañera como me ha pedido su amigo, todo listo. No estaba seguro de que hubiera agua caliente suficiente, pero he dejado que se llenara hasta el borde por si acaso, así que puede que esté un poco fría, señor. Lo siento, señor.

—No te preocupes, bien hecho. ¿Cómo te llamas?

—Black, señor. Henry Black.

—Bien hecho, Henry. Ahora necesito que busques al señor Davies y le pidas las mejores toallas, las más grandes, que tengamos en el cuartito de la ropa blanca. Tantas como pueda proporcionarnos. Dile que es orden mía y que no te lo cuestione.

—Sí, señor.

—Y rápido, rápido, por favor, Henry. Corre si es necesario.

—Sí, señor —dijo Henry antes de precipitarse por el pasillo.

—Vale, todo despejado —dijo Bishop sin girarse del todo.

—Ayúdame a levantarlo —le ordenó Monty—. Tú de las piernas y yo de los hombros.

Bishop hizo lo que Monty le pedía y pronto estaban cargando a Rodin por el pasillo, aunque no tan rápido como podrían si no se vieran entorpecidos por su gran anchura. Monty miró un segundo al rostro de Rodin mientras avanzaban y vio esos ojos doloridos mirándolo directamente.

—Todo va a ir bien —le aseguró a Rodin y el selkie contestó con un ladridillo débil.

—Por Dios —exclamó Bishop cuando llegaron a la puerta—. El imbécil del chaval la ha cerrado.

Se pasó el peso de Rodin a la cadera, giró el pomo y abrió la puerta de una patada. Sin esperar, corrieron hacia la bañera y soltaron al selkie dentro. El agua salpicó por los lados, mojándoles los pantalones a los dos y los zapatos a Bishop. Monty no tenía claro si lo mejor sería meterle la cabeza a Rodin, pero en cuanto Rodin entró en el agua se sumergió él solo. Se movía y se retorció bajo la superficie, lo que hizo que se saliera más agua. Bishop dio un salto hacia atrás.

Monty se quedó allí, fascinado, mientras el agua salpicaba y Rodin aleteaba en ella. Un momento después apareció su cabeza justo en la punta de la bañera, ahora por completo en su forma de selkie, y Rodin ladró con alegría. Monty no pudo sino reírse por el alivio y le dieron ganas de darle unas palmaditas en la cabeza a la criatura. Rodin salió un poco de la bañera, dando palmas con las aletas, y dio un gritito antes de dejarse caer en el agua templada, lanzando de nuevo una pequeña ola al suelo.

A un lado de la sala de baño había un banco de madera contra la pared y Bishop ya estaba sentado quitándose los zapatos. Monty se sentó a su lado y empezó a quitarse sus propios calcetines empapados.

—Menos mal que me he traído el baúl enorme —dijo Bishop, seco.

—¿No era este el tipo de imprevisto que esperabas?

—No exactamente, no. Pero voy a tener que volver a cambiarme antes de salir.

—Si salimos, querrás decir —dijo Monty.

—¿Por qué no íbamos a salir? ¿No irás a decir que crees que no va a volver a cambiar?

—No tengo ni la más remota idea, querido Bishop. No soy muy versado en los hábitos de las criaturas mitológicas, a fin de cuentas.

—Vamos a ver —dijo Bishop, su tono irascible—. ¿Se supone que nos vamos a quedar toda la velada aquí cuidándolo? ¿Y cómo voy a explicar la enorme y ruidosa foca en la bañera mañana por la mañana?

Desde la bañera, Rodin, que había sacado la cabeza por encima del agua, emitió un ladrido de reproche.

—¡Ya te hemos oído mucho en lo que llevamos de tarde, gracias! —le contestó Bishop—. Me da igual que sepas ladrar en cinco idiomas, no me interesa.

Rodin soltó un ruido que sonó como una burla antes de volver a reclinarse en el agua.

Monty suspiró.

—Seguro que tu tía lo entendería. Es extraordinario lo abierta de mente que es, a fin de cuentas.

—Está ser abierto de mente, Monty, y está lo absurdo. Además, esta propiedad no es de mi tía y no creo que mis padres apreciaran la aparición de un zoo acuático en su casa de Londres, por muy en desuso que la tengan.

—Bueno, si fuese necesario, podríamos meterlo enrollado en tu Baker y devolverlo al lago Manchester.

—¿Y qué dirá el servicio cuando lo saquemos a cuestras de la casa?

—Eres de la clase alta, Bishop; el servicio espera que hagas cosas absurdas e inexplicables.

Bishop se quedó pensándolo.

—Sí, tienes razón.

Alguien llamó a la puerta.

—Serán las toallas, me imagino —dijo Bishop mientras se levantaba para abrir.

En efecto, Henry había regresado con una pila de las mejores toallas que la casa podía ofrecer. La torre tenía cinco pisos y le llegaba a la barbilla.

—Bien hecho, muchas gracias —dijo Bishop al cogerle las toallas—, pero podrías pedirle a Davies que nos mandara algunas más. No exageraba al decir que necesitaba todas las posibles.

Henry miró un segundo a los pies desnudos de Bishop.

—Sí, señor.

—Y ya que vas, dile que prepare uno o dos mochos y cubos, también. Puede que sea necesario que hagamos algo de limpieza.

—¿Ahora, señor?

—Si todo va bien, pronto, pero lo avisaré cuando sea.

En ese momento se oyó una serie de alegres ladridos desde la bañera. Henry puso los ojos como platos.

—¿Necesitan algo, señor? —preguntó el joven, intentando ver qué había dentro de la habitación.

Bishop se movió para bloquearle la vista.

—Nada, muchas gracias, Henry. Solo más toallas, si pudiera ser, como ya he dicho. Y puedes dejarlas junto a la puerta para que nosotros las entremos cuando las necesitemos.

—Sí, señor, pero si puedo ayudarle con cualquier cosa...

—Las toallas. Gracias, Henry.

Bishop cerró la puerta y se giró para regañar al selkie con la mirada.

—No me puedo creer que te comportes así.

—Venga, siéntate, Bishop. ¿No eras tú el que me recriminaba que no corriera aventuras? Pues aquí estamos.

—¿Eso he dicho? Qué necio por mi parte. Recuérdate este momento la próxima vez que diga algo tan irreflexivo.

Monty se levantó y le cogió las toallas a Bishop para colocar algunas por el suelo y que así absorbieran el charquito que se había formado.

—Siéntate —dijo mientras lo hacía— y cuéntamelo todo sobre esa pareja tan maravillosa con la que estabas hablando.

Bishop se dejó caer en el asiento y colocó con cuidado sus calcetas al final del banco para que se secaran.

—Era Thomas Cullen, de la escuela, ¿te acuerdas de él? ¿Lord Fielding?

Monty estiró las toallas por el suelo y se dirigió hacia el banco.

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Cómo podría olvidarlo? Era el estudiante más apuesto de la escuela.

Rodin soltó un ladrido corto desde la bañera.

—¿Cómo dices? —se extrañó Bishop.

Monty se apoyó contra la pared, agotado de repente.

—Ya, ya. El estudiante más apuesto de la escuela sin contar contigo. Ahora, cuéntame lo de Thomas y su fascinante compañero.

—El muchacho se hace llamar Baldwin y es escritor. Probablemente lo hayas leído; escribe esas historias sobre la dama detective.

—¿Los misterios de Beatrice Cavendish? Ay, sí, me encantan. Pensaba que los escribía una mujer.

—*Nom de plume*, cielo. Al parecer se aloja en la casa de Thomas en la ciudad, y es una casa con cierta fama, ya sabes. Resulta que tienen una imprenta en el sótano.

—¿Imprimen ellos mismos los libros de la dama detective?

—No, esos los lleva una casa editorial, pero aquí viene lo interesante: su imprenta está reservada para trabajos algo más nicho, por así decirlo. Resulta que el tal Baldwin es, de hecho, también el autor de *Regalos para el Sheikh*.

—¿No puede ser! ¿En serio? Es todo un fenómeno desde hace meses. Es muy escandaloso.

—No hace falta que me lo cuentes; lo he leído dos veces. Dice que está trabajando en una nueva historia; solo para los caballeros, desde luego. Thomas me ha hecho prometer que no diría

nada, así que debes guardarme el secreto, pero sabe que soy el colmo de la discreción.

—¿Aunque me lo hayas contado todo a mí?

Bishop resopló.

—No cuenta. Todo el mundo sabe que eres mi mejor amigo. Es imposible que crean que te puedo ocultar algo.

Monty dobló una de las toallas secas y se la puso entre la cabeza y la pared.

—¿Te imaginas? —dijo Monty—. Poder vivir de algo así. Ganar dinero con el arte... ¿No sería fantástico vivir así?

—¿Tu padre sigue insistiendo en que te unas al negocio familiar?

—Ya no tanto como antes. Mi hermana tiene mucho interés en aprender cómo llevar el negocio y, aunque mi padre no parece muy convencido de que una mujer debiera trabajar en algo así, creo que aprecia su interés. Además, aunque solía acusarme de ser un holgazán, creo que ahora mira mi falta de rumbo con buenos ojos. Cree que me hace más similar a los hijos de sus amigos aristócratas.

—Vaya falta de respeto, ¿no? Insinuar que somos todos unos gandules.

—Puede que sea algo irrespetuoso —admitió Monty. Miró a Bishop con una sonrisilla burlona—. Pero puede que también sea bastante realista.

—Quizás debieras dejar de preocuparte tanto por lo que piense tu padre o cualquier otro y hacer lo que quieras hacer —contraatacó Bishop—. Acepta la magia, Monty. Sé quien eres.

—Mira quién habla. Tenías una de las mejores voces del mundo y estabas empezando a componer incluso antes de ir a Francia. Y entonces, de repente, lo dejaste sin explicación alguna.

Bishop respiró profundamente.

—Me vendría bien un cigarrillo.

—Y hablando del tema —siguió Monty—, vuelvo de los Estados Unidos y te encuentro acomodado en el campo, convirtiéndote en un caballero respetable.

—La única persona que podría considerarme respetable eres tú, Monty. Y no es que abandonara la música, es que... Bueno, tuve que dejarla. Eso es todo. Además, nuestras situaciones no son comparables.

Monty hizo una mueca.

—Eres el hijo pequeño, Bishop, no recae en ti toda la responsabilidad familiar.

—No es eso de lo que hablo en absoluto. Y creo que mi padre podría no estar de acuerdo en lo que a la responsabilidad familiar se refiere. Lo que quiero decir es que tú, al contrario que yo, tienes un talento real, eres un artista de verdad. Solo tienes que creértelo.

—Sandeces. Eres un músico magnífico.

—Te vas por los cerros de Úbeda. Mi música ya no viene al caso. Ha dejado de ser una opción para mí. Pero el arte podría serlo para ti. Todavía podrías cumplir tus sueños, lo único que te impide hacerlos realidad eres tú mismo.

Monty se inclinó hacia delante, abrumado por el peso de la acusación de Bishop. Miró a Rodin, que aleteaba salpicando en la bañera.

—Llegué a pensar que era una posibilidad. Cuando estábamos en Francia. —Monty retorció la toalla con las manos—. Cuando el señor Loo consiguió vender algunas de mis obras a aquellos estadounidenses. Me pareció que estaba consiguiendo algo.

—¿Es así como se te ocurrió ese nombre tan ridículo para nuestro compañero acuático?

—Supongo que sí —admitió Monty—. Verlo allí en tu habitación, despertó algo en mí. No podía imaginarme que surgiera una magia así de la nada. Resultaba sospechoso. Pero me di cuenta de que no me había sentido así desde aquellos días en París, cuando todo parecía tan tierno y nuevo. Creo que la extraña naturaleza de todo esto ha avivado una llamita en mi interior.

Bishop le dedicó una mirada traviesa.

—Sí, claramente. Diría que una buena llama.

Monty negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Bueno, no solo a eso. No puedo dejar que mi sensibilidad artística se despierte con mi libido, ¿no? ¿No sería demasiado vulgar?

—La pasión es la pasión, querido mío. Todo está conectado. ¿Cuántos grandes artistas de la historia simplemente querían encamarse con sus musas? El fuego se alimenta como se alimenta.

—Pero no es solo fuego lo que siento.

—Claro que no. Y por eso eres un artista, por mucho que lo niegues.

Monty miró a su amigo.

—Para lo mucho que finges tener pocas luces, tienes pensamientos muy profundos, ¿sabes?

—Por favor, no se lo digas a nadie —dijo Bishop—. Lo que menos quiere la gente es invitar a sus veladas a alguien «profundo».

Alguien llamó a la puerta.

—Le he dicho al muchacho que dejara las toallas fuera —dijo Bishop.

—Yo me encargo —dijo Monty.

Abrió la puerta.

—Ah, hola, señor —dijo Henry—. También está usted ahí dentro, ¿eh?

—Sí, Henry. Como he sido yo el que te ha pedido que llenaras la bañera, no debería ser una sorpresa, ¿no?

—No, señor. Claro que no, señor. Solo me preguntaba si iba todo bien o si necesitaban algo.

—Por el amor de Dios —exclamó Bishop desde dentro de la sala de baño.

Monty miró hacia atrás y abrió los ojos un poco, con sorpresa.

—Sí, muchas gracias, Henry —dijo Monty con prisa mientras cogía la nueva montaña de toallas y cerraba la puerta.

Monty se giró para encontrar a Rodin de pie en la bañera, con agua cayéndole por el cuerpo. Monty intentó no mirarlo con la boca abierta, pues su cuerpo parecía más completo y, en general, de alguna forma, más magnífico que antes, si era posible.

—El don de la oportunidad —dijo Monty.

Se dirigió a la bañera con los brazos extendidos para ofrecerle toallas. Rodin salió de la bañera y se quedó delante de Monty. No cogió las toallas, sino que subió los brazos y se quedó mirando a Monty, a la espera.

—Creo que quiere que hagas los honores —explicó Bishop.

—Sí, esa impresión me ha dado —dijo Monty—. No soy tu ayuda de cámara, Rodin.

—No, no lo eres —confirmó el hombre. Sin embargo, no se movió.

—Bueno, no podemos dejar que gotee hasta secarse solo —exclamó Bishop—. Seguiríamos aquí al amanecer. Sécalo, Monty.

Monty suspiró y dejó caer las toallas al suelo. Cogió la primera de la montaña y la desdobló ante sí. Era gigantesca.

—Parece la enorme toalla de un *hammam* turco.

—A mamá le gustan las toallas de calidad —dijo Bishop.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Monty.

Rodin no le ofreció más respuesta que una sonrisa.

Cuando Monty empezó a frotar el enorme pecho de Rodin con la toalla de algodón, Bishop se puso de pie.

—Bueno, Rodin, cuéntame —dijo Bishop con su mejor voz de amo y señor de la casa—. ¿Este... suceso... será algo que ocurra con frecuencia? ¿Deberíamos planificar cómo cargar con una gran bañera de zinc por la ciudad toda la noche?

—No creo —respondió Rodin—. Lo normal es que pueda controlar el cambio, pero a veces, si estoy sensible, pierdo el control sobre mi propio cuerpo. A veces mi cuerpo tiene sus propias exigencias.

Rodin le dedicó una sonrisa a Monty y bajó la mirada. Monty lo siguió con su propia mirada y la toalla cayó. Monty se sonrojó y la cogió.

—Sí que parece haber adquirido un buen conocimiento de la lengua inglesa durante su chapuzón —dijo Bishop, gracias a Dios sin mencionar lo que acababa de ver.

Rodin le contestó a Bishop, pero sus ojos se cruzaron con los de Monty.

—Aprendo rápido. ¿Te importaría ayudarme también con la espalda?

Monty tomó aire y asintió. Rodin se giró, ofreciéndole su brillante espalda.

—Antes de que terminéis por convertir en vapor el agua que queda, debo retirarme para cambiarme —dijo Bishop—. Si le exigis lo suficiente a tu cuerpo que se mantenga en forma humana, Rodin, quizás podáis uniros a mí pronto, listos para seguir con nuestros planes para la noche. Debo decir que no he venido a Londres a fregar suelos.

—Sí, sí, Bishop, lo entendemos —contestó Monty.

—Será un segundo, ¿sí? —ofreció Rodin.

Bishop abrió la puerta para encontrarse al lacayo todavía esperando allí.

—Henry, qué sorpresa —dijo Bishop, neutro.

Henry estaba pasando el peso de un pie a otro, nervioso. Parecía avergonzado.

—Señor, solo quería decirle que el atuendo para su amigo ya está preparado y lo han dejado en su habitación.

—Espléndido.

Henry se aclaró la garganta.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

Bishop entrecerró los ojos y sonrió taimado.

—No se me ocurre nada, Henry. ¿Se te ocurre alguna necesidad que pudiéramos tener y que tú pudieras solucionarnos?

El sonrojo subió por el cuello de Henry, que bajó la mirada con una sonrisa en los labios.

—No, señor. Creo que no se me ocurre nada.

—Quizás más tarde, cuando hayamos terminado con nuestros planes vespertinos, tengamos alguna necesidad. Pero te aseguro que apreciamos lo atento que estás siendo.

—Sí, señor —contestó Henry, tirando de la parte delantera de su chaleco—. Gracias, señor.

Se giró y se escabulló por el pasillo, pero se paró para dedicarle a Bishop una última mirada antes de desaparecer por la puerta verde tapete.

—Eres incorregible —dijo Monty.

Bishop se encontró a los dos hombres a su espalda. Miró hacia arriba para ver bien a Rodin, que estaba envuelto en una toalla.

—¿No te has hecho más alto, no?

—No lo creo —dijo Rodin.

—Te sugiero que siga así. No te podemos llevar a un sastre hasta dentro de doce horas, como mínimo, y no pretendo llevar aguja e hilo para lidiar con alguna de tus futuras... erupciones.

CAPÍTULO SIETE

La sala de estar principal estaba incluso más llena de gente que cuando Monty había bajado en busca de Bishop. La salita azul que se encontraba al otro lado del vestíbulo, más pequeña, también se había llenado rápidamente y parecía haberse convertido en una especie de casino improvisado. Monty vio mesitas y sillas por toda la sala donde los asistentes jugaban a las cartas. Alguien había encontrado un fonógrafo en la sala principal y la música resonaba por toda la planta baja. Monty se quedó a un lado, observando a la multitud mientras sostenía una copa de la que apenas bebía.

Se había puesto su atuendo de noche, todo listo para la visita propuesta al Brunswick, pero lo asediaban nuevas dudas. La conversación junto a la bañera con Bishop había despertado en él una serie de emociones. Se dio cuenta de que estos últimos años se había sentido satisfecho con fluir con las corrientes de la vida, de flotar sin problemas por la superficie. Pero este día imposible había despertado algo en su interior. De repente, la vida no era predecible: no solo el transcurso normal de un día, sino el orden natural de las cosas. Una criatura que se transformaba, tan hermosa como una sirena y con toda seguridad igual de peligrosa, había aparecido como si Monty la hubiera esculpido en mármol con sus propias manos. Y las palabras evasivas de Bishop sobre lo oculto y su turbio pasado con el tal Tejedor... ¿Qué se había perdido de lo que la vida podía ofrecer? ¿Cómo de cegado había estado? Esa sensación de estar en carne viva, esa energía, esa inquietud, eran cosas que creía haber reprimido en sí mismo.

Ya se había dejado llevar por ese tifón de emociones antes y casi se había ahogado. No podía dejar que le volviera a pasar. Sin embargo, se sentía incapaz de resistirse a la corriente.

—Te traigo un refrigerio refrescante —afirmó Bishop, apareciendo de repente a su lado con una copa en cada mano—. Y mira a quién he encontrado reflexionando sobre la mortalidad junto al carrito de las bebidas. A nuestro querido Pearson.

Pearson era un buen amigo tanto de Monty como de Bishop y, aunque ambos los negarían, Pearson y Bishop tenían una relación muy cercana. Ninguno de los dos parecía querer que la gente lo supiera, así que lo ocultaban con una lluvia constante de insultos.

—Me estaba escondiendo —dijo Pearson—. Llevo toda la tarde intentando evitar al enorme estadounidense que ha traído tu tía. Me ha echado el ojo desde el momento en que ha llegado, como un tigre a la caza salido directamente de Kipling.

—Seguro que es una referencia literaria que Monty entenderá —dijo Bishop—. Por mí parte, no he tenido tiempo de leer a Kipling.

—Pearson, me alegro de verte —lo saludó Monty con una inclinación de cabeza—. ¿Dónde te has dejado a tu señor Laurence esta velada?

—Sí, es tan peculiar verte sin su compañía —dijo Bishop en tono irónico— que me ha sorprendido verte en movimiento sin que él tirara de los hilos.

Pearson ignoró la pulla y se dirigió a Monty.

—Jonas está recorriendo la campiña en un tour de casas que requieren trabajos de horticultura, pero me temo que ya no es «mi» señor Laurence, de todas formas.

—¿No? —contestó Monty con preocupación genuina—. ¿Ha ocurrido algo?

—Lo destacable es que no ha ocurrido nada, sería la mejor forma de expresarlo. Llevábamos un tiempo distanciándonos, como quizás hubierais notado. —Le quitó una de las copas de la mano a Bishop y la vació de un trago—. Gracias. Bueno, sea como fuere, no hablemos del tema; es agua pasada.

—O, quizás, agua regada —sugirió Bishop.

—Bishop me ha dicho que vais al Brunswick. Me gustaría acompañaros, si no es molestia.

—Claro que no —dijo Monty—. Vamos a llevar aun nuevo amigo, de todas formas.

—Por cierto, ¿dónde se encuentra ese nuevo amigo?

—Todavía se está vistiendo.

—¿Él solo? —preguntó Bishop, con una ceja enarcada.

—No, he llamado a Henry al bajar y le he pedido que comprobara si Rodin necesitaba de un ayuda de cámara.

—Ay, cuidado, cielo, lo más probable es que le esté quitando la ropa y no poniéndosela —dijo Bishop.

—Rodin —dijo Pearson—. ¿Es el amigo francés del que me ha hablado Bishop?

—Sí —dijo Monty—. Queremos presentárselo al Tejedor.

—¿Al Tejedor? —contestó Pearson—. Esa parte no me la habías dicho, Bishop. ¿Qué queréis de él?

—Creemos que puede tener un par de cosas que compartir con nuestro nuevo amigo. Tienen intereses similares —dijo Bishop.

—Mmm, interesante —dijo Pearson, con tono de no estar muy convencido—. Bueno, buena suerte para encontrarlo.

—¿No está en la ciudad? —preguntó Monty.

—Ah, sí, seguro que sí —dijo Pearson—. Pero pasa la mayor parte del tiempo con su nueva acompañante. Una estadounidense con una gran cabellera que a mí me parece tintada con henna, debo añadir. Sus vestidos son magníficos. Se parecen más a lo que alguien podría llevar en un harén tunecino que a un atuendo respetable.

—Qué referencia más específica —bromeó Bishop.

—Y va cubierta de joyas —siguió Pearson—. No de la manera chabacana habitual en las estadounidenses, aunque sí que tiene un aspecto algo extraño... Sin duda la persona más interesante que hemos tenido en los círculos desde hace un tiempo.

—Eso parece —dijo Bishop.

—¿Es mucho más joven que él? —preguntó Monty, intrigado.

—¿Cómo podría no serlo? —respondió Pearson—. Daniel el Tejedor debe de tener al menos cien años.

—¿Qué traman por aquí, caballeros? —retumbó una voz a sus espaldas.

Se giraron, sorprendidos, para encontrarse cara a cara con el señor Anderson Herald.

—¿Dónde está ese Adonis amigo suyo? —le preguntó Anderson a Monty.

—Bajará en un momento.

—Eso espero, desde luego. Un placer tenerles a todos aquí; se agradece algo de sangre joven.

—Desde luego —contestó Bishop dando un sorbito.

—Bueno —dijo Anderson girándose hacia Pearson—. Me había prometido usted una ronda de bridge.

—¿Ah, sí? Me falla la memoria.

—Sí. Y Charlotte tiene muchas ganas de jugar. Los demás ya se han emparejado y nos falta una persona; le necesitamos para completar la mesa. No me obligue a cargarlo como un saco y llevarlo a la salita.

—Ni se le ocurra —dijo Pearson, quitándole a Bishop lo que le quedaba en la copa.

—Excelente —dijo Anderson. Le dio con el codo a Bishop y le guiñó un ojo—. A su tía le gusta una buena apuesta, ¿no?

—En todos los aspectos de su vida —respondió Bishop con sequedad.

—Pobre Pearson —dijo Monty, mientras su amigo se veía arrastrado por Anderson por el vestíbulo.

—Se ha librado de garras peores.

El disco en el fonógrafo se paró de repente y se oyó a alguien pidiendo música cuando un joven esbelto corrió hacia el piano que había junto a Monty y Bishop.

—Ha llegado el momento de escuchar música de verdad —exclamó el pianista—. ¿Hay alguien en la sala que pudiera cantar conmigo?

—Ay, mira —dijo Bishop a toda prisa—. Allí está Jodhpurs, al que conocimos en esa reunión de propaganda maximalista a la que me arrastraste el verano pasado.

—Era un debate sobre poesía rusa, Bishop, y creo que el caballero se llama Jasper.

—Sí, sí. Lo que quiero decir que es llevo deseando ver a... cómo se llame, desde entonces.

Monty sacudió la cabeza conforme Bishop se dirigía en línea recta hacia el atractivo hombre del verano pasado. Monty se quedó donde estaba y se apoyó contra la pared, escuchando la música. Una joven, con un llamativo vestido de noche, de estilo columna en seda color frambuesa y el cuello abierto, se acercó para pedir una canción. Parecía caminar de puntillas hacia el piano y el recogido poco apretado en el que se encontraba su cabellera de rizos se movía como si fuera a tirar la toalla en cualquier momento y soltarse por su espalda.

—Se llama Boston, querido, ¿la conoce? —Monty la oyó preguntar.

—Claro que sí —declaró el joven esbelto del piano—. Acabo de pasar la temporada en los Estados Unidos, Nueva York, para ser exactos. Incluso me he traído un gramófono de allí. Todos esos nuevos discos, ¿sabe? Un ragtime increíble. Quizás los traiga a la próxima velada, si usted va a venir a escucharlos.

—No veo por qué no iba a venir —dijo la joven con modestia—, pero si pudiera tocarme un vals, estaría muy agradecida.

El joven se mostró encantado de cumplir sus deseos y cuando comenzó a tocar y la joven agarró a una amiga cercana a quien mostrarle los pasos del baile, Monty examinó la congregación al son de la música que empezaba a sonar. Algunos conversaban, otros fumaban cigarrillos y otras sustancias cuyo olor Monty no reconocía, y casi todos bebían cócteles que la tía Charlotte insistía en tomar en lugar de los «sosos y anticuados» porto y brandy. Algunos incluso tenían una expresión confusa que sugería un pequeño exceso de láudano o algo similar.

Monty recordó las palabras anteriores de tía Charlotte y estuvo de acuerdo en que esta no era en absoluto el tipo de fiesta que habría organizado Lady Brookesbay, la madre de Bishop.

También se preguntó lo enojada que estaría lady Brookesbay al saber que tanto él como Bishop habían huido. Como mínimo la habían dejado con dos jovencitas sin compañía, que tendrían que entretenerse solas, en vez de con un solo hombre desemparejado. Monty le dedicó un momento de compasión a las dos jóvenes. Al fin y al cabo, con toda seguridad no estarían haciendo nada tan emocionante y a la moda como bailar un Boston. Y, aunque estaba seguro de que ninguna de las dos estaría triste en demasía de no haberlo conocido, muchas jovencitas del campo mantenían la esperanza de que Bishop se casara y era de esperar que estuvieran profundamente decepcionadas de haberse perdido la oportunidad de relacionarse con el segundo hijo de tan ilustre familia. Miró hacia Bishop, que estaba desplegando todos sus encantos con el pobre Jodhpurs, y sonrió. Si aquellas jovencitas supieran las pocas posibilidades que tenían con Bishop...

Monty tuvo la repentina sensación de que lo estaban observando y se giró hacia la puerta de la sala. Al levantar la vista, se encontró a Rodin bajando las escaleras.

Sus miradas se encontraron.

El vestuario del señor Anderson le había proporcionado un atuendo mucho más adecuado y Monty no podía negar lo elegante que estaba Rodin; incluso habría llegado a admitir que estaba arrebatador. La doncella que hubiera trabajado en la ropa se merecía elogios por su habilidad con la costura. Los cambios hacían que la ropa le quedara como un guante. Al parecer, Henry no había podido encontrar un chaleco de tarde adecuado, así que Rodin llevaba uno de color púrpura real y un pañuelo de cachemir a juego para cubrir el cuello que ni siquiera la camisa del ancho estadounidense podía contener. En cualquier otro habría quedado chabacano, pero Rodin lo llevaba como un príncipe y causaba cierta fascinación glamourosa.

Rodin se dirigió a Monty con pasos amplios y, antes de que este pudiera rechistar, le tomó la mano y se la llevó a los labios. Le besó el dorso como si Monty fuera una duquesa extranjera en su presentación en la corte. A cualquier que estuviera mirándolos podría haberle resultado ridículo, pero el tacto de los labios de Rodin sobre su piel le provocó a Monty una descarga eléctrica. Notó cómo se le erizaba el pelo de la nuca y su preocupación por un posible público abandonó su mente de inmediato.

—¿Es este tipo de vestimenta adecuado? —preguntó Rodin, dando un paso atrás para presentarse ante Monty.

—Mmm. Ah. —A Monty se le trabó la lengua—. Sí. Sí, muy adecuado, en efecto.

Rodinladeó la cabeza para escuchar.

—Música —susurró.

Cogió a Monty de la mano y lo llevó hacia la sala. Rodin se dirigió directamente hacia el pianista, que seguía tocando un Boston. Rodin escuchaba y observaba a las dos jóvenes que seguían los pasos. Las estudió con fijeza un momento y se giró hacia Monty. Le quitó la copa de la mano, la dejó en el piano y le dijo:

—Ven.

Atrajo a Monty contra sí y se colocó imitando la posición de las jóvenes. Monty estaba tan sorprendido que se dejó llevar sin pensar. Empezaron a seguir los pasos del baile, moviéndose en círculos junto a las jóvenes. Monty nunca había bailado un Boston, pero no parecía muy diferente a los vals que había aprendido con los años, más allá de la reducción de pasos.

Cuando hubieron cogido el ritmo, Monty empezó a notar la vergüenza. Era muy consciente de que estaba en una propiedad privada y rodeado de gente. Con toda seguridad había robado un momento o dos así, en la profundidad de los rincones oscuros de algún club de París o en alguno de sus viajes al Brunswick, pero esos lugares estaban hechos para el tipo de compañía que también participaría en ese tipo de baile. En cualquier otro lugar los habrían considerado indecorosos, un escándalo. No suponía ningún problema que dos jovencitas solteras bailaran juntas ante la falta de pretendientes, pero dos hombres girando en la esquina de la habitación con una versión bastarda de un baile de la Regencia era algo inaudito.

—¿Crees que es buena idea que bailemos así? —susurró cuando Rodin lo atrajo más contra sí.

—¿Por qué no? —preguntó Rodin—. A nadie parece importarle.

Y cuando Rodin lo hizo girar y Monty levantó los brazos, sus ojos recorrieron la habitación. Rodin tenía razón; los únicos que se molestaban siquiera en mirarlos estaban claramente disfrutando de la escena. Incluso vio a Bishop con una amplia sonrisa y a Jodhpurs mirando con los ojos muy abiertos, divertido. Monty le devolvió la sonrisa y cerró los ojos mientras terminaba su giro y se acercaba a Rodin de nuevo. En silencio, Monty agradeció a la tía Charlotte su elección de amigos y disfrutó de la novedosa sensación de libertad.

A Trevor le habría dado un síncope la mera idea de tal abandono de la decencia. Mostrarse tan íntimo y familiar con otro hombre delante de la multitud, de hombres y mujeres, además. Trevor simplemente habría desfalecido. Pero ¿por qué pensaba en él ahora? Monty se regañó a sí mismo. Esos recuerdos de París, que había ignorado durante tantos años, amenazaban todo el tiempo con invadir su mente. No quería pensar en Trevor en ese momento, ni en nada de aquello.

En ese mismo instante, Rodin apretó más fuerte la mano que tenía en la cadera de Monty.

—¿En qué piensas?

Monty abrió los ojos y clavó la mirada en las tiernas charcas marrones.

—En nada —respondió—. Nada, excepto este momento. Y lo agradable que es.

—Bien. —Rodin asintió y siguieron bailando.

El pianista extendió la pieza para hacerla más larga de lo que solía ser y la entremezcló con otros tipos de compás. Varios asistentes se vieron inspirados por el obvio disfrute de la música y, en muy poco tiempo, una pequeña multitud llenaba la mitad de la sala en la que estaba el piano. El joven músico empezó una nueva canción, una que Monty no reconoció en absoluto, cuyo ritmo asincopado le resultó novedoso. Supuso que sería el ragtime que le había oído mencionar.

Aunque ninguno de los asistentes parecía saberse unos pasos concretos, hicieron lo que pudieron, moviéndose al compás con mucho encanto. Rodin pareció adaptarse con facilidad al nuevo ritmo. Le cogió los brazos a Monty e incluso inició un movimiento que le llevó a alzar las rodillas y dar un saltito. Resultaba un poco ridículo, pero parecía encajar a la perfección con la música y Monty tuvo que admitir que se trataba de una forma cautivadora de mover el cuerpo del hombre. Muchos de los bailarines empezaron a imitar a Rodin y a dar saltitos a su vez. Monty se vio abrumado por la embriaguez del momento y empezó a reírse, disfrutando y dedicándose en cuerpo y alma a los bailes animalísticos.

Tras incontables minutos de baile, Monty le dio una palmadita a Rodin en el pecho para indicarle que necesitaba una breve pausa. Se dirigió al carrito de bebidas y se preparó una copa para sí y otra para su pareja de baile. Estaba eufórico por la música y el movimiento y se alegró de poder disfrutar de un momento a solas con Rodin sin la interrupción de la preocupación y la sospecha.

Bishop le dio un golpecito en el hombro.

—Si has terminado con tus pasos experimentales, ¿no deberíamos marcharnos al Brunswick? Se está haciendo algo tarde.

Monty le dio un largo trago a su copa y se sirvió más en el vaso. La presencia de su amigo le resultaba molesta de una forma poco habitual.

—Pensaba que estabas ocupado con el pobre Jodhpurs.

—Ay —suspiró Bishop—. Es tan aburrido como esa poesía rusa que adoras. Lo he abandonado en la sala de cartas. Creo que deberíamos irnos al Brunswick; la fiesta empieza a decaer.

—No —exclamó Monty con énfasis, sorprendiéndose a sí mismo—. Todavía no estoy listo.

Bishop enarcó las cejas.

—¿Hasta cuándo nos quedamos?

—Te avisaré —dijo Monty. Cogió las dos copas y pasó al lado de Bishop.

—Monty —lo llamó Bishop, pero Monty ignoró a su amigo.

Monty volvió a Rodin, que estaba observando a los bailarines y moviendo la cabeza al ritmo de la música. Monty le puso una copa en la mano.

—Ven conmigo, por favor —dijo, cogiéndole la mano y llevándolo hacia el fondo de la habitación.

Se quedaron cerca de una estantería y Monty observó los libros.

—Ah —dijo, estirando el brazo para tirar de la parte superior del lomo de uno de los libros.

Se oyó un clic y una parte de la estantería se separó ligeramente del resto. Monty metió los dedos en el hueco y abrió la puerta secreta. Rodin parecía encantado.

—Ven, ven —susurró Monty, deslizándose por la rendija.

Rodin lo siguió y se encontraron en una habitación que parecía un estudio. A su alrededor había estanterías llenas de libros y un gran escritorio a un lado, bajo una ventana que miraba hacia la parte delantera de la casa. En una esquina había un gran globo terráqueo, así como muchos artefactos y bibelots en estilos tan incongruentes que tenían que ser de una colección personal. Los dos sofás y los sillones que había por la sala estaban tapados con telas para protegerlos del polvo.

—Era el estudio del abuelo de Bishop —explicó Monty—. Bishop y yo solíamos escondernos aquí a menudo cuando venía de visita y él no podía soportar más a sus padres. Lo tienen abierto cuando se alojan aquí, pero nadie lo usa.

Quitó la sábana de uno de los sofás y la dejó caer sobre un sofá.

—Ahí hay otra salida.

Monty señaló un estrecho panel en la pared al otro lado de la habitación, que tenía un fresco pintado que parecía una pérgola en un jardín descuidado.

—¿A dónde lleva? —preguntó Rodin.

—Si sigues un pequeño pasadizo, termina detrás de las escaleras del vestíbulo principal.

—La casa tiene secretos —dijo Rodin.

—¿No los tienen todas? —Monty se dejó caer en el sofá y le dio un trago a su copa—. ¿Dónde aprendiste a bailar así?

Rodin se sentó en el sofá junto a Monty.

—Algunos de los movimientos los había visto antes. Para los demás, permití a mi cuerpo hacer lo que le pareciera adecuado en cada momento.

—No estoy seguro de que muchos consideraran lo que estábamos bailando «adecuado».

Rodin negó con la cabeza, sonriendo.

—Entonces, debemos aprender a tener más confianza en nosotros mismos. A menudo nuestros cuerpos nos dicen tanto lo que necesitan como lo que quieren. ¿Por qué deberíamos negarles lo uno o lo otro? He visto muchas normas que impiden que la gente sea lo que es en realidad y el resultado nunca es positivo.

Monty asintió.

—Bishop ha dicho algo similar antes. Más o menos.

—Pareces muy diferente a Bishop —dijo Rodin—. ¿Sois amigos desde hace mucho tiempo?

—Desde pequeños. —Dejó la copa—. ¿Diferentes? Sí, supongo que sí. Yo no soy aristócrata, desde luego, si es a lo que te refieres. Mi padre solo es un hombre de negocios. Un mercader de mucho éxito que se casó con una mujer blanca con algunos contactos. El lugar de mi madre en la sociedad le abrió un poco la puerta a mi padre. En esos círculos son todos unos arrogantes, desde luego, y aunque al principio lo miraban por encima del hombro por ser un *nouveau riche*, y, además, indio, al final no hay nada que les guste más que el dinero. Aunque lo despreciaran, lo acababan invitando a sus veladas en sus salitas.

—Salitas diferentes a esta —dijo Rodin.

Monty se rio.

—Diferentes, en efecto. —Alzó su copa y la vació—. ¿Sabías que el apellido original de mi familia era Singh? Mi padre lo cambió cuando llegó a Londres. Decía que quería sonar más aceptable.

—¿Funcionó?

Monty se encogió de hombros.

—Al final, tuvo que donar grandes cantidades de dinero para que yo pudiera estudiar en Eton de todas formas, aunque mis notas fueran las mejores de mi clase. Pero, desde luego, ser listo nunca ha servido de mucho. No para ese tipo de gente, al menos. Solo ven lo que les interesa. A mí no me importaba mucho, en realidad. Siempre me había sentido como un extraño, como si ese no fuera mi sitio, incluso en los ambientes donde la gente no pensaba que mi lugar fuera otro.

—En los muchos lugares en los que he estado, mi experiencia siempre es que la gente no valora a quién debería. Suelen despreciar las estrellas más magníficas del firmamento nocturno, para que no brillen demasiado sobre las otras.

—Pero qué poético.

Rodin se acercó más a él en el sofá.

—La poesía y la verdad son difíciles de separar.

—¿Dónde has aprendido eso?

—He visto muchas cosas. Y he viajado por muchos lugares.

Monty estudió el atractivo rostro que tenía delante. Su fuerte mandíbula, sus labios carnosos, el cuello poderoso cuyas líneas se estiraban cuando Rodin inclinaba la cabeza.

—¿Y qué has aprendido en esa formación sobre el mundo?

Rodin se inclinó hacia él.

—He aprendido a fiarme de mi corazón.

Abrió la boca, buscando un beso, pero Monty levantó las manos para apartarlo. Lo paralizó con la mirada.

—¿Qué eres?

Rodin parecía sorprendido.

—¿A qué te refieres? Sabes lo que soy.

—No, me refiero a de dónde vienes. ¿Cómo te convertiste en lo que eres? —Monty se apretó las sienes con los dedos—. ¿Te he hecho aparecer yo, de alguna forma? ¿Es posible que te haya creado yo ? ¿Eres real de verdad?

Rodin le dedicó una sonrisa perpleja y negó con la cabeza.

—Desde luego que soy real.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible que hayas estado en mi mente todos estos años? Y que, sin embargo, nunca nos hubiéramos visto.

—Porque nos conocemos.

Monty negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Pero no es verdad. No nos conocíamos hasta hoy.

Rodin le cogió las manos. Las llevó al regazo de Monty y las dejó apoyadas allí. El contacto era tranquilizador y, a pesar de la confusión, Monty se quedó más calmado.

—Es verdad, no nos conocemos de la forma a la que te refieres, pero nuestros destinos ya estaban entrelazados.

—¿Qué significa eso, Rodin? ¿Por qué te empeñas en hablar con acertijos?

—No son acertijos lo que digo, sino la verdad.

—Acabas de decir que la verdad es poesía. Y la poesía está plagada de acertijos.

Rodin sonrió y se llevó la mano de Monty a los labios para posar un beso en el reverso.

—Cierto.

La misma sensación de antes recorrió el cuerpo de Monty. Sintió como un anhelo que nacía de lo más profundo de su ser y le hacía querer pegarse a Rodin. Respirarlo y besarle el cuello

mientras él le besaba la mano. Sin embargo, se resistió.

—¿Cómo te llamas de verdad? —preguntó Monty. Era como si necesitara saberlo todo sobre aquel extraño hombre.

—Rodin está bien.

—Pero, con toda seguridad, tendrías un nombre antes.

—Sí. Te resultaría difícil de entender, mi antiguo nombre. Te lo diré un día. Pero ahora me gusta el nombre que has elegido para mí. Me gusta que venga de ti.

—Pero ¿por qué yo?

—¿Por qué no tú?

Monty se acercó más a Rodin, que le apretó las manos con más fuerza.

—¿De dónde eres en realidad? —preguntó Monty—. Me refiero a antes de aparecer aquí. Antes de que te encontráramos.

—Antes de que me encontrarais —repitió Rodin con un brillo en los ojos—. Pasé mucho tiempo en Francia, pero luego vine aquí.

Fue una sorpresa para Monty.

—¿Francia? ¿De verdad?

—Sí.

—Qué extraordinario.

—Muchas cosas en la vida son extraordinarias si las miras con los ojos adecuados.

Monty lo miró, una nueva idea surgiendo en su interior. Una que no estaba del todo seguro de poder creerse todavía.

—¿Tardaste mucho en llegar aquí?

—En llegar al lago, sí. Demasiado. Estaba triste y pensaba que me había perdido, que mi búsqueda era en vano.

—¿Cuánto tardaste?

—Desde París —dijo Rodin.

—Pero ¿cuándo estuviste en París?

Rodin negó con la cabeza.

—No conozco el tiempo de la misma forma que vosotros. No podría decirlo. Solo sé que es desde París.

—Entonces —empezó a decir Monty—, ¿qué buscabas? ¿Por qué viniste aquí?

Rodin lo miró; le acarició la mejilla.

—Pero ya sabes por qué. Debes saberlo.

—¿Cómo podría saberlo?

—Porque —dijo Rodin— vine aquí por ti.

Y entonces besó a Monty.

Fue un beso como ninguno que Monty hubiera recibido en su vida. Sintió la lengua de Rodin en su boca, sinuoso y suave, pero penetrante. Tomó los labios de Monty con los suyos y todas las sensaciones se unieron en una única corriente. A Monty le pareció escuchar el sonido del mar en los oídos. Sentía el cuerpo totalmente relajado, pero en tensión al mismo tiempo, como si quisiera rodear con todas las extremidades al hombre que lo besaba y tirarlo al suelo. Quería usar las dos manos para tocar el rostro de Rodin y atraer más su boca contra la suya. Su boca que era dulce, como el sabor fuerte de la bebida, pero también salada, de la sal intensa del mar o las lágrimas.

Se oyó a sí mismo gemir flojito, el sonido reverberando entre sus bocas. Podría haberse sentido avergonzado, pero sirvió para animar a Rodin. Pegó su cuerpo contra el de Monty; a su vez, Monty se abrazó al cuello de Rodin, que se inclinó hacia atrás hasta que todo el peso de Monty reposara sobre su cuerpo. Le agarró de la nuca para separar sus bocas y pasar a besarle el cuello, acariciarle las orejas con la nariz y, finalmente, dejar que sus labios le rozaran con suavidad la sien.

Su respiración se tranquilizó y Monty se quedó tumbado en el pecho de Rodin. No estaba seguro de si era por la bebida o por la excitación del beso al que se había resistido tanto tiempo, pero le daba vueltas la cabeza, como si estuviera bajo el agua. Y, sin embargo, respiraba. La sangre corría por sus venas, notaba cada pulsación, y el aire llenaba sus pulmones, causándole una sensación de paz. Apoyó la mano en el bíceps de Rodin, acariciándolo a través de la tela.

Rodin le agarró la mano para besarle los dedos y entrelazarlos con los suyos.

—No sé si entiendo nada de esto —dijo Monty en voz baja.

Rodin le alzó el rostro y se acercó más a él.

—¿Entiendes esto? —preguntó, antes de volver a besarlo.

Podría haberse bebido un vial de láudano, con lo embriagado que se sentía cuando Rodin liberó su boca.

—Sí —dijo Monty con los ojos cerrados—. Eso lo entiendo.

—Es lo único que necesitas —le aseguró Rodin.

—¡Aquí estáis! ¡Tendría que haberlo imaginado! —Bishop entró a toda prisa por la puerta secreta por la que habían llegado ellos también—. Este es el primer lugar en el que tendría que

haber mirado. Tendría que haber pensado que estarías en nuestro antiguo escondite, Monty. Caballeros, no hay tiempo para todo esto, tenemos que irnos.

Pearson entró a la habitación detrás de Bishop.

—Pero Bishop... —empezó a protestar Monty.

—No es el momento, Monty. Tenemos que huir antes de que el estadounidense de las narices encadene a Pearson a una mesa para jugar a las cartas.

—La mesa no es donde más que me preocupa que me encadene —dijo Pearson.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bishop—. Tenéis los abrigo en la entrada. ¡Ay, mierda! No tenemos abrigo para Rodin.

—No necesito un abrigo.

—Vale, perfecto. Deprisa, los dos.

Bishop agitó las manos, guiándolos como a ovejas perdidas hacia la otra entrada secreta.

—Tenemos un taxi esperando en la puerta desde que he empezado a buscaros. Pronto será la hora de cierre de los teatros y nos abandonará para aprovecharlo.

Monty estaba a punto de volver a replicar, pero cuando entraron en el pasadizo que escondía la segunda puerta, la profundidad de la oscuridad lo acalló. Extendió la mano hacia delante y notó que Rodin se la cogía.

—No os preocupéis por la oscuridad —dijo Bishop—. Solo hay que seguir recto.

—¿Antes no había luces aquí? —preguntó Monty.

—Apenas tenemos servicio en la casa para avivar el fuego de la chimenea, Monty. No esperarías que se hubieran dedicado a encender las luces de todas las esquinas. Y menos las de habitaciones escondidas que no esperarían que usara nadie, granujas.

Esperaron mientras Bishop empujaba algo, algo que Monty no podía ver, y un panel se abrió ante ellos dejando entrar la luz. Estaban en el vestíbulo principal.

—Aquí estamos —exclamó Bishop. Corrió para recoger los abrigo y los sombreros.

Cuando Rodin y Monty salieron de detrás de la escalera, con Pearson pisándoles los talones, la tía Charlotte cruzó la puerta de la sala donde se jugaba a las cartas.

—¿Os vais a vuestro club, entonces? —preguntó.

—Lentos, pero seguros —dijo Bishop.

Lanzó los sombreros y los abrigo a las manos de sus amigos.

—Supongo que no volveréis hasta altas horas de la madrugada —dijo la tía Charlotte mientras los acompañaba a la puerta—, pero tenemos un buffet de desayuno, como siempre. Intentad volver a tiempo para desayunar. Sé que os gustará y tendremos mucho de lo que hablar. El señor

Herald me ha hecho todo tipo de preguntas sobre vosotros esta tarde. Y yo también considero que, cuantos más jóvenes medio ebrios asistan a una comida matutina, más interesante resulta.

Rodin se paró en seco.

—¿Habrá arenques? —preguntó.

—Desde luego —dijo la tía Charlotte—. Riñones en salsa, *kitchari*, todo lo usual. La verdad es que el desayuno es mi comida favorita del día. Me gusta empezar el día con buen pie.

Rodin asintió.

—El arenque es mi plato favorito.

Monty no pudo evitar soltar una carcajada. Bishop puso los ojos en blanco.

—Cómo no —dijo Bishop, seco, mientras le tiraba de la manga para que volviera a ponerse en movimiento.

—Entonces, me aseguraré de que tengamos platos y platos de arenques —dijo la tía Charlotte—. Estoy segura de que eres un hombre de buen comer.

—Qué encantador todo. —Bishop sacó a empujones por la puerta principal a sus dos acompañantes—. Tres de arenques y *kitchari*, querida tía, nos acordaremos.

—¿Tenéis que iros? ¿No será ese club vuestro un aburrimiento con lo tarde que es?

—No es ese tipo de club, tía. Es más bien un cabaret... Creo que hay quien los llama clubs nocturnos. Es bastante novedoso, ¿sabes?

—Ya veo —dijo la tía Charlotte con interés renovado—. Qué europeo todo.

—Sí, en efecto.

Bishop le dio un beso en la mejilla, preparado para salir por piernas.

Anderson Herald salió de la salita, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Te encontré, Charlotte! ¡Y el señor Pearson! Debes volver enseguida. Estoy convencido de que la pareja a la que nos enfrentamos se comunica con algún tipo de lectura de mentes. ¿Sería posible que hagan magia?

—No seas ridículo, Anderson. La magia no existe.

—No lo tengo tan claro. En mi país hay una mujer que aseguraba haber resucitado a su abuela enterrada. Y las dos juntas podían hipnotizar a pueblos enteros para que hicieran su voluntad.

Charlotte le tomó la mano y lo llevó de vuelta hacia la salita.

—Claro que sí, cielo, no lo pongo en duda. Pero eso pasó en los Estados Unidos; los estadounidenses sois mucho más crédulos.

—Si tú lo dices.

—Así es.

La tía Charlotte se giró hacia los hombres, que ya se marchaban.

—Pero, ay, señor Pearson. ¿Qué vamos a hacer con la partida de cartas?

—Me ha parecido ver a una mujer leyendo el tarot en la salita principal —respondió Bishop—. Quizás os pueda ayudar ella. Buenas noches, tía Charlotte.

CAPÍTULO OCHO

París, 1907

La conversación de la multitud a sus pies era como un mar de ruido. Era similar a estar en la estación esperando que se acercara un tren. Todos sentían la necesidad de decir todo lo que pudieran antes de que la señal diera por finalizada su última oportunidad, como si no fueran a tener después todo el tiempo que necesitaban para volver a hablar. Aquí también se apresuraron a compartir todos los detalles que tenían sobre lo que iba a suceder, todos los chismes que habían circulado por ahí sobre los involucrados en el suceso y los que habían difundido los rumores. Llamaban a gritos a un amigo al que no habían visto en meses, se jactaban de haber estado aquí antes y juzgaban a los que nunca habían venido. La ópera estaba llena de conversaciones y a Monty le encantaba mirar a la multitud de gente. Aquí, a diferencia de la estación de tren, con su ropa de viaje monótona y sus tristes matices de despedida, la multitud estaba inundada de color y animada con una alegre expectación. Las mejores sedas relucían vibrantes en vestidos y chalecos, los pendientes, collares, tiaras y gemelos brillaban más que los candelabros que los iluminaban. Ver a la multitud resultaba casi tan mágico como cualquier cosa que pudiera suceder en el escenario.

—No sé muy bien qué disfrutas más, si la ópera o los asistentes a la ópera —dijo Trevor, divertido.

Monty se echó hacia atrás, abandonando la barandilla de su palco y reclinándose en su asiento. Le sonrió a su amante.

—Es cierto —dijo—. Supongo que todavía me resulta novedoso y mágico. Este tipo de experiencias eran poco habituales cuando era pequeño.

—Si no lo hubieran sido, te habrías aburrido de ellas muy pronto.

Monty frunció el ceño.

—¿Tan terrible es asistir a otra ópera? Aprecio que hayas venido, sé lo poco que te interesa.

—Para nada. Encuentro tu entusiasmo de lo más encantador y quería tener la oportunidad de vivir la experiencia contigo por una vez.

—Tendremos muchas oportunidades cuando volvamos a casa. Bishop tiene un palco reservado que apenas usa y tengo la intención de cuidárselo bien.

Trevor le dedicó una mirada, cálida, pero de alguna forma distante a la vez. Al igual que un fotógrafo analizaría la composición de un retrato familiar.

—Claro, desde luego —dijo Trevor—. ¿Has traído los nuevos binoculares que te he comprado?

—Claro que sí —exclamó Monty.

Se podían doblar hasta quedar muy pequeños y se los había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Los sacó en ese momento y se los llevó a los ojos para observar diferentes partes de la ópera y así probar su funcionamiento.

Justo delante de su palco, en la otra punta, se paró en seco.

—Rediez —dijo.

—¿Qué ocurre? ¿No funcionan como deberían?

—Ah, no, los binoculares funcionan a la perfección. Pero es Bishop.

—¿Bishop?

—Sí, en el palco de enfrente, a la izquierda. Es muy extraño. Le comenté a principios de semana que íbamos a venir y no me dijo nada.

Monty estaba sorprendido. Incluso cuando Trevor lo acompañaba, si a Bishop le interesaba el espectáculo se sentaban juntos. ¿Por qué los estaría evitando? Pero justo entonces vio lo que pensaba que sería la respuesta.

—Parece que está con alguien —dijo Trevor—. ¿Alguien a quien conocemos u otra de sus nuevas conquistas?

—Tío Freddy —dijo Monty, neutro.

Trevor levantó la vista del programa que estaba leyendo.

—¿Otra vez ese horrible alemán? No sabía que volvía a frecuentar su compañía.

—No lo he oído hablar de él desde aquella noche en el cabaret —confirmó Monty.

Monty no pudo evitar seguir mirándolos. Parecían estar en medio de una conversación agitada, si bien susurrada, y el rostro de Bishop estaba fruncido de ansiedad y, en opinión de Monty, miedo. Friedrich le daba la espalda a Monty, pero Monty pudo ver que se inclinaba hacia Bishop; estaba claro que no estaba contento con él por los hombros tensos y encorvados. Bishop siguió echándose para atrás en su asiento hasta que pareció que intentaba fundirse con la superficie acolchada. Asentía con la cabeza con fuerza y murmuraba respuestas de una o dos palabras a lo

que fuera que Friedrich le decía. Monty estaba seguro de que temía decir algo más. Entonces, de repente, Friedrich cogió con violencia a Bishop de la muñeca y tiró de él para levantarlo del asiento. Justo en ese momento, las luces de la sala empezaron a apagarse para indicar que la ópera iba a empezar pronto y la mirada de Bishop se alejó de Friedrich un segundo, como reconociendo el cambio en la luz.

Monty levantó la mano para intentar llamar la atención de su amigo. Esperaba que, si conseguía avisar a Bishop de que estaba allí, su amigo podría irse del palco de Friedrich e ir a sentarse con ellos. Bishop vio el movimiento y miró hacia Monty. Lo reconoció tras los binoculares, pero no le devolvió el saludo. En su lugar, pareció negar casi de manera imperceptible con la cabeza. En ese momento, las luces se apagaron todavía más. Friedrich se dio cuenta del movimiento de cabeza de Bishop y miró hacia atrás de golpe, directo hacia Monty.

Los ojos de Friedrich parecían refulgir como carbones ardientes en la tenue luz y Monty ahogó un grito. Trastornado y atemorizado por lo que había visto, se quitó los binoculares de los ojos y se giró hacia el escenario.

Trevor posó la mano sobre la suya.

—¿Ocurre algo?

—No. Sí. Bueno, en realidad no estoy seguro.

La orquesta empezó a tocar y Monty sacudió la cabeza, intentando despejar el terror momentáneo que había sentido. Le dedicó a Trevor una sonrisa débil y observó el escenario, aunque, a decir verdad, no estaba centrado en la acción.

Qué extraño, pensó para sí mismo. ¿Cómo podían refulgir así sus ojos? Con total seguridad debía ser el reflejo de las luces del escenario, aunque no sabía cómo era posible. O quizás el reflejo en los binoculares al atenuarse la luz de las lámparas. Recordaba aquella noche en l'Enfer y cómo la pipa de Friedrich había emitido un brillo sobrenatural. Quizás solo había mezclado los dos momentos en su mente. Quizás solo veía lo que esperaba ver, lo que había creado en su imaginación. Una especie de proyección de lo poco que le gustaba el hombre le hacía ver cosas que no estaban ahí. Era la única explicación posible.

Monty intentó concentrarse en la escena que se desarrollaba en el escenario, intentó perderse en la música como solía hacer con facilidad. A los pocos minutos, con los binoculares enfocados al escenario, se atrevió a mirar de reojo hacia el palco de Bishop. Apartó la vista enseguida, pero por lo que pudo ver, todo parecía en calma. Los dos hombres estaban en sus asientos mirando el espectáculo y no se vislumbraban ojos refulgentes. Sin embargo, Bishop parecía tenso: estaba sentado con la espalda recta en la silla y el cuello inmóvil, como si no se atreviera a mirar en otra

dirección. No era una escena tan positiva como Monty habría querido, pero la enorme tensión anterior parecía haberse disipado por el momento.

La ópera era cautivadora y Monty consiguió dejarse llevar por la música. Tanto, que tardó casi todo el primer acto en acordarse de volver a comprobar cómo estaba su amigo. Se reclinó, fingiendo desentumecerse el cuello, y pasó con los binoculares por el palco de Bishop, como de casualidad. Volvió a mirar de golpe. El palco estaba vacío; habían desaparecido. Lo embargó la preocupación mientras se preguntaba cuánto haría que se habían ido. ¿Seguían en la ópera? ¿Se habría puesto la situación todavía más violenta?

Sin pensar en ello, se levantó y se dirigió a la salida del palco. Trevor lo agarró de la manga.

—¿A dónde vas? —susurró.

—Será solo un momento —le contestó en voz baja Monty, intentando sonar tranquilizador.

Fue hacia el vestíbulo, mirando a su alrededor. Captó un movimiento por el rabillo del ojo. De camino a la barra, había un recoveco en un lado que parecía cerrado por una cortina. La cortina se movía con tirones bruscos que sugerían que había actividad detrás. Monty esperaba no estar interrumpiendo el momento secreto de alguna pareja de jóvenes, pero, de todas formas, corrió hacia el recoveco y abrió la cortina. Mientras lo hacía, oyó un ruido extraño, como el gruñido de un perro combinado con el traqueteo de una máquina. No tuvo tiempo de analizar qué podría ser ese sonido por que, cuando tiró del material, vio exactamente lo que se temía encontrar.

Bishop estaba apoyado —no, atrapado— contra la pared del recoveco, con Friedrich imponente sobre él, amenazador. A Bishop le caía una gota de sangre de la boca, donde parecía tener el labio partido, y Friedrich le rodeaba el cuello con una mano. Debajo, donde esa mano apretaba la carne, había marcas amoratadas y oscuras. Monty, enfurecido, le dio un puñetazo a Friedrich en el hombro.

—¿Se puede saber qué diablos haces? —gritó.

Friedrich se giró hacia él y le gruñó una advertencia. Al hacerlo, casi pareció que su rostro cambiaba de forma y se volvía algo monstruoso. Con el brazo libre, empujó a Monty con fuerza, haciendo que se tambaleara hacia atrás. Casi se cayó al suelo, pero consiguió enderezarse. Cuando volvió a levantar la mirada, el rostro de Friedrich parecía normal del todo, aunque seguía mirándolo con odio.

—Déjenos en paz, insensato —le gruñó Friedrich.

—No voy a abandonar así a mi amigo —replicó Monty.

—No pasa nada, Monty —dijo Bishop con la voz forzada—. De verdad. Friedrich y yo solo estábamos en medio de una discusión de nada que se nos ha ido un poco de las manos. Ya sabes

cómo somos a veces los hombres.

—Bishop, ¿estás seguro? No parece una discusión de nada.

—Sea lo que sea —soltó Friedrich, su voz de nuevo en un tono normal— no es de su incumbencia. Le sugiero que no se meta donde no le llaman. Su amigo es mayorcito y puede ocuparse de sus propias deudas.

«¿Deudas?», se preguntó Monty.

Friedrich había soltado a Bishop y ambos empezaron a salir del recoveco. Bishop se llevó un pañuelo a la boca y se subió el collar de la camisa, intentando que cubriera más. Monty dio un paso hacia él, pero Friedrich se interpuso entre ellos. Monty chocó contra el hombre y se tambaleó hacia atrás de nuevo. Aunque no lo pareciera, Friedrich tenía una musculatura sólida y Monty no se creía capaz de apartarlo aunque lo intentara.

Pudo oír los aplausos que indicaban el final del primer acto.

—Como ya le he dicho —dijo Friedrich—, seguiremos con la conversación en privado, como debe ser.

—Bishop, ¿estás seguro?

Bishop asintió, su voz mucho más fuerte, con el eco de la convicción de Friedrich.

—Déjanos, Monty. No te preocupes por mis asuntos.

El público había empezado a salir para la pausa. Monty no creía en absoluto que estuviera todo bien, pero no estaba seguro de poder hacer algo si su amigo se empeñaba en ser tan obstinado. Abrió la boca para decir algo, pero lo interrumpieron.

—¿Señor Singer? —le llamó una voz femenina y cálida—. ¿Montgomery, es usted?

Se giró para ver quién lo llamaba y volvió a mirar hacia su amigo. En ese segundo, Bishop y Friedrich habían desaparecido.

—No sabía que estaría usted aquí esta tarde.

—Buenas tardes, mademoiselle Lazevski. Me alegro de verla —contestó Monty con alegría fingida.

Los dos avanzaron entre la multitud y se encontraron a mitad camino.

—¿Se encuentra bien, amigo mío? —preguntó Lazevski—. Parece un poco agitado.

—Sí, bueno, ya sabe cómo me afectan la ópera y el teatro. Me dejo llevar. Pero está usted deslumbrante, parece una princesa.

Selika Lazevski hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a su cumplido, pero Monty lo decía de verdad. Estaba acostumbrado a verla con la sencilla ropa de montar. Su chaqueta y su falda eran casi del mismo tono que su piel bronceada, lo que la hacía parecer una

especia de guerrera romana tallada en mármol o una diosa con armadura de los pies a la cabeza. Siempre la imagen perfecta, la formidable amazona famosa en toda Francia por su equitación *haute école*.

Pero esa noche llevaba un suntuoso vestido verde con joyas a juego en las orejas y el cuello. En lugar de su sombrero de copa, tenía el cabello recogido en un moño y una diadema brillante de la que salían plumas a los lados, hechas a su vez de cristales multicolores. Era todo un espectáculo.

—Santo cielo, Selika, ¿es usted? —dijo Trevor mientras se acercaba a ellos.

—Lord Mawnton —exclamó Selika con una amplia sonrisa—. He encontrados dos tesoros en esta velada. Qué maravilla encontrarlos aquí.

—No, no —dijo Trevor—. Nada de lores y ladies. Disfrutemos de la velada simplemente siendo nosotros mismos.

—De acuerdo —dijo Selika asintiendo con la cabeza.

—Le estaba diciendo a nuestra querida amiga lo mucho que parece una princesa ahora mismo —añadió Monty, intentando volver a sentirse normal después del revuelo de emociones de su encuentro con Bishop.

—Montgomery intenta lisonjearme, pero no se lo voy a permitir —dijo ella con una risita.

—Las lisonjas son del todo correctas —dijo Trevor en tono majestuoso—. ¿Está disfrutando de la ópera?

—Claro que sí, desde luego. Aunque quizás no tanto como su amigo Montgomery. Justo me estaba diciendo lo mucho que se había emocionado.

Trevor miró a Monty.

—Sí, a menudo se ve abrumado por las emociones.

—¿En qué palco está? —preguntó Monty.

—Ah, no, estoy en el patio de butacas.

—No puede ser —dijo Monty—. Debe unirse a nosotros en nuestro palco. Tenemos espacio suficiente y le puedo enseñar los nuevos binoculares que me ha regalado Trevor.

—Muy amable por su parte; desde luego que acepto su invitación. Y espero que me permitan hacerles una yo. Un grupito vamos a ir a Maxim para tomar una cena tardía después de la ópera. ¿Quieren venir?

—Ay, será un... —empezó Monty.

—Me temo que no podremos unirnos a usted esta noche —dijo Trevor a toda prisa y con énfasis—. Ya tenemos planes.

Monty estaba confuso, pero sonrió siguiéndole el juego a Trevor. No sabía que tuvieran ningún plan y a Trevor normalmente le gustaba ir a cenar en grupos grandes en los que poder pasar desapercibido, en especial después de ir al teatro, aunque fuera para darle un respiro de los comentarios y la cháchara incesante de Monty sobre un espectáculo que él, las más veces, no había disfrutado.

—Claro, lo entiendo —dijo Selika con elegancia—. Pero, como ahora tengo la compañía de dos caballeros tan excelentes, ¿no se tomarán una copa de champán conmigo antes de volver a nuestros asientos?

—*Avec plaisir* —dijo Trevor, todo caballerosidad mientras le ofrecía el brazo.



Anduvieron un buen rato al dejar la ópera, en un silencio tenso. Trevor estaba claramente pensando en algo, pero Monty no sabía si el asunto lo abrumaba o simplemente lo distraía. Fuera lo que fuera, no estaba seguro de querer forzar la conversación. Siguieron paseando hasta que Monty se paró junto a la Fuente de los Mares, que le gustaba especialmente.

La última vez que recordaba haber visitado la Plaza de la Concordia fue para ver la procesión Mi-Carême a principios de año. Bishop había oído que un artista amigo de un amigo estaría en el Carnaval para documentar el evento en una máquina cinematográfica. Qué cambio con respecto a ese día; en comparación, la plaza estaba vacía esta noche, no abarrotada de gente como lo había estado durante la celebración, cuando apenas podía levantar los brazos en cualquier dirección, y mucho menos estudiar las fuentes. Habían observado cómo la cámara enfocaba y seguía una carroza particularmente enorme, sobre la cual se encontraba la grotesca cabeza de un gigante, con la lengua fuera y un cuchillo en la mano. No pretendía ser aterrador, pero al recordarlo ahora, Monty se estremeció. Por alguna razón, su memoria trasplantó el rostro enojado de Friedrich a la criatura, tal como se había mostrado esa tarde en la ópera: con los ojos como platos y llenos de rabia, la boca abierta casi como para mostrar los dientes y el rostro furioso y enrojecido. Habría sido una gárgola perfecta, tallada en piedra. Sinceramente esperaba que su amigo estuviera bien. La escena que había visto con Friedrich tras la cortina no había hecho nada por tranquilizarlo.

—A los franceses les gusta el oro, ¿eh? —dijo Trevor, rompiendo por fin el silencio.

—Y el bronce —dijo Monty—. Pero creo que ahora es todo pintura.

—¿Se supone que son sirenas?

Monty levantó la vista para observar una de las grandes estatuas que decoraban el borde exterior de la fuente. La figura le daba la espalda, con el rostro un poco elevado hacia el cielo. El pez de bronce que levantaba con la mano soltaba por la boca una cascada de agua que cubría la corona de conchas y corales de la criatura con una fina bruma.

—Es una ninfa marina —explicó Monty—. Una nereida, en la mitología. Criaturas amables que ayudaban a los marineros a navegar y sobrevivir a las tormentas.

Trevor miró hacia arriba y a su alrededor.

—Qué desperdicio de agua tenerlas siempre encendidas.

—El agua vuelve al Sena —dijo Monty—. Así que supongo que no se desperdicia.

Se giró para mirar a Trevor.

—¿Ocurre algo, Trevor? A pesar de la amable invitación a cenar de Selika, insististe en que teníamos que marcharnos. Como si tuviéramos un compromiso muy importante. Pero no hemos hecho más que caminar en silencio desde que salimos de la ópera.

Trevor lo miró un segundo antes de bajar la mirada.

—Tenía que hablar contigo esta noche.

—¿Hoy en especial?

—Sí, hoy en especial. Sabes que debo regresar a Inglaterra en los próximos días.

Un tema familiar; Monty tomó aire, relajándose un poco.

—Desde luego. Lo hemos hablado muchas veces. Bishop y yo tampoco tardaremos mucho en volver a casa. Nos reuniremos enseguida. Ciertamente es que debo visitar a mi familia antes de ir a verte a ti, pero es un compromiso que no debería llevarme mucho tiempo...

Trevor se aclaró la garganta con fuerza.

—Ese es el problema, Monty. No creo que debiéramos reunirnos allí... Al menos, no como tú te imaginas.

Monty volvió a notar la tensión en el pecho, como si de repente lo hubieran rodeado con una barra de acero.

—¿A qué te refieres, Trevor?

Trevor miró a la fuente, como si esta pudiera ayudarlo a explicarse. Monty pensó que quizás se veía a sí mismo como un marinero perdido en una tormenta.

—Estos meses en París contigo han sido, con toda probabilidad, los más emocionantes de mi vida. Sé que piensas que soy huraño y estrecho de miras en muchos aspectos; sin embargo, y a pesar de todo, nunca he sentido tal exuberancia como cuando he estado contigo.

Hizo una pausa, pero Monty no tenía palabras para llenar el silencio. Se quedó paralizado, a la expectativa.

—Y aunque ha sido una buena experiencia, quizás la mejor de mi vida hasta el momento, ambos sabíamos que no podía durar para siempre, que no podía sobrepasar los límites de esta fantástica ciudad.

—¿Lo sabíamos? —preguntó Monty, su voz cargada de emoción—. No estoy seguro de que yo lo supiera.

—Ay, Monty, por el amor de Dios, no puedes ser así de ingenuo. Tenías que saber, aunque fuera en tu subconsciente, que no podíamos simplemente volver a Inglaterra unidos con un lacito como si viniéramos de nuestra luna de miel.

—Nunca he dicho nada por el estilo. No soy estúpido, Trevor, ni tan ingenuo como sugieres. Pero pensaba que teníamos algo más profundo que un amorío estacional. Cómo hablábamos, lo que has compartido conmigo a solas, los dos en la cama, en mi habitación de hotel. No son asuntos que se compartan con conocidos o con un acompañante de pago o lo que sea que pretendas fingir ahora que soy.

Trevor lo miró con intensidad.

—No quería decir eso. Nunca te he considerado algo así, y deberías saberlo. Pretendes hacerme daño.

Monty soló un bufido.

—¿Y qué pretendes hacerme tú?

—No es posible que te resulte tan sorprendente. Con toda seguridad habrás imaginado cómo iba a terminar lo nuestro.

—No empiezo este tipo de relaciones pensando en cómo van a terminar.

Trevor suspiró.

—Entonces quizás sí seas tan ingenuo como parece.

—¿Cómo dices?

—Monty, sé realista. Tenemos que pensar todos nuestros movimientos. Todos nuestros gestos, cada expresión; con quién nos relacionamos; los lugares a los que acudimos. Si tenemos suerte, podemos imaginar un final que no incluya el escándalo, el rechazo o la cárcel. No hay un lugar para nosotros en este mundo si no tienes todo eso en cuenta.

—Entonces, quizás este mundo no es para mí.

—¿Cómo he podido pensar que lo entenderías?

Monty se giró hacia él.

—¿Por qué no iba a entenderlo? ¿Qué tiene de extraño mi capacidad de comprensión?

—No grites —dijo Trevor entre dientes.

En ese momento se acercó una pareja a la fuente, marido y mujer, y Monty se giró deprisa para volver a mirar el agua subiendo hacia el cielo. Al otro lado de la fuente, junto a la plaza, Monty vio pasar un carruaje. Dentro había una dama que hablaba con algún acompañante. Monty no veía con quién, pero el rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa. Se apartó la mano con la que se tapaba la boca y se acercó una flor que llevaba a la nariz, inhalando su aroma.

—Solo quería decir que venimos de mundos diferentes y que de mí se espera que dé a mi familia un heredero —dijo Trevor—. No es posible que entiendas esa presión en particular.

—Creo que puedo entender la presión de la expectativa de ser un hombre normal tan bien como cualquiera. Quizás no se espere de mí que tenga un potrillo perfecto sobre el cual depositar mi legado y mi título, pero no creas que no tengo también, a cada paso que doy, las miradas inquisitivas de mis padres, parientes y amigos. Preocupados por si soy un hombre normal, con necesidades normales. Y en lo que respecta a las expectativas sociales, podrás comprobar que importa un bledo que tenga un título o no.

—No hace falta ponerse así de susceptible, Monty. No era mi intención insultarte.

—No, solo querías abandonarme.

Trevor dio un paso hacia él, señalándolo con el dedo.

—Mira, Monty. ¿Es necesario todo el melodrama? Tengo que cumplir con mi deber y lo sabes. Si hubiera sabido que me esperaba una escena similar, habría tomado a una mujer como pareja.

—Quizás deberías haberlo hecho —soltó Monty—. Así podrías haberte quedado con ella como amante.

Trevor soltó una palabrota y se alejó. Siguió caminando en un círculo pequeño, con los puños apretados, abriendo y cerrando los ojos, luchando contra la explosión de emociones que con total claridad lo revolvía por dentro. Al fin se quedó quieto.

—Monty —empezó a decir, con la voz más suave que antes—. Esperaba que pudiéramos ser amigos, por muy incómodo y complejo que pudiera resultar al principio. Reaccionas como si esto fuera lo que yo quiero. Te aseguro que no es el caso. Pero ¿qué puedo hacer, si no?

Monty no fue capaz de responder. Se quedaron en silencio un momento.

Monty miró el agua formar olas en la base de la fuente. Pensó en él y en Trevor como amigos en el futuro. Era poca cosa, pero algo en su interior se aferró a ese hilo de posibilidad; a pesar de lo que le decía el cerebro, sentía que lo necesitaba.

—Supongo que tu tiempo cuando regreses estará ocupado en encontrar a la mujer adecuada. Imagino que visitarás Londres con frecuencia.

Se hizo un silencio letal. Cuando Trevor volvió a hablar, sonó exhausto, como si hablara desde la distancia, débil y frágil.

—Ya he encontrado esposa, Monty. Estaba prometido antes de llegar a París.

El hilo se rompió. Monty sintió como si le hubieran clavado un puñal en el pecho y resistió el instinto de retorcerse de dolor.

—¿Cómo? —ahogó un grito.

—Se suponía que solo iba a pasar el verano en Francia —empezó a decir Trevor.

Monty dio un par de pasos hacia delante, con los ojos fijos en el agua de la fuente. Se dirigió hacia ella, necesitando sentir su tacto frío. Se paró en el borde, dejando que la bruma de los chorros le diera en la cara. Esperaba que ocultara las lágrimas que le ardían en los ojos.

Miró al agua y algo en su interior deseó que fuera profunda, más que una fuente, profunda hasta el infinito.

—Un verano y luego de regreso a Inglaterra para la boda —siguió Trevor. Lo decía como algo memorizado, sus planes pasados. Como si algo importara en ese momento—. Una última oportunidad de echar una cana al aire, por así decirlo. Pero entonces, te conocí a ti, Monty. — Ahí se le rompió la voz—. No... No esperaba conocer a nadie a quien valoraría tanto, por quién tendría unos sentimientos tan profundos. Así que pospuse mi regreso con la excusa de establecer contactos en Francia que pudieran beneficiar a la familia. Mi padre lo entendió, al principio. Pero ya hace tiempo que debería haber regresado y se empiezan a hacer preguntas. Si me retraso más, me arriesgo no solo a avergonzar a mi familia, sino también a la de mi esposa. A estas alturas, se preguntan si pretendo seguir adelante con la boda.

—¿Y tú te lo preguntas?

—Monty, tengo que hacerlo. Se lo debo.

—¿Y qué hay de lo que me debes a mí? —A su pesar, Monty sintió su voz quebrarse.

—¡Déjalo, Monty! Por favor, déjalo.

Monty se separó de la fuente, se giró y se alejó unos pasos de Trevor. Se paró para sacar un pañuelo y secarse la humedad del rostro.

—Me juzgas por hacer lo que se espera de mí —dijo Trevor—. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Podrías ser el hombre que deberías ser.

—No tengo otra opción, Monty. Si abandono mis responsabilidades, arruinaré a toda mi familia. No tengo tu libertad, ni siquiera la de Bishop. Pisando fuerte, disfrutando de la vida, dejando que la corriente os lleve donde sea... es emocionante. Pero aunque para ti pueda ser la vida, el todo, para mí no fue sino un afluente que se salía del cauce principal. Y ahora debo volver a dirigirme a la tierra, a la vida real y las responsabilidades.

—¿Y dónde me deja eso a mí? ¿Como los restos de un naufragio que has dejado atrás? —preguntó Monty—. Por muy melodramático que me llames, sé que nunca podría serlo todo para ti, pero pensaba que, quizás, podría importarte algo.

—Claro que me importas.

—Pero lo demás importa más.

—Sí. Ojalá no fuera así, pero lo es.

Monty asintió, de nuevo sintiendo las lágrimas amenazar con salir. Se mordió el labio, intentando dejar de temblar.

—Adiós, Trevor —dijo al final, con la voz ronca.

—No tiene por qué ser así. Podemos ser amigos. No puedo decirte adiós, Monty.

—Entonces, lo diré yo por los dos.

Abandonó la plaza, con la mente en un torbellino de confusión. No sabía a dónde iba, solo que sus pies tenían que moverse, llevarlo hacia adelante, alejarse.

En la distancia, oyó el sonido del río.

CAPÍTULO NUEVE

Londres, 1910

Como establecimiento de entretenimiento y ocio, el Brunswick Dianthus no existía desde hacía mucho. Se había construido siguiendo el modelo de los cabarets y cafés de artistas que se encontraban sobre todo en Europa y otros países que eran menos críticos con lo bohemio que Inglaterra. El objetivo era que hiciera las veces de cabaret y club de teatro, ofreciendo cada velada varios y variados espectáculos de talento y *avant-garde*, pero se había terminado convirtiendo, sobre todo, en un refugio para las varias y variadas personas de la ciudad que no se sentían bienvenidas en ningún otro lugar. Y, por suerte, a menudo también se trataba de las personas con más talento y las más interesantes, por lo que se había convertido en uno de los locales más atractivos de Londres.

Lo dirigían su recia e intimidante propietaria, la señora Frye, y su marido cuyo nombre no sabía nadie y al que nadie había visto nunca. Había convertido el sótano de dos antiguas sombrererías en una amplia y larga bodega que se extendía por debajo del nivel de la calle. Se decía que, aunque todos pensaban que los Frye eran un matrimonio, de Lancashire o aquella zona, en realidad eran hermanos, pero no se esforzaban por disipar las suposiciones incorrectas. Se habían percatado de que los proveedores y las autoridades locales estaban mejor dispuestos a tratar con un respetable matrimonio que con hermanos de inclinaciones liberales. Y si las malas lenguas comentaban que el invisible marido tenía inclinaciones políticas dudosas y que la esposa se vestía lejos de lo que se consideraría femenino, sus montañas de dinero heredado ayudaban a solucionar esos problemillas.

— Lord Brookesbay, hacía tiempo que no le veía —exclamó la señora Frye cuando los recibió junto a la entrada.

—Sí —dijo Bishop—. En los últimos tiempos me he quedado con más frecuencia en el campo. Se acordará del señor Singer y del señor Pearson, sin duda, y este es nuestro amigo... Bueno,

digamos que le gusta que le llamen Rodin. Un solo nombre, ya sabe, por discreción.

La señora Frye dejó que sus ojos recorrieran la figura de Rodin.

—Claro, Rodin —dijo—. Un placer. Estoy dispuesta a llamarlos lago Victoria o cualquier nombre que se les antoje, si Bishop trae a más amigos con su aspecto. Hace milagros para el negocio tener caballeros de rasgos tan finos y tan buena planta por el lugar. A los clientes les encanta. ¿Les cojo una mesa?

—Sí, por favor. Una grande; estamos esperando a varios amigos.

La señora Frye asintió.

—Les buscaré una de buen tamaño, entonces.

Por el centro del local había un escenario. Cuando llegaron, lo ocupaba una joven de vestimenta discreta pero maquillaje teatral. El piano acompañaba, quizás a veces demasiado fuerte, pero con fluidez, mientras ella interpretaba lo mejor que podía un clásico de los auditorios, «The Boy I Love Is Up in the Gallery». Complementaba la actuación señalando a varios hombres entre el público y agitando su pañuelo.

Rodin sonrió al verla y se acercó para ver mejor. Escuchaba atentamente y entonces ladeó la cabeza.

—La cantante —dijo—. Es un hombre.

—Sí, y no es muy buena —señaló Bishop.

En ese momento, la cantante intentó, sin éxito, alcanzar una nota alta. El trío hizo una mueca.

—Deberías cantar para nosotros —sugirió Rodin—. El piano es aceptable.

Monty miró a Rodin, inquisitivo; Bishop recorrió el público con la mirada.

—Ya no canto —respondió Bishop, distraído.

—¿Desde París? —preguntó Rodin.

—En efecto —dijo Bishop. Entonces, se dio cuenta de lo que quería decir eso y se giró, brusco—. ¿Qué rayos sabes sobre París? ¿Qué te ha contado Monty?

—No le he dicho nada —dijo Monty—. Lo juro.

—No, no me ha dicho nada —dijo Rodin.

—¿Y cómo sabes lo de mis canciones?

—Estaba allí.

—¿Dónde? —preguntó Monty.

—En París. En el Café L'Enfer, la noche que cantaste.

—¿Cómo dices? —preguntó Bishop—. ¿Estabas allí? Pero ¿cómo que estabas...? Quiero decir, ¿estabas como tú mismo o como... como apareciste en el lago?

—¿Rodin disfruta de la navegación? —preguntó Pearson.

—No exactamente —ofreció Monty.

—Caballeros —anunció se la señora Frye—. Tengo una mesa encantadora para ustedes. Por favor, síganme.

—Todo esto resulta de lo más extraño —dijo Bishop, mirando de reojo a Rodin.

—Yo también ando un poco desorientado —añadió Monty.

—¿Sí? —pregunto Rodin, sorprendido a su vez—. Pero te lo he explicado.

—¿«Te lo he explicado»? —repitió Bishop, suspicaz—. ¿Es así, Monty?

—Siento interrumpir vuestra pequeña riña familiar —dijo Pearson—. Pero id a sentaros y enseguida vuelvo. He visto a alguien con quien tendría que hablar.

—Aquí es —dijo la señora Frye cuando llegaron a la mesa.

Monty observó la zona que les indicaba.

—¿No hay una mesa que no esté tan cerca de las cortinas? —preguntó.

—Mis disculpas —dijo la señora Frye—. ¿No prefieren estar cerca de las salas privadas? Suele ser lo que solicita lord Brookesbay.

—Cómo no —contestó Monty—. No sé de qué me sorprende.

—Mi querida tía Monty, se te vuelven a ver las enaguas —dijo Bishop sin mirarlo.

—¿Qué son las salas privadas? —preguntó Rodin.

—Nada de lo que debas preocuparte.

Bishop soltó una risotada breve.

—Rodin, querido, Monty quiere tenerte para él solo, ya lo sabes. No te adentres en lo desconocido, es terrible.

Monty miró a la nunca de Bishop, pero Rodin se limitó a sonreír.



El camarero trajo una jarra de vino y una bandeja con bocaditos que encajaban con «el tema de la noche»: una mezcla ibérica de aceitunas, almendras y jamón. Bishop observaba a Rodin con mirada inquisitiva. Rodin se dio cuenta y miró de un amigo al otro.

—¿He hecho algo que te ha ofendido? —preguntó.

—Creo que a ambos nos preocupa que no hayas sido del todo sincero con nosotros —explicó Monty.

—No es así. No os he ocultado nada.

—No estoy de acuerdo —replicó Monty.

En ese mismo momento, unas notas familiares empezaron a sonar desde el escenario.

—Monty, espera. Silencio —susurró Bishop.

Una voz dulce pero flexible empezó a cantar.

Por las aguas negro azabache, una noche mi amor recorrió la ribera...

Los tres se giraron hacia el origen de la música, incluso Rodin, que parecía estudiar las aceitunas con especial atención.

Y me habló de nuestros corazones, quizás no vuelvan a ser igual...

Monty observó a los dos jóvenes del escenario. El segundo que esperaba para hacer las voces era Pearson y pudo reconocer también al cantante principal.

—La madre que me trajo. Deby —exclamó Monty.

—Sí que parece tener el don de la oportunidad, ¿verdad? Es como si tuviera un sexto sentido para saber cuándo voy a venir.

—Es como una brújula, y tú, el norte —confirmó Monty.

Rodin rellenó los tres vasos de vino mientras escuchaban.

Monty se dio cuenta de que habían cambiado un poco el acompañamiento musical, pero era de esperar, pues no muchos podrían reproducir con soltura los cambios de tono que Bishop había compuesto en un principio.

Y me habló de nuestros corazones, que quizás recuperar no pudiera.

Terminaron la canción con una armonía y una buena ronda de aplausos del público.

—Gracias —le dijo Deby al público—. Esta canción la compuso alguien a quien me gusta considerar un buen amigo. Está aquí esta noche y espero que no le haya molestado que la cantemos. No es más que la segunda vez que se canta en Inglaterra.

Bajaron del escenario y fueron directos a la mesa.

—Caballeros, ¿os importa si me uno a vosotros? —preguntó Deby.

—Claro, ¿por qué no? —dijo Bishop.

Bishop intentaba fingir calma, como solía hacer cuando Deby andaba cerca, pero Monty sabía que estaba emocionado. La pareja se había vuelto más cercana que nunca después de esa noche en el cabaret de París, prácticamente inseparables, pero de repente algo había sucedido. Cuando Monty había intentado preguntarle, Bishop se había mostrado irritado y había sacado a relucir su excusa habitual sobre el futuro de dos hombres que se aman, pero Monty no se lo había tragado. Sospechaba que el repentino final tenía algo más que ver con la traicionera asociación con

Friedrich, pero sabía que no debía siquiera mencionarlo. Luego, por supuesto, con la forma en que habían terminado las cosas con Trevor, Bishop se había sentido aún más justificado para sacar a relucir su excusa, mostrándole a Monty cómo él mismo había caído en desgracia y había demostrado ser un insensato al perseguir tales fantasías.

Monty cerró los ojos un segundo para apartar ese pensamiento, sin querer acordarse. Cuando los volvió a abrir, se encontró a Rodin observándolo. Rodin le tomó la mano, dándole un tierno apretón. La inquietud amenazadora de los recuerdos de Monty se disipó.

Deby, desde luego, tomó asiento tan cerca de Bishop como le permitía el decoro, incluso el decoro de un establecimiento como aquel.

—Han cantado muy bien —dijo Rodin.

Deby parecía nervioso.

—No te ha molestado que cantáramos tu canción, ¿no, Bishop?

—He de admitir que me ha llamado la atención.

—Sí —sugirió Pearson—. Yo pensaba que el *Narciso* de Nevin sería más adecuado, pero Reginald ha insistido.

—¡Qué ocurrente! —exclamó Bishop en tono burlón—. Por favor, revélame de qué libro has robado tal ingenio, Pearson.

Pearson le dedicó una mirada traviesa.

—Si fuera el caso, sería de un libro que tú no habrías leído, no sería uno de tus panfletillos de portadas amarillas.

—Ah, un esteta. Sin duda, sería un libro prestado por tu antiguo jardinero.

Deby se giró hacia Pearson.

—Sí, fue una lástima lo de Jonas. Pensaba que teníais una relación cómoda. De hecho, os tenía envidia.

Pearson enarcó una ceja y dio un gran trago.

—¿Envidia? ¿De cómo tenía que hacer de secretario o ayuda de cámara o enfermero o empleos similares cuando venían visitantes? La envidia no era merecida, te lo aseguro.

Deby asintió con compasión.

—Ya veo. Sin embargo, hay algunas concesiones que debemos hacer, los de nuestras inclinaciones, para disfrutar de algo como la vida doméstica en este mundo.

La actitud gélida de Pearson se derritió un poco.

—Desde luego. En realidad, no me molestaba tanto todo aquello. Pero, los últimos tiempos, éramos más como hermanos que otra cosa. Y, aunque sé que yo le importaba, no creo que

hubiéramos llegado a algo más profundo.

—La mayoría de los fuegos se convierten en cenizas al final —añadió Bishop.

—No todos los fuegos —se apresuró a decir Deby—. Algunos arden mucho tiempo.

Bishop se sorprendió y Deby apartó la mirada, nervioso, concentrándose en servirse un vaso de vino. Pearson vio la mirada de Bishop y ladeó la cabeza ligeramente.

—Siempre y cuando el fuego esté alimentado como debe ser —dijo— y la persona que se ocupa de él no sea irresponsable de más con las ascuas. Tales asuntos requieren atención, ¿no crees, Bishop?

—Nunca se me han dado muy bien los asuntos de la casa —dijo Bishop, apartando la mirada.

—No —dijo Pearson—. Pero es algo que se puede aprender. —Se giró hacia Monty—. Bueno, señor Singer, preséntanos a tu nuevo amigo.

—Deby, te presento a nuestro amigo Rodin, que nos visita desde Francia.

—Desde Francia, ya veo —dijo Deby—. ¿Conociste al señor Rodin durante tus meses en París?

—Esa parece ser la pregunta de la velada —dijo Pearson.

—Vi a Bishop y a Monty en el cabaret —explicó Rodin—. La noche en que Bishop cantó por primera vez la canción que acabáis de tocar.

—Por desgracia, nosotros no te vimos allí —dijo Bishop.

Rodin se giró para mirar a Monty.

—No, pero yo os vi a vosotros.

Pearson enarcó una ceja y los observó.

—Lo recuerdo bien. Fue una noche mágica —dijo Deby—. De alguna forma, cuando pienso en ella ahora, la actuación me parece un sueño.

Deby estaba mirando a Bishop mientras decía esas palabras, pero Bishop miraba a Rodin con ojos entrecerrados.

—Vamos a ver —dijo Bishop, su coraje alimentado por el vino—. Creo que no le hemos dado la importancia necesaria a la coincidencia de que estuvierais en París a la vez que nosotros.

—Llevaba mucho tiempo en París cuando llegasteis vosotros —dijo Rodin—. No podemos llamarlo coincidencia.

—Pero pensaba que así era cómo os habíais conocido —dijo Pearson.

—Dame un pitillo, Pearson —dijo Bishop.

Bishop encendió el cigarro y se giró hacia Rodin.

—¿Quieres decir que estabas en el Café L'Enfer la noche que canté y que después de casualidad apareciste en el lago de mi familia?

—Otra vez lo del lago —dijo Pearson—. Cualquiera diría que estáis obsesionados con el agua.

—Así que, ¿estábamos todos en el L'Enfer la misma noche? —preguntó Deby—. Vaya coincidencia, ¿verdad?

—¡Exacto, Deby! —exclamó Bishop—. Creo que tiene que haber algo más que una mera casualidad.

—¿Quién ha dicho que no lo hubiera? —preguntó Rodin sencillamente.

—Pero serás zorro —dijo Bishop—. Aparecer en mi lago no fue un error, a fin de cuentas, ¿no?

—No —respondió Rodin sin apartar los ojos de Monty.

—Mira —explotó Bishop—. ¿Qué sabes de mis tratos en París? ¿Cómo estáis relacionados?

Rodin lo miró sin comprender.

—¿Tus tratos? No sé a qué te refieres.

—¿Sería ese trato, como lo llamas, el motivo por el que tienes tantas ganas de buscar al Tejedor? —preguntó Monty.

Bishop lo miró un segundo antes de bajar la mirada a la mesa. Apagó el cigarrillo en un plato

—Sí. Bueno, claro, Monty.

—Ya estáis otra vez con ese centenario —suspiró Pearson.

—¿Centenario? —preguntó Rodin—. ¿Qué es ese hombre?

Pearson se encogió de hombros.

—¿Qué es cualquier aristócrata?

Deby hizo un sonido de queja. Pearson se sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió.

—Ciertamente, no creo que pertenezca a la aristocracia, con todas las de la ley —siguió Pearson, poniendo los ojos en blanco—. Pero recibió una gran montaña de ladrillos de lord Leighton: Grannus House. En realidad se cuenta que le vendieron la casa, no se la regalaron. Por una guinea, hace unas décadas, para que la familia no pudiera quitársela una vez falleciera Leighton.

—¿Falleció? —preguntó Rodin.

—Sí, pero eran compañeros —dijo Pearson con una mirada cargada de significado—. Compañeros de vida. Malcolm falleció hace unos años y el Tejedor ya estaba gris como una comadreja para entonces. De dónde viene su fortuna, no sabría decirlo, claro. Pero no le falta de nada.

—¿Y vivieron juntos, en esa Grannus House, toda su vida? —Rodin se inclinó hacia delante mientras hacía preguntas.

—Hasta donde llega la memoria —confirmó Pearson—. Venían a la ciudad con frecuencia, pero nunca había ningún escándalo sobre su vida. He oído a ciertas personas, como broma, referirse a ellos como nuestras propias Ladies de Llangollen.

—Por «ciertas» personas. —Bishop alzó la copa para brindar.

Pearson le dio una profunda calada a su cigarrillo y lanzó el humo hacia Bishop.

—Sí, me gustaría mucho conocer a este hombre, la verdad —dijo Rodin. Miró a Monty—. Quizás nos dejaría visitar esa Grannus House.

Monty se sorprendió al oírlo.

—¿Te interesan las casa señoriales? —preguntó.

—Quizás solo los terrenos y los «lagos» a su alrededor —sugirió Bishop, seco.

—Me gustaría ver la casa donde esos dos compañeros vivieron tanto tiempo. Me gustaría ir contigo.

—¿Conmigo? —preguntó Monty, todavía más sorprendido.

—No sería una decepción. Es un lugar fantástico —dijo Pearson—. Jonas hizo algunos trabajos en la finca, les diseñó un jardín, y el Tejedor nos invitó a una de sus cenas. Le han hecho famoso.

—Hablando de cenas —interrumpió Bishop—. Vamos a pedir algo de comer.

Pearson exhaló una humarada.

—Y más vino.

—Y champán —añadió Rodin con una amplia sonrisa.

Bishop lo miró.

—Ya habéis oído. ¡Champán! Pero me temo, mi querido amigo francés, que quizás no tengan arenques.

—¿Arenques? —dijo Deby—. ¿A estas horas?

Rodin miró a Bishop fijamente.

—Qué ocurrente —dijo—. ¿Lo has sacado de un libro?

Bishop soltó una carcajada.

—Ay, qué maravilla —susurró Pearson—. Este me gusta, Monty. No dejes que se aleje mucho.

—Sí —dijo Rodin, mirando a Monty—. No dejes que me aleje.

Monty no tenía respuesta. Miró a su alrededor, a la mesa en la que se sentaban sus amigos, y se maravilló de lo cambiante que era su estado de humor. Cada vez que entreveía un atisbo de respuesta, la brisa era suficiente para que se salieran por la tangente. Empezaba a importunarle.



—No hay ni rastro del Tejedor —dijo Pearson al rato, su dicción algo suavizada por las muchas copas que habían disfrutado—. Supongo que no lo veréis hoy. No suele salir tan tarde.

—No puede ser tan tarde, ¿no? —contestó Bishop, pero, en realidad, no le estaba prestando toda su atención a lo que decía Pearson. Conforme avanzaba la noche, Bishop y Deby se habían ido acercando más y más, hasta que Deby bien podría estar sentado en el regazo de Bishop. Ni siquiera miraban a nadie más de la mesa, perdidos en su conversación silenciosa.

El mar de sonido que los había rodeado toda la velada se apagó de repente.

—¿Por qué han dejado de tocar? —preguntó Rodin.

—El número especial de la velada empezará pronto —respondió Pearson—. ¿Te acuerdas de que nos han traído jamón y aceitunas y esas cosas?

—¿El jamón y las aceitunas van a salir a cantar? —preguntó Bishop con una risotada.

—¿Por qué no cantamos nosotros antes de que empiece el número? —sugirió Deby—. Hace siglos que no cantamos juntos. Más de tres años, de hecho. Me acuerdo de la última vez; estaba muy nervioso, porque acababas de demostrar que eres una estrella...

—Ya no canto —dijo Bishop brusco.

Deby parpadeó sorprendido.

—¿Cómo puede ser? Era lo que más te gustaba.

—Por favor, no hablemos del tema ahora. Estábamos pasando una velada muy agradable hasta ahora.

Monty sacudió la cabeza. De nuevo, más misterios que acechaban los bordes de la conversación. Empezaba a irritarle y sintió que llegaba al límite de su paciencia.

—Bishop. —Su voz era dura como el acero y toda la mesa lo miró—. Debo saber por qué estamos buscando al Tejedor, exactamente. Al principio pensaba que era solo para aprender sobre las maravillas de nuestro amigo, pero es obvio que hay algo más.

Bishop miró a Deby y a Pearson.

—Monty, quizás deberías tener cuidado con lo que dices.

—Vamos, Deby —dijo Pearson—. Creo que necesito ayuda para encontrar el excusado.

—Pero si está ahí mismo —dijo Deby, perplejo.

—¡Vamos, Deby! —insistió Pearson—. Deja que los muchachos terminen su discusión.

—Ah, sí, disculpad. —Deby se levantó de un salto y siguió a Pearson.

Monty miró a Bishop, meditando sus palabras.

—Monty, no deberías enojarte —dijo Rodin, tocándole el brazo.

Monty rechazó el contacto con un movimiento.

—No, estoy cansado de que me oculten información. ¿De qué va todo esto, Bishop? ¿Y por qué parece todo estar relacionado con París? Un tema que, debo añadir, hace que te comportes de una manera poco habitual en ti a la mínima mención.

—Cualquiera podría pensar que tus recuerdos de París tampoco son agradables —le acusó Bishop.

—Es cierto, La mayor parte no lo son, pero ya se ha terminado y los tiempos han cambiado.

Bishop le dedicó una mirada hiriente. Su voz, cuando habló, sonaba amarga.

—Hay cosas que no han cambiado en absoluto. Hay cosas que podrían continuar para siempre.

—¿Como qué? ¿Qué es lo que no puedes contarme?

Bishop lo miró, sus ojos velados por el misterio.

—El Tejedor me ayudó una vez. Me dio consejo... e instrucciones. Para protegerme. Pensaba que podría volver a protegerme.

—¿Protegerme? ¿De Rodin?

Bishop se rio, entonces, una risa algo mordaz, pero una risa por lo menos.

—Cielos, no, Monty. Nuestro amigo parece del todo inofensivo. Más allá de su físico y su belleza, parece bastante dulce. Debo admitir que al principio me confundió, y que fuera... Bueno, justo ahora... Pero, no, no creo que necesite que me protejan de él.

—Entonces, ¿de qué?

—Olvidémonos del Tejedor. Por favor, Monty. Lo siento, de verdad que sí. Te he causado mucho dolor y molestia, ahora lo veo, pero confía en mí cuando te digo que hay cosas que simplemente no puedo compartir.

Bishop lo miró entonces y, en sus ojos, Monty vio un dolor profundo del que nunca se había percatado, un pozo de algo irreconocible e insostenible. Deseó saber qué hacer para ayudar a su amigo.

—Bueno, si insistes...

—Insisto.

Rodin le puso la mano en el brazo a Monty y le hizo una caricia. Esta vez, Monty no lo apartó, sino que agradeció el contacto, dejó que le tranquilizara. Miró a Rodin. En esos ojos vio una ternura que lo emocionó. Vio consuelo y, podría llegar a pensar, afecto.

Rodin tomó la mano de Monty y se la llevó a la boca para besarle los dedos. En una noche de confusión y rabia, le pareció lo único correcto. ¿Por qué se había resistido a ese sentimiento

desde que había aparecido? Monty había temido que lo arrastrara como la corriente marina si cedía, pero ahora lo notaba como un ancla, lo único sólido que lo mantenía en el puerto.

Sonrió y Rodin le devolvió la sonrisa.

—¿Nos hemos perdido el espectáculo? —dijo Deby al volver, mirando al escenario.

—¿Cuál de todos? —preguntó Pearson.

—¿Sabes, Pearson? Si no estuvieras tan borracho, te daría un buen cachete en la boca —dijo Bishop, burlón.

—Me he sentido más amenazado en una sombrerería, querido Bishop.

El sonido de las guitarras desde el escenario, más de una en armonía, empezó a llenar la sala. Le siguió un trío de voces, hermosas y serias.

Rodin ahogó un grito.

—*Un cante jondo*. Me encanta.

Se giró en su asiento para mirar al escenario y Monty, inspirado por su entusiasmo, hizo lo propio. Los tres hombres del escenario cantaban una melodía evocadora en español, dos acompañando con la guitarra mientras otro añadía toques puntuales con el acordeón.

—Gitanos españoles —explicó Pearson mientras todo el grupo observaba el escenario—. La señora Frye es muy católica en sus gustos.

—Pensaba que la señora Frye era judía —dijo Deby.

Pearson le dedicó una mirada inexpresiva.

—Ay, Bishop. Agárralo rápido, antes de que se derrita bajo el sol.

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó Rodin.

—Lo es —confirmó Monty.

La canción lenta comenzó a acelerarse al par de minutos y el acordeonista se involucró más. Se escuchó el sonido de una pandereta fuera del escenario y de repente aparecieron dos mujeres. Ambas vestían vestidos con vívidos estampados y pañuelos en la cabeza. La que estaba delante, sin pandereta, desplegó a su espalda un gran pañuelo transparente que le llegaba casi hasta los tobillos. Mientras la otra mujer marcaba el ritmo con la pandereta y los hombres empezaban a tocar con cierto ritmo y compás, la mujer del pañuelo en alto empezó a bailar y a dar vueltas, moviendo las caderas al son de los golpes de la pandereta, con las grandes y amplias mangas ondulando a su vez como una capa.

Rodin se levantó y empezó a dar palmas al ritmo de la canción y mover las caderas a su vez. Le tomó la mano a Monty y lo levantó de su asiento.

—Muévete conmigo —insistió—. No puedes quedarte sentado cuando hay flamenco.

Monty, quizás un poco contento de más por el alcohol, se unió a él, riéndose con alegría. No estaba a la altura de los movimientos de Rodin, pero dio palmas y se balanceó mientras el grupo tocaba.

—Es más bien así —dijo Rodin, cogiéndolo de las caderas y moviéndolo de un lado a otro. Monty se sonrojó, embobado, pero dejó que los sentimientos tomaran las riendas, emocionado al notar las manos de Rodin en su cuerpo.

—El tal Rodin parece un tónico para la salud —comentó Pearson, exhalando humo.

—O, más bien, agua tónica —añadió Bishop.

—¿Sabes que mi tío juraba y perjuraba que el agua tónica tenía propiedades curativas? —dijo Deby—. Me dijo que los soldados la bebían cuando estaban en el desierto. Estuvo en el ejército, claro, y durante años siguió bebiéndola. La mezclaba con un poco de ginebra.

—¿Y vivió para siempre, feliz y comiendo perdiz? —dijo Pearson.

—La verdad es que no. Murió de malaria en un safari con uno de sus amigos del ejército, pero creo que casi cazan una leona impresionante.

Bishop se rio.

—Ay, Deby, eres una joya. —Se inclinó hacia su amigo—. Pearson, danos un pitillo, cielo.

—Es el último que tengo —replicó Pearson—. Te has fumado los demás, canalla.

—Solo quiero lo mejor para ti, cielo. Es una costumbre terrible, la de fumar.

Por todo el club, el público iba uniéndose a las palmas y Monty empezó a mecerse todavía más con la música. Movié el cuello en círculos y aprovechó para mirar a su alrededor, apreciando la embriagadora escena. Algo le llamó la atención en la cavernosa estancia y dejó de bailar de golpe. Había sido como un chorro de agua fría.

Rodin se dio cuenta y se inclinó hacia él.

—¿Qué ocurre?

Monty se quedó en silencio un momento, intentando seguir la pista a lo que creía haber visto mientras se movía entre las sombras del club. Rodin miró hacia el mismo lugar.

—¿A quién has visto? —preguntó.

Monty negó con la cabeza, parpadeando.

—A nadie. Creo. Me temo que he bebido demasiado. Me ha subido a la cabeza.

Se dijo a sí mismo que no podía ser. ¿Cómo? ¿Por qué iba a estar Friedrich allí? ¿En ese lugar, esa misma noche? Era una posibilidad demasiado remota para ser real.

Rodin tomó a Monty de la cadera y lo besó profundamente.

—¿Ayuda a despejar la cabeza?

Monty se sentía como si fuera a desmayarse de un momento a otro.

—La verdad es que no, no. Pero al menos el mareo se ha hecho más agradable.

Volvieron a sus asientos justo cuando llegaba otra jarra de vino.

—Para mí no, gracias —dijo Monty.

Pearson, Deby y Bishop no tuvieron reparo en volver a llenarse las copas.

Bishop dio un trago de vino y una calada del cigarrillo. Estudió a Rodin un largo momento, que miraba a Monty para asegurarse de que se encontraba mejor.

De nuevo, algo llamó la atención de Monty, esta vez por detrás de Pearson. Era la misma forma que había visto antes, solo que ahora no se trataba de meras sombras y rayos de luz sobre sus rasgos. Ahora veía con claridad que era Friedrich, acechando por las paredes del club. Miraba en su dirección y Monty hizo que sus miradas se encontraran.

Monty dejó de oír todo el sonido de la sala mientras observaba a la nefaria figura deslizarse por la estancia.

Tenía que ser él, no cabía duda posible. Aunque habían pasado años desde que lo había visto por última vez, se acordaba de esos ojos crueles, ese rostro frío. Friedrich lo estaba mirando con un gesto de desdén en los labios. No, pensó Monty. Otra vez no. No sabía cómo los había encontrado de nuevo el hombre, pero no iba a dejar que les arruinara la noche ni que volviera a meter a su amigo Bishop en aquella maraña de ansiedad que lo había envuelto en Francia.

—Es un asunto escabroso —estaba diciéndole Bishop a Pearson—. Monty, ¿no estás de acuerdo? La amistad de mi tía con ese estadounidense... Es muy extraño, ¿no?

Monty siguió mirando a Friedrich, que le gruñó antes de darse la vuelta para marcharse.

—Hola, ¿Monty? —Bishop chasqueó los dedos para llamar su atención—. ¿Estás con nosotros?

—Ah, sí —dijo Monty, todavía distraído—. Muy extraño. —Se levanto—. Enseguida vuelvo.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó Bishop.

—Voy a traerle pitillos a Pearson. Creo recordar que los venden en el bar.

Empezó a alejarse, pero notó a alguien agarrarle de la mano. Era Rodin.

—¿Todo bien?

—No te preocupes, estoy bien. —Rodin no parecía muy convencido—. No tienes de qué preocuparte. Será solo un momento.

Monty salió en la misma dirección en la que había visto a Friedrich marcharse. Intentó no moverse demasiado rápido para no llamar la atención y despertar sospechas, pero una parte de él quería correr, perseguir a ese hombre horrible y atacarlo.

Pero mientras recorría el camino que debió haber tomado Friedrich, no lo encontró. Se deslizó entre la gente del club y avanzó a lo largo de la pared del fondo, pero finalmente llegó a un final, un trozo de pared en blanco sin salida. Entonces miró a su alrededor, tratando de ver si podía ubicarlo. No vio rastro de él, pero pensó que podría intentarlo en el otro lado del club, donde lo había visto a lo lejos detrás de los gitanos del escenario. Monty se movió rápidamente, siguiendo la línea de la barra, y luego corrió hacia la pared que se alzaba tras el escenario. Recorrió la pared mientras lanzaba miradas a las mesas del público, buscando la figura descomunal que había visto.

No sirvió de nada. Se negaba a aceptar que todo estuviera en su cabeza; sabía lo que había visto. Pero si no iba a conseguir su confrontación, debía volver con sus amigos. Los planes de Bishop de encontrar al Tejedor eran irrelevantes, Monty lo convencería de marcharse. La noche ya había durado lo suficiente.

Para su sorpresa, al volver a la mesa se encontró solo a Pearson.

—Ah, Monty —dijo, en un obvio estado de embriaguez—. ¿Dónde estabas? Veo que se te han olvidado los pitillos.

—¿Y los demás?

—Por ahí detrás, creo.

—¿En las salas privadas? —preguntó Monty estupefacto—. ¿Para qué narices...?

—Creo que han ido con ese tal Freddy.

—¿Freddy? ¿Te refieres al tío Freddy?

A Monty se le aceleró el pulso cuando la angustia tomó el control de su cuerpo.

—Sí. Un caballero al que Bishop se refirió como Freddy se acercó a la mesa justo cuando te fuiste. Debo decir que se trataba de un hombre muy maleducado. —Le dio hipo—. Ay, disculpa. Sea como fuera, Bishop no parecía muy contento de verlo y tu amigo francés tampoco. Fue como si se erizara al ver al tal Freddy y las miradas que cruzaron fueron de odio profundo. Pero entonces Freddy pidió hablar con Bishop en privado. Rodin le dijo que no fuera, pero Bishop le aseguró que no pasaba nada. Y se fue.

—¿Con Freddy? ¿A las salas privadas?

—Sí, exacto. Pero tu amigo los siguió como una bala en cuanto desaparecieron tras la cortina. Ah, y antes de irse me dijo «Dile a Monty que me aseguraré de que Bishop no sufre daño alguno», lo que me dejó algo perplejo, porque no son más que las salas privadas y el daño que se inflige allí suele ser consentido. Bueno, claro, a nuestro querido Deby no le gustó un ápice cómo

sonaba aquello, así que él también se levantó y salió corriendo tras Rodin. Y, de repente, estaba aquí solo y pensé que debería quedarme a esperarte.

Monty empezó a moverse.

—¿Tú también te marchas? —dijo Pearson.

—Debo hacerlo. Ese Freddy no tiene buenas intenciones. Tengo que asegurarme de que Bishop y Rodin están a salvo.

—Cielos, no puede ser tan grave como suena, ¿no? —Pearson se levantó—. ¿Necesitas mi ayuda?

—No estoy seguro de qué habrá que hacer, pero es posible que puedas ayudar. Por favor, busca a la señora Frye e infórmale de que hay asuntos turbios en las salas privadas.

—Ay, Monty, creo que ya lo sabe.

—No, asuntos fuera de lo normal. Algo que podría ser peligroso.

—Santo cielo —dijo Pearson, que pareció recobrar la sobriedad de golpe—. Sí, de acuerdo. Voy a buscarla. Ten cuidado, Monty.

Monty se volvió a girar.

—Estoy impresionado por tu fervor, ¿sabes? Estás hecho todo un héroe, Monty, y te sienta bien. Espero que tú y este Rodin sigáis adelante. Para ser alguien a quien quizás hayas conocido o no en París y que luego haya sido descubierto o no en un lago de alguna manera, lo cierto es que hacéis una buena pareja.

Monty asintió agradecido y se alejó a la carrera.

CAPÍTULO DIEZ

Se podría decir que las salas privadas tenían una decoración majestuosa si alguien quisiera hacer algún cumplido, aunque el último miembro de la realeza que se había dejado llevar por un lujo tan excesivo había sido probablemente el príncipe regente. En lujosos sofás y tumbonas que cubrían el espacio, los hombres se acomodaban, abrumados por una gran cantidad de impulsos. Atravesar la cortina requería demasiada bebida, demasiado opio, demasiado conocimiento carnal. Comparado con lo que había más al fondo, en el área conocida como las Cavernas, esas habitaciones no eran nada fuera de lo común, pero la atmósfera era obvia de todos modos. Cuerpos masculinos, de todas las formas y tipos, en diversas etapas de desnudez, tumbados. Algunos se entrelazaban con otros cuerpos, otros merodeaban por los perímetros del espacio.

Aunque las salas privadas ofrecían un pequeño mundo de delicias, también se sabía que alojaban a ladrones y embaucadores, lo que no hizo más que alimentar la ansiedad de Monty. Hombres cuya intención era robarte o conseguir las suficientes pruebas incriminatorias para seguir robándote en secreto una vez fuera. Chantaje, lo llamaban, cuando alguien tenía las agallas de usar la palabra, y nadie las tenía. Monty nunca había sido de los que se adentraban tras las cortinas e investigaban esos lugares clandestinos, pero sabía que Bishop los había frecuentado a menudo desde que se abriera el Brunswick. Bishop venía para evadirse, para perderse en el deseo carnal y aniquilar mentalmente su conexión con el mundo real. Olvidar las críticas de la sociedad, olvidar su posición y sus obligaciones, no ser, al menos durante un instante, el hombre que el mundo lo forzaba a ser. Monty solo esperaba que, al haber seguido a Friedrich, Bishop no hubiera acabado aniquilado del todo.

Un jovencito angelical pasó a su lado, sin ropa alguna pero con una bandeja de bebidas. Monty supuso que era uno de los trabajadores del club y, a juzgar por las zonas enrojecidas que le

cubrían no solo las mejillas, sino también las nalgas, supuso que sabría lo que ocurría en esas salas. Monty lo paró con una mano.

—¿Cómo puedo servirle, señor? —preguntó el joven, parpadeando para mover sus gruesas pestañas.

—No se trata de eso, muchacho —dijo Monty con amabilidad—. Estoy buscando a unos amigos.

Monty describió al trío que acababa de marcharse.

—Estoy seguro de que me habría fijado en un grupo con esa descripción, señor, pero no los he visto. Con total seguridad, no están aquí arriba, al menos. —Le dedicó una sonrisa coqueta—. Quizás podría buscar en las Cavernas; parece ser más de su estilo.

Monty intentó calmarse los nervios y se dirigió a la entrada de las Cavernas. Se encontró en un largo pasillo, más oscuro y menos delicado, pues la estructura formal de lo que por ley se consideraba el club terminaba en las salas privadas. Era la entrada a un laberinto de madrigueras excavadas en la roca y que, según se decía, pertenecían a la ciudad primigenia, antes incluso de la civilización. Las paredes de piedra eran lisas o rugosas a intervalos, con bloques y trozos que sobresalían en algunos lugares. A Monty le recordaban a altares druidas y rituales paganos y, aunque el pensamiento podría haber sido emocionante y misterioso en cualquier otro momento, ahora resultaba de mal agüero. La luz eléctrica de las salas privadas se terminaba allí, en parte por mantener la discreción y en parte por ser prácticos, y el pasillo estaba iluminado al principio por lámparas de gas que más adelante pasaban a ser antorchas con las llamas al aire.

Los ruidos también resonaban contra las paredes de esa zona que recordaba a una mazmorra. Primitivos e inquietantes, al menos para alguien con la sensibilidad de Monty. Los suspiros y gemidos suaves de las salas privadas se habían convertido en súplicas, gritos de mando y de pasión, así como el ocasional chasquido de un látigo, junto con sonidos graves, parecidos a los de los animales. Los hombres, oscurecidos por las sombras, se apoyaban contra las irregulares paredes de piedra, y sus miradas hambrientas se fijaban en cualquiera que pasara, buscando invitaciones para dar o recibir. Otros todavía estaban acurrucados, jadeando en grandes grupos, acariciando sus erecciones mientras observaban lo que sucedía a su alrededor; grupos en toda clase de coito; individuos acariciando o exhibiendo para el disfrute de los demás, dándoles un espectáculo.

Monty siempre sentía cierto rechazo a ese tipo de libertinaje, pues prefería la intimidad de un solo compañero. Pero, en ese momento, estaba demasiado preocupado siquiera para pensar en las actividades que se daban a su alrededor. De repente, unas manos fuertes lo agarraron y lo

llevaron a un lado, lo sacaron del camino que seguía, y se encontró recuperando el equilibrio contra el cuerpo sólido de un hombre enorme. El canalla debía medir al menos dos metros y estaba desnudo de cintura para arriba, su enorme pecho expuesto y brillante por el sudor. Por un momento, el pánico lo abrumó, pues pensó que era Friedrich el que lo acosaba, decidido a poner fin a su investigación.

Monty levantó las manos para enderezarse y tocó el pecho hirsuto bajo sus dedos. Miró al rostro rudo; el hombre tenía el pelo oscuro pero los ojos azules que brillaban con la luz de gas. Se sintió aliviado al ver que no se trataba de Friedrich. El desconocido le puso la mano bajo la barbilla para hacerlo mirar hacia arriba y besarlo. Monty lo apartó.

—No hace falta que se haga el tímido, sé lo que quiere —le susurró el hombre, excitado.

—Me temo que no. Estoy buscando a un amigo.

El hombre soltó una risilla, grave y ronca.

—Como todos, chaval. Como todos.

Monty se apartó para proseguir su camino; el hombre lo agarró del brazo.

—Si no encuentra al amigo que busca en particular, acuérdesse de mí. Podría ser su amigo, también.

Monty se soltó de un tirón y se alejó. Más al fondo, donde terminaba el pasillo, se encontró con un gran haz de luz que surgía de la oscuridad. Parecía tratarse de una especie de sala más grande y Monty apretó el paso para llegar hasta allí.

Llegó al final del pasillo de piedra y se encontró de golpe en un espacio más abierto de donde surgía una luz tan brillante que tuvo que protegerse los ojos con el brazo. Al entrar en la sala, notó el aire pesado, como si estuviera atravesando una especie de barrera. Como la sensación de romper la superficie al caer al agua. Estaba en una cueva grande y de techo iluminada por antorchas que hacían las veces de lámparas fijadas en la roca. Había muchas, pero no las suficientes para justificar el calor que hacía, especialmente tan abajo en una caverna de piedra. El aire parecía refulgir por el calor, como el espejismo que se formaba en el desierto sobre la arena.

Monty se encontraba en una gran multitud de hombres que miraban en la misma dirección en la caverna. El gentío se encontraba en varios estados de desnudez, algunos solo con el torso descubierto, otros en ropa interior, el resto como Dios los trajo al mundo. La piel de todos brillaba por el sudor y parecían respirar al unísono, sus pechos subiendo y bajando, sus estómagos hinchándose a la vez. Algunos tenían la boca abierta, mientras que otros apretaban los labios, pero todos mostraban la misma mirada vidriosa, fija en algún punto, algo elevado, como si estuvieran embelesados, hipnotizados. Los que tenían la boca cerrada tarareaban sin abrirla,

aquellos que la tenían ya abierta parecían gemir; en conjunto, sonaban como el rugido de un motor de vapor, causando una sensación que imitaba el ondular del aire a su alrededor. A Monty le resultó una visión extraña e inquietante, como si se hubieran convertido en criaturas descerebradas, cautivas de algún tipo de sortilegio.

Allí, la luz era tan diferente como el aire y estaba claro que no se trataba de algo normal. Parpadeaba y se movía, chocando contra las paredes y creando una bruma, como la neblina espumosa de las olas al romper. El calor y la luz palpitaban, como un corazón, una fuerza en movimiento que no se veía, pero se sentía. Las cavernas tenían fama, entre aquellos que sabían de su existencia, por ser una parte del club hedonista, secreta, quizás incluso depravada, que no seguía las normas del resto del lugar.

Sin embargo, esto no era normal. Monty sentía una presencia maligna, como una oscuridad tangible que se deslizaba entre los cuerpos de los hombres allí reunidos.

El calor lo envolvió mientras intentaba abrirse camino entre el gentío y empezó a costarle respirar. Su respiración dificultosa se convirtió en un retumbar en su pecho que lo empujaba a unirse a la multitud murmurante de su alrededor. Sin embargo, una fuerza en su interior rechazaba esa orden; cerró los ojos y pudo, sin saber bien cómo, ignorar esa necesidad. Acabó pensando en Rodin y concentró su mente en la imagen cálida y brillante del hombre. Se sentía como si estuviera absorbiendo el brillo dorado de la piel de Rodin y ese brillo lo cubriera, ayudándolo a serenarse y centrarse para disipar el abotargamiento.

Al abrir los ojos, se encontró más cerca de la primera fila y pudo ver con más claridad. Siguió las miradas catatónicas de aquellos que lo rodeaban y vio ante ellos lo que parecía ser un altar.

Monty ahogó un grito. Lo que vio le puso los pelos de punta.

Friedrich estaba allí, desnudo de cintura para arriba, con el pecho, los hombros y los brazos hinchados de músculos que casi triplicaban el tamaño normal. Parecía más alto, más grande y más ancho de lo que Monty lo había visto nunca. Los pantalones se le tensaban sobre los músculos de sus extremidades inferiores e iba descalzo al habersele salido los pies de los zapatos y los calcetines. Tenía el cuerpo cubierto de una especie de pelo cuya textura parecía estar entre la del pelaje de un lobo y la piel brillante y rugosa de un león marino, y le iba saliendo más por el cuerpo, cubriéndole la piel, mientras Monty lo miraba. La cabeza se le había alargado, como el hocico de una hiena o un chacal, e incluso a los lados, las orejas se le volvían largas y puntiagudas hacia arriba como cuernecillos.

Un hombre desnudo yacía unos metros delante de él, tirado en el suelo, con una herida en el cuello. La herida parecía reciente, pero era irregular, un desgarró, como si lo hubiera mordido un

animal grande. En la mano, el hombre todavía sostenía un fino fragmento de piedra, afilado, casi como una pequeña espada o una daga, con el extremo manchado de sangre fresca. Monty se quedó mirando, tratando de discernir si el hombre estaba vivo o muerto, hasta que lo vio tosiendo, con una pequeña salpicadura de sangre bailando en sus labios. El hombre se giró con un gemido y Monty vio su rostro.

—¡Dios! —exclamó.

El hombre que se debatía entre la vida y la muerte, con la garganta abierta, era Deby. Monty echó a correr. Intentó levantarle la cabeza a Deby, con unos golpecitos en las mejillas, pero el hombre no reaccionó. Tenía los ojos en blanco y respiraba con un sonido como húmedo. Empezó a salirle más sangre de la herida del cuello y Monty, aterrado y sin saber qué hacer, lo volvió a dejar en el suelo.

Volvió a mirar al monstruoso Friedrich y solo entonces se dio cuenta de que el hombre al que Friedrich sujetaba, colgando lánguido de un brazo, era Bishop. Monty sintió un dolor punzante en el pecho. Bishop dejó caer la cabeza hacia a un lado y parecía inconsciente aunque tuviera los ojos abiertos. Estaban vidriosos y en blanco, como sin vida. Al igual que los hombres que estaban allí observando el espectáculo, lo habían embelesado de alguna forma, aunque hasta un estado más profundo, y su cuerpo colgaba inerte. Tenía la camisa abierta, rasgada, con lo que se apreciaba la piel de su torso, que brillaba pálida bajo la luz de las antorchas.

Monty echó a correr enfurecido.

—¡Malnacido! —gritó.

—¡ALTO!

La voz de Friedrich hizo estremecer la cueva como un rayo. Se giró para mirar a Monty y sus ojos eran como llamaradas. Su rostro apenas parecía humano; su forma cambiaba y se modificaba, al mismo tiempo animal y solo un poco como la de un hombre.

—¡No dé un paso más! —ordenó. Su voz era como un coro de voces hablando a la vez.

Monty dio unos pasos más, sin prestarle atención, pero Friedrich levantó una mano y Monty se chocó contra una fuerza invisible que le hizo tropezar y casi caerse hacia atrás.

—¡Libere a mi amigo! —exclamó.

Friedrich movió la mano, como quitándole importancia, y de nuevo una fuerza invisible golpeó a Monty, esta vez tirándolo al suelo.

—Esto —bramó Friedrich— no es asunto suyo, muchacho. Siempre ha sido demasiado entrometido y pronto me habré deshecho de usted.

—¿Qué hace? —dijo Monty, exigiendo respuestas—. ¿Qué es todo esto?

—Algo que no entendería, humano —respondió Friedrich.

¿Humano? La palabra retumbó en la mente de Monty.

—¡Tiene toda la razón! —gritó—. No entiendo qué diablos es esta locura. ¡Suelte a mi amigo de inmediato!

Friedrich empezó a reírse, un sonido que parecía de roca molida, una risa de muchas voces, humana, animal, un conjunto de sonidos todos a la vez, como si dentro de él residiera más de una criatura.

Levantó la mano con la que había apartado a Monty. Esta empezó a cambiar, modificar su forma, la piel oscureciéndose, la superficie rugosa y llena de arrugas como el pellejo de un animal desollado. Sus uñas crecieron hasta convertirse en unas garras peligrosas, puntiagudas y afiladas como cuchillas. El cerebro de Monty volvió atrás, a la transformación de Rodin de hacía unas horas, pero esto era mucho más horripilante. Se le revolvió el estómago.

Friedrich recorrió con una garra desde la oreja de Bishop hasta su pecho, la piel suave y sin pelo de su amigo emitiendo un brillo dorado. La garra no perforó la piel, pero parecía estar peligrosamente cerca de hacerlo.

—¡No! —gritó Monty, saltando e intentando atacar—. ¿Qué le da derecho a hacer algo así?

—Este chiquillo, este humano, este amigo suyo —dijo Friedrich con voz ronca y crepitante— tiene una deuda conmigo. ¡Que debería estar pagada desde hace mucho!

Volvió a pasar la larga uña por el pecho de Bishop hasta pararse en su garganta.

—¡Una deuda de sangre! —bramó.

Hizo un movimiento rápido con la mano y apareció una larga línea escarlata en el cuello de Bishop.

—¡Monstruo! —gritó Monty—. ¿Qué hace?

—¡Silencio! —exigió Friedrich con la mano en alto de nuevo. Cerró el puño con fuerza.

Monty tragó saliva y de repente empezó a sentir como si se ahogara. Se agarró el cuello y notó que el aire no pasaba.

—¡No abra la boca, humano! —exclamó Friedrich—. O la suya será la siguiente garganta que desgarre.

Abrió el puño, separando los dedos, y Monty echó la cabeza atrás, cogiendo aire. Notó cómo entraba de nuevo en su garganta y se atragantó. El aire y el calor lo rodearon como antes y se sintió abrumado. No fue capaz de resistirse en ese momento y su cuerpo cedió. Cayó de rodillas, tosiendo y escupiendo, y sacudió la cabeza intentando despejar esa sensación turbida; sentía la mente turbia, le faltaba claridad.

Levantó la mirada desde el suelo y vio cómo Friedrich se pasaba a Bishop de un brazo al otro. La cabeza de Bishop se giró, con lo que ahora miraba directamente hacia Monty, sus ojos vacíos, su boca congelada en un gemido. Monty vio a su amigo allí, lánguido como un cadáver, con un reguero de sangre de la herida del cuello cayéndole por el hombro y manchándole la camisa que colgaba de allí.

A Monty se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentía inútil, atrapado.

En ese momento, Friedrich levantó la otra mano, también transformada, y su garra centelleó bajo la luz. Echó la cabeza hacia atrás; su boca era como la mandíbula de un lobo o un oso, amplia y llena de dientes como cuchillos. Bramó con los ojos fijos en el cuerpo de Bishop.

—No, por favor —dijo Monty, pero su voz no fue más que un triste susurro agotado

Cerró los ojos para protegerse del horror, intentando reunir fuerzas para contrarrestar el peso maligno que se cernía sobre su cuerpo y su mente. De nuevo, volvió a pensar en la imagen de Rodin, brillante, fuerte, lleno de luz. Esa imagen creció más y más en su mente, volviéndose más amplia hasta que se hizo con todos sus sentidos. Se sintió inundado por la luz y el poder de su imaginación hasta que, incluso con los ojos cerrados, vio una poderosa ola de luz dorada cubriendo todo lo demás. Escuchó un fuerte chasquido, un golpe como un trueno, y entonces todo se puso negro.

Abrió los ojos, afligido.

—Rodin —susurró—. Rodin, por favor.

Se encogió cuando Friedrich rugió de nuevo, incluso más fuerte que antes, moviendo la cabeza como si fuera a atacar. Monty intentó ponerse de pie, inestable y débil. Tropezó y volvió a caer. De repente, se escuchó un fuerte sonido, como el de una jauría de perros salvajes aullando al mismo tiempo. Un rayo de luz recorrió la atmósfera de la sala, como el reverberar de una escopeta. Vio un movimiento borroso; un cuerpo saltó entre la multitud y cayó sobre la espalda de Friedrich.

Friedrich rugió y echó hacia atrás el brazo tratando de quitarse aquel cuerpo de encima, pero fue en vano. Monty vio que el hombre que había saltado era Rodin. A él también lo habían desnudado hasta la cintura y las heridas también marcaban su cuerpo. Largas líneas cortadas, suponía Monty, por un par de garras, pero que, afortunadamente, parecían estar curándose. En su cadera se enrollaba una cadena que se había atado como un cinturón en la parte delantera. En sus tobillos había cadenas más cortas que claramente se habían roto para liberarlo de algún tipo de atadura. Una imagen apareció en la mente de Monty. Las cadenas que colgaban de la cintura de Rodin eran del mismo metal verde cobrizo que el brazalete que Friedrich siempre llevaba en

París. Ese brazalete que parecía una pequeña cadena de eslabones con el símbolo alquímico con un punto circular en el centro.

Rodin rodeó el cuello hinchado de Friedrich con los brazos, tirando hacia atrás para torcerle la cabeza. Friedrich, ya convertido del todo en una criatura enorme, como un diabólico lobo o perro negro, de pie sobre las piernas traseras, gruñó con rabia. El sonido hizo temblar la sala y Monty hizo una mueca, esperando que en cualquier momento empezaran a caer piedras del techo. Friedrich echó su mano libre hacia atrás, por encima del hombro, sus garras abriéndose y rasgando el aire. Agitó el brazo y por fin sus garras encontraron su objetivo, desgarrando la piel expuesta de la espalda de Rodin.

Rodin gritó de dolor y Monty gritó a su vez, su corazón arrasado por la preocupación. A pesar de sus heridas, Rodin no cedió. Rodeó con un brazo la garganta de la bestia, afianzando su posición, y le dio un puñetazo en el hombro a Friedrich con todas sus fuerzas. Friedrich gritó de rabia y dolor y dejó caer a Bishop contra el suelo de piedra. Rodin volvió a golpearlo y Friedrich cayó hacia atrás, intentando chocar contra las paredes irregulares para quitarse a Rodin de encima.

Monty aprovechó la oportunidad y corrió hacia su amigo caído.

—Bishop, Bishop —exclamó—. ¿Me oyes?

Bishop no respondió, así que Monty le pasó los brazos por las axilas e intentó arrastrarlo todo lo lejos que pudo de los dos que peleaban.

Corrió de espaldas con todas sus fuerzas, intentando poner tanta distancia como le fue posible entre su amigo y el combate. El movimiento llamó la atención de Friedrich, incluso mientras luchaba, que aulló con rabia. Con una muestra de furia extraordinaria, se hinchó de poder. Echó un brazo hacia atrás y consiguió agarrar a Rodin por la garganta y lanzarlo contra la pared, como si no fuera más que un cachorrillo. Rodin chocó contra la superficie rocosa con un gruñido de dolor y cayó al suelo. Friedrich miró a Monty y echó a correr hacia él. Para ser una criatura tan grande y descomunal, se movía con una velocidad increíble y Monty sabía que no podía hacer nada para evitar su arremetida.

—¡Deme lo que me pertenece! —bramó Friedrich en esa voz deformada que sonaba como la cacofonía de miles de almas en pena siendo destrazadas.

Monty se oyó gritar mientras la bestia corría hacia él, pero entonces otro sonido aún más fuerte que su propio alarido se apoderó del aire. Era Rodin, recuperado y persiguiendo a Friedrich. Aflojó la cadena que tenía enrollada alrededor de la cintura; esta empezó a brillar bajo sus dedos. El brillo se extendió sobre el propio Rodin, que refulgía con una luz de otro mundo, tal y como

Monty se lo había imaginado con los ojos cerrados. Con un aullido, Rodin saltó por los aires y aterrizó una vez más sobre la espalda de Friedrich. Esta vez, sin embargo, envolvió la brillante cadena alrededor de ese gran cuello peludo y detuvo en seco a la criatura. Rodin volvió a aullar, un feroz ladrido de ira, y apretó la cadena, flexionando los músculos al máximo. La cadena empezó a brillar más que antes, disparando rayos de luz como las llamas de un incendio forestal, y comenzó a quemar la carne de Friedrich. Con otro tirón, lleno de toda la fuerza que tenía dentro de su cuerpo, Rodin giró la brillante cadena. Se escuchó un fuerte crujido, como el sonido del agua caliente rompiendo un vaso frío, pero mucho más fuerte.

El sonido que salía de la garganta de Friedrich se apagó y el ser dio unos pasos inestables hacia delante. La cadena que ahora le rodeaba el cuello brilló, ardiente y azul, y Rodin la soltó y se bajó de la espalda de la criatura. De repente, el cuerpo de Friedrich era una masa de extremidades que había perdido el control de sí mismo; se cayó, con el hocico por delante, y golpeó el suelo.

La cadena brilló todavía más deslumbrante y empezó a arder con llamas que envolvieron el cuerpo de Friedrich. Su cuerpo ardía en una llamarada que lo cubrió todo y, en un segundo, había desaparecido por completo. No quedaba ni ceniza, solo un charquito poco profundo de un líquido azul plata, aceitoso y reflectante, que temblaba levemente en el espacio donde la criatura había caído.

La temperatura de la sala bajó de inmediato y los hombres de ojos vidriosos que seguían allí, canturreando todo el tiempo, volvieron en sí. Al quedarse en silencio la habitación de repente, todos miraron a su alrededor, parpadeando, ofuscados.

Monty escuchó un jadeo y miró hacia abajo, donde encontró a su amigo parpadeando al recobrar la consciencia.

—Bishop, Bishop, ¿estás bien?

—¿Monty? ¿Qué ha pasado, Monty?

Bishop intentó enderezarse, pero soltó un gemido de dolor; se llevó la mano a la herida del cuello.

—No, espera —dijo Monty—. Date tiempo.

—Dios mío, Monty. ¡Deby!

Los dos miraron hacia Rodin, sangrando y magullado, que cargaba con el cuerpo desnudo de Deby. Dejó al hombre junto al charquito de líquido que el cuerpo de Friedrich había dejado tras de sí. Rodin metió las manos en el charco y cubrió a Deby con el líquido. Monty estaba confuso y asqueado, pero no se atrevía a gritar; sin tener claro cómo, sentía que Rodin sabía lo que hacía. Rodin dejó que el líquido cayera sobre la herida irregular que Deby tenía en el cuello y se lo

restregó por la piel, tocando todas las zonas que parecían heridas. El empalagoso líquido del color de un pez de plata se absorbió de inmediato y tanto Monty como Bishop ahogaron un grito al ver la herida cerrarse y curarse como por arte de magia. Rodin entonces volvió a meter las manos en la untuosa sustancia y se las cubrió enteras para volver a embadurnar todo el cuerpo de Deby, el líquido refulgiendo bajo su piel. Entonces, se sentó en cuclillas y esperó.

Se oyó el sonido de una larga y profunda bocanada de aire y Deby echó la cabeza hacia atrás y empezó a respirar. Giró la cabeza, tosiendo varias veces, hasta que hubo expulsado toda la sangre. Entonces, se sentó, limpiándose la boca con el brazo, confuso.

—¿Qué...? ¿Dó-dónde estoy? —tartamudeó Deby.

—Ya ha pasado todo —le aseguró Rodin. Miró a su alrededor antes de exclamar—: ¿Alguien tiene agua?

Uno de los hombres que habían estado hipnotizados corrió hacia ellos con una botella de vino.

—Tendremos que apañármolas con esto —dijo Rodin. Le puso la botella en la mano a Deby—. Bebe. Tienes que repararte la garganta.

Deby asintió y pegó un tragó. Hizo una mueca de dolor, pero se recuperó y siguió bebiéndose el vino. Mientras tanto, Rodin se acercó de nuevo al charco y metió las manos. Empezó a caminar hacia donde estaban Monty y Bishop, todavía agachados en el suelo.

Bishop empezó a hacer fuerza con los pies contra el suelo de piedra, empujando a Monty también.

—¡No, no! —exclamó—. No estoy tan herido. ¡Sé que eso viene de él! ¡No quiero nada de ese hombre, de esa criatura, cerca de mí nunca más!

Monty le acarició el cabello e intentó sujetarlo.

—Bishop, tienes que hacerlo. Puede que sea la única forma de curar una herida así.

Rodin se acercó y Bishop se retorció y se revolvió, pero cuando Rodin se arrodilló a su lado e hizo que el líquido le cayera por la piel, dejó de moverse. Rodin dibujó una línea con el líquido sobre los cortes de su pecho y luego hasta su cuello. Las heridas y la piel se curaron en segundos y Monty sintió cómo Bishop se relajaba, por fin, en sus brazos.

Tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, y Monty supo que debería estar agotado hasta lo indecible. Por la noche que habían pasado, por el miedo con el que llevaba tanto tiempo cargando, su conocimiento sobre esa criatura y su naturaleza mortífera.

Monty miró a Rodin.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Cómo curar? ¿Cómo destruir a ese... esa cosa?

—Mi historia es larga. He visto mucho a lo largo de mi vida.

Monty quería saber más, pero se imaginaba que no había tiempo suficiente en el mundo para escuchar todo lo que Rodin había visto. Sin embargo, quizás le preguntaría. Algún día. Por ahora, se contentaba con saber que su amigo estaba a salvo y el peligro había sido destruido.

Monty ayudó a Bishop a ponerse de pie y empezó a abrocharse la camisa manchada de sangre. Rodin rebuscó entre las montañas de ropa que los embrujados, que ahora también buscaban sus pertenencias, habían dejado sin ser conscientes de ello a la entrada de la cueva, y encontró algo para que se lo pusiera Deby.

—¡Madre del amor hermoso!

Monty oyó una voz conocida y miró hacia la entrada de la cueva. Pearson estaba allí, con un montón de abrigo y sombrero en los brazos, mirando la escena que tenía delante con la boca abierta.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —exclamó.

—Es demasiado complicado de explicar —dijo Monty con la voz grave.

—Eso me parecía —aceptó Pearson—. Se oían sonidos extraños y horripilantes hasta en el bar.

—¿Vendrá la policía?

—Probablemente ya los haya llamado alguien —dijo Pearson—. Pero no la señora Frye. La mujer tenía la sensación de que el caos que se oía podía tener algo que ver con vosotros, así que me ha mandado aquí con vuestros abrigo y sombrero. No os guarda rencor, o eso me ha dicho, pero dice que ni necesita ni quiere saber lo que ha ocurrido aquí. Solo que se ha terminado y que no sabe nada que tenga que negar o confirmar. —Señaló a un lado de la tarima de piedra que había hecho las veces de altar para el atroz acto de Friedrich—. Además, dijo que hay una salida justo ahí que os sacará del edificio directos a la calle. La mujer preferiría que salierais por ahí y no cruzarais el club.

—Gracias —dijo Monty, cogiéndole la ropa—. ¿Vienes con nosotros?

Pearson negó con la cabeza.

—Le prometí a la señora Frye que le informaría de que todo estaba correcto y de que no había... daños graves que tener en cuenta. —Pearson miró a su alrededor, a la multitud de hombres semidesnudos que deambulaban y se vestían. Sus ojos permanecieron un momento en el charco de líquido que se evaporaba poco a poco—. Y como no parece muy diferente al cualquier noche en las Cavernas, así se lo haré saber. Entonces saldré deprisa por la puerta principal. Todavía no he estado en ninguna redada y probar cosas nuevas no entra en mis planes. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. A no ser que no esté todo tan bien como podría esperarse.

—Todo el mundo está vivo, aunque es posible que los hombres estén confusos y algo magullados, pero se les debería pasar una vez les diera el aire fresco de la noche. O eso quiero pensar.

—Entonces iré a veros mañana, o pasado, para asegurarme de que tenéis tiempo suficiente para recuperaros. A menos que alguien necesite un sitio donde quedarse; sigo teniendo el piso que compartía con Jonas hasta finales de mes, si alguien lo necesita.

—No hace falta, amigo mío —dijo un atribulado Bishop—. Hay espacio de sobra en la casa de mis padres.

—De acuerdo. Entonces, me marcho. Os recomendaría también prontitud; la señora Frye me ha dicho que el túnel hacia la calle no es corto. —Miró a Bishop—. Y si veo al tal Tejedor, le informaré de que lo buscas, ¿de acuerdo?

Bishop negó con la cabeza.

—Dudo que siga siendo necesario, amigo mío.

Pearson asintió, volvió a dedicar una mirada calculadora a la estancia, y se marchó corriendo hacia la parte delantera del establecimiento.

Deby se acercó a Bishop en ese momento, habiéndose vestido, y lo rodeó con los brazos.

—Pensaba que habías muerto —dijo, las lágrimas ahogando sus palabras.

Bishop le dio una palmadita en la espalda y lo apretó más contra sí.

—Pensaba lo mismo de ti, querido. Con lo heroico que has sido al venir aquí corriendo. El corazón casi se me sale del pecho cuando te vi atacar así a esa malnacida criatura. Espada en mano como el príncipe de un cuento de hadas.

Deby resolló y alzó la cabeza.

—He sido un necio, lo sé. En cuando llegué y vi que había capturado a Rodin, no sé bien cómo, pues me dobla el tamaño, con esas cadena, supe que no tenía sentido intentarlo.

—Y sin embargo, lo has intentado.

—He sido un estúpido, ya lo sé.

Bishop lo miró directamente a los ojos.

—Eres un joven estúpido, magnífico y muy muy valiente.

Deby asintió en silencio. Bishop le tomó el rostro con las manos y lo besó profundamente, pero con dulzura. Deby se dejó caer contra el pecho de Bishop y ocultó la cara en la camisa rasgada y manchada.

Monty miró a Rodin. Había encontrado zapatos, pero seguía desnudo de cintura para arriba. La piel le brillaba bajo la luz, tan perfecto como la primera vez que Monty lo había visto junto al

lago, todos los cortes, arañazos y agujeros ya desaparecidos, curados e invisibles.

—¿Friedrich consiguió capturarte? —preguntó Monty, incapaz de creerlo después del poder y la agilidad que Rodin había mostrado hacía un momento.

—Solo cuando consiguió rodearlo con esas cadenas —dijo Bishop— ¿Se puede saber qué demonios eran?

—Cadenas de auricalco atlantiano —dijo Rodin—. La sustancia más poderosa conocida. Es casi tan antigua como él. En circunstancias normales, habría podido romperlas con poco esfuerzo, pero las había encantado también, no sé muy bien cómo. Me drenaron en cuanto las colocó sobre mí; me quedé sin fuerzas.

—¿Y cómo conseguiste romperlas? —preguntó Monty.

—Usé su poder para llegar al mío —explicó Rodin—. Cerré los ojos y me imaginé a mí mismo. Conecté con las emociones más poderosas que tenía y me vi a mí mismo brillando, irradiando luz, y sentí cómo las cadenas absorbían esa luz. Entonces, retomé de repente el control y las cadenas se volvieron maleables en mis manos. Las partí en dos y me las coloqué en la cintura para poder usarlas.

—Y cuando te diste cuenta de lo que pretendía hacer Friedrich con Bishop, ¿fuiste capaz de invocar toda esa rabia para centrar tu poder? —intentó aclararse Monty.

Rodin negó con la cabeza, con aspecto de estar algo avergonzado.

—No, la rabia no era mi emoción más poderosa. Pensé en lo que las acciones de la criatura, el *aufhocker*, le causarían a Bishop y en cómo cualquier daño que sufriera Bishop te haría daño a ti y te rompería el corazón. Pensar en tu dolor y tu tristeza... No podía soportarlo. Así encontré el poder. Pensando en ti.

Monty se quedó sin palabras, mirando a Rodin.

Rodin se acercó a Monty y tiró de él para acercarlo. Lo besó. No fue un beso breve y a Monty empezó a darle vueltas la cabeza. La caverna en la que estaban desapareció; el olor y el calor, la luz de las antorchas, todo se disolvió, se volvió fresco y oscuro. Como si estuviera buceando en el río un cálido día de verano, se sintió ligero y aliviado. Acarició la espalda de Rodin, de arriba a abajo, de abajo a arriba, notando los músculos fuertes y la piel suave, suavísima, que hasta hacía poco había estado marcada por la batalla. Una batalla que había ganado con el poder del afecto que sentía por Monty, un poder que ahora Monty sentía en Rodin, presionando y creciendo incluso en ese momento.

A su lado, Bishop se aclaró la garganta.

—Bueno —dijo Bishop con sequedad—. Supongo que debería dar las gracias de haber formado parte de la motivación de Rodin para derrotar a la bestia, aunque sea de refilón. Pero deberíamos darnos prisa y marcharnos antes de que tengamos que enfrentarnos a otra bestia llamada fuerzas de la ley.

Le puso la mano en el hombro a Monty para despertarlo de su estupor.

—Venga, vamos a vestir a tu titán. Por muy maravilloso que sea, no puede salir a la calle desnudo de cintura para arriba. Al menos, no en esta zona de Londres.

—La montaña de ropa de allí parece haber desaparecido, excepto por un par de prendas —explicó Deby.

—No creo que hubiera nada de su talla, de todas formas —dijo Bishop—. Pero Freddy se quitó la chaqueta junto al altar, justo antes de empezar a... transformarse. No es más que una chaqueta, pero es lo único que tenemos que se aproxime un poco a la figura de Rodin.

Monty hizo una mueca.

—¿Tenemos que usar sus prendas?

—Creo que sí, Monty. La señora Frye nos ha avisado con un buen margen, pero ese margen disminuye por momentos.

Se movieron en grupo hacia detrás del «altar» como les había indicado Pearson y encontraron una puerta de madera de aspecto antiguo con el quicio en la pared de la roca. Al abrirla encontraron un pasadizo, otra especie de cueva tallada en la piedra. A solo unos metros por delante, el suelo se inclinaba hacia arriba, una cuesta que parecía empinada y se adentraba en la oscuridad total. Monty se estremeció; no estaba de humor para otro pasadizo secreto y, además, intentaba no dejar que su mente pensara en las razones por las que se había creado una ruta de escape en este espacio escondido de las Cavernas. Qué escenas ancestrales habrían tenido lugar en ese mundo subterráneo. ¿Habrían sido siempre tan perturbadoras como el sacrificio de Friedrich? Esperaba no encontrar respuesta a sus preguntas en su camino hacia la superficie.

Rodin los alcanzó tras volver a la sala para hacerse con una antorcha. Se movió a la vanguardia para dirigir la comitiva.

—Vamos, muchachos —los animó Bishop—. La única forma de salir es seguir adelante.

Se adentraron en la oscuridad, esperando que Bishop tuviera razón.

CAPÍTULO ONCE

París, 1907

Todavía era pronto por la mañana, apenas había terminado de amanecer, y el Barrio Latino empezaba a despertarse. Sin embargo, Monty se quedó allí, junto a la avenida que pasaba por delante del Panteón, observando la estatua que tan a menudo había visitado.

Se envolvió bien en su abrigo para protegerse del frío matutino y suspiró, viendo cómo su aliento se convertía en una nube de humo.

Habían pasado tres semanas desde la última vez que viera a Bishop en persona. La noche del incidente con Friedrich en la ópera, su amigo no había vuelto al hotel en el que se alojaban. Tampoco lo había hecho al día siguiente, ni al otro. Pasó una semana antes de que Monty tuviera noticias suyas, una semana frenética de preocupación. Por fin, había recibido una carta, enviada al hotel, en la que Bishop le explicaba que estaba bien y que había vuelto a Les Mans para pasar un tiempo a solas. Le aseguró a Monty que había pagado la cuenta del hotel de los dos y que no pasaría mucho tiempo allí, que solo necesitaba algo de aire fresco para despejarse la mente.

La preocupación frenética había sido de alguna forma una buena distracción para Monty. También habían pasado tres semanas desde que Trevor lo abandonara junto a la fuente. No estaba seguro de si alguna vez se recuperaría de aquello, o incluso de si quería superarlo. A veces, meditaba, era más fácil recrearse en el dolor y apartarse del mundo. Evitar cualquier posibilidad de que le volvieran a hacer daño; aprender a contentarse con la absoluta falta de amor en la vida, y explicar esa falta como algo que le hacía fuerte.

Pero Monty no se sentía fuerte.

Quizás Bishop había tenido razón desde el principio. Quizás el amor no era algo que pudieran tener en ese mundo. Quizás siempre quedaría fuera de su alcance.

Durante tres semanas, había recorrido París completamente solo. Durante tres semanas, se había tejido una capa de soledad y se había preguntado cómo podría quedarle bien en el futuro.

Deby lo había visitado en el hotel un o dos veces, preguntando por Bishop. Y habían compartido dos o tres comidas desoladoras en las que ninguno había querido hablar de la repentina desaparición del amor, en las que ninguno había querido hablar de nada más. Y, así, las comidas transcurrían en silencio, hasta que, al final, era de agradecer, incluso Deby había dejado de ir.

Tres semanas de casi silencio sin solaz.

Hasta que, por fin, la semana anterior la había llegado otra carta de Bishop.

Simplemente decía:

«Estoy listo para volver a casa, amigo mío. ¿Tú no? El lunes que viene».

Y Monty estaba listo.

Así que, aquí estaba de nuevo, una última vez, mirando al Pensador. No sabía por qué esa estatua concreta le daba tanta paz, pero así era. No era la mejor obra del artistas, y la idea, el tema, resultaba en realidad, si uno lo pensaba bien, bastante insípido. Sin embargo, se veía atraído por ella una y otra vez. Solo para quedarse allí y estudiar su forma, recordar la estabilidad y la fuerza.

Miró su reloj y vio que era hora de volver al hotel.

Empezó a alejarse y tuvo la sensación de que alguien lo miraba. Volvió a girarse hacia el Pensador y miró a su alrededor. Le pareció ver una sombra moverse justo debajo de la estatua, pero el barrio empezaba a llenarse de la vida del día a día, así que podría haber sido cualquiera, cualquier cosa.

Quizás, pensó, dejando volar su imaginación, era el Pensador el que lo miraba. Observando cómo se alejaba, como lo había visto tantas mañanas.

O, quizás, solo era el fantasma de París.

París tenía muchos fantasmas. Y amenazaban con perseguirlo durante mucho tiempo.



Cuando entró al hotel, las puertas se abrieron para que saliera Bishop.

Quería correr y abrazar a su amigo, pero, como era obvio, el decoro se lo impedía, así como también se lo impedía el lenguaje corporal de Bishop.

—Ya tenemos todo el equipaje hecho y en el taxi —dijo Bishop como único saludo.

—¿Bishop, estás bien? Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo ha ido todo?

Bishop parecía cansado y enfermizo. Su brillo había desaparecido. Monty nunca lo había visto tan diferente a su yo habitual. Su voz sonaba floja y su actitud era arisca.

Bishop no le contestó de inmediato, sino que se tomó su tiempo sacando los guantes y atándoselos. Finalmente, levantó la mirada, su expresión neutra.

—Vamos, amigo mío, es hora de volver a casa. Abandonemos París para no volver.

CAPÍTULO DOCE

Londres, 1910

Fuera, en las calles que había detrás del Brunswick, el aire se había vuelto algo más frío respecto a cuando habían entrado al club. Las dos parejas habían subido a trompicones los últimos escalones de roca de la caverna y había abierto una puerta oculta para encontrarse en un callejón cerca de la calle Regent. Seguía estando bastante oscuro y las farolas estaban encendidas.

Los cuatro se quedaron allí, mirando a su alrededor sin ver nada en realidad, simplemente recuperando la compostura. Era difícil de creer que hubiera estado debajo de la calle Regent, tan corriente, cuando lo que les había ocurrido parecía como una aparición de otro mundo. Se mantuvieron en silencio mientras estiraban brazos y piernas, notando el aire familiar en la piel.

—Se nos ha hecho muy tarde —dijo Deby al final.

—O muy pronto —dijo Monty—. Creo que estamos más cerca del amanecer que del atardecer. Se oyó un tenue tarareo y entonces Bishop empezó a cantar.

Y con las nubes tejíó con sus dedos rosados

Una mañana que fue un velo cerrado

Monty y Deby lo miraron con la boca abierta. Tenía la voz ronca, algo tensa, pero seguían siendo igual de encantadora que de joven.

—Cielos, Bishop —dijo Monty—, hacía tres años que no te escuchaba cantar.

Bishop miró hacia la calle y la observó un momento. Se llevó la mano a la garganta y se la masajeó con cuidado.

—Claro, no podría cantar, ¿veis? No cantar era lo que tenía que hacer para mantener a Friedrich a raya. El Tejedor me ayudó; siempre y cuando no utilizara los dones que me había concedido Freddy, no tendría poder sobre mí.

—Todo este tiempo, ¿estabas rechazando tu voz para mantenerlo a raya? —preguntó Monty.

Bishop asintió.

—O, al menos, así debería haber sido. Pero las criaturas como Freddy se cobrarán sus deudas sea como sea.

—¿La deuda de sangre de la que habló era por eso? ¿Un pago?

—Por mi voz, sí.

—Pero ya sabía cantar antes —insistió Monty.

—No como en París, Monty. Y lo sabes. Cuando Freddy vino a mí, no sabía quién o qué era. Un mecenas, pensé. Un hombre mayor que, como tantos otros antes que él, se me acercaban con promesas a cambio de mi compañía. Pero entonces, mi voz empezó a cambiar. Fue asombroso. Los graves y los agudos a los que nunca había llegado, el timbre y la maleabilidad. Cantar era como algo nuevo, incluso trascendental. Era increíble, lo que la música era entonces para mí. Fue entonces cuando me preguntó qué era lo que más quería en la vida. Y le dije que quería poder cautivar a cualquiera con mi voz. Poder usarla para hacer cambiar de mentalidad, para doblegar las voluntades, para conseguir el éxito o el consuelo que necesitara. Quería poder atraer a quién más quisiera y mantenerlo junto a mí.

Entonces, Bishop miró a Deby.

—Y funcionó.

Deby le tomó la mano.

—Bishop, no necesitabas ningún talento que no tuvieras. Ya tenías tantos, y en abundancia, y a tantas personas dispuestas a quedarse a tu lado.

—No había tantas, antes —dijo Bishop—. Pero ahora veo que, con toda seguridad, tenía una al menos.

—Pero el don del *aufhocker* tenía un precio —dijo Rodin.

—Sí —dijo Bishop—. Un precio muy elevado. Quería mi sangre, mi fuerza vital. Cuando me negué, se encolerizó, se volvió violento. Conseguí engañarlo el tiempo suficiente para abandonar París, pero una vez en Inglaterra, no sabía qué hacer, así que busqué al Tejedor. Él me ayudó, pero me prometió que no sería para siempre; nada podría mantener a esa bestia a raya indefinidamente. Un día, me encontraría. Y, hace tres meses, me encontró.

—Lo vi en público, en un evento social. No hizo nada con tanta gente delante, pero lo vi por los márgenes de la reunión, vigilándome. Y corrí. Corrí a casa esa noche, recogí lo que pude y hui a la finca de mis padres.

—Y en unos días, tu alojamiento estaba vacío y disponible.

—Sí. Lo siento, Monty. Sabía que te confundiría, pero, como ahora sabes bien, no podía explicarlo. No todo.

—Podrías haber confiado en mí —dijo Monty—. Lo habría entendido.

—¿Seguro? —dijo Bishop, serio—. Fíjate en lo mucho que te has cuestionado tus propios deseos hechos realidad por métodos fantásticos.

Monty y Rodin intercambiaron una mirada y Monty se dio cuenta de que no podía negarlo.

—Bishop no sabía todo de lo que Friedrich era capaz, en realidad —explicó Rodin—. La violencia, la depravación... Pocos podrían imaginarlo. A menos que fuera algo que hubieras visto.

—Al principio, pensé que tu aparición estaba relacionada con Friedrich, sin saber bien cómo. Cuando por fin acepté que otra criatura de leyenda me había encontrado de alguna forma, nos había encontrado, pensé que debía significar algo.

—Me temo que no era consciente de la presencia de Friedrich hasta esta noche —confesó Rodin—. Solo vine en busca de Monty.

—Sí, ahora lo sé —dijo Bishop—. Pero, lo supieras o no, creo que debes de haber venido también por mí. De lo contrario, ¿qué sería de nosotros en este momento? Doy las gracias por tu presencia.

—Y yo también —dijo Deby—, por esta oportunidad.

Rodin les sonrió a los dos y se giró hacia Monty.

—¿Y tú, Montgomery Singer? ¿También das gracias por mi presencia?

—Quizás. —Una sonrisa le curvó los labios a Monty, pero entrecerró los ojos al contestar—. Pero no si me vuelves a llamar Montgomery.

Rodin se rio.

—Te burlas de mí.

—Quizás.

—Quizás.

—Creo que voy a parar un taxi —dijo Deby—. Bishop está demasiado exhausto para caminar.

—De acuerdo —dijo Monty—. Rodin y yo iremos andando. Tenemos asuntos que tratar.



Esa noche brillaba la luna llena; muy apropiado, pensó Monty mientras caminaban. Cubría la ciudad de unas sombras particulares a esas altas horas de la madrugada. Las farolas tenían una aureola borrosa de luz que competía con la luna, rectas y mirando hacia abajo como un cíclope

con un ojo adormilado. Vigilaban la ciudad de Londres, ayudando a mantenerla segura, pero también eran un recordatorio constante de que la noche no les pertenecía solo a los humanos.

Sin saber bien por qué, Monty sentía la necesidad de acercarse a Hyde Park y caminó en esa dirección. Rodin no se lo discutió ni lo presionó; ambos parecían satisfechos, por el momento, con pasear en silencio y sentir el calor de la seguridad en presencia del otro. Había sido una noche muy larga y todavía no tenían nada que decirse.

En su paseo, cruzaron la parte sur de la plaza Grosvenor. Monty miró a las casas apretujadas que daban al parque central, todas, a pesar de sus pequeñas diferencias estéticas, tan parecidas, y pensó en sus padres. Llevarían horas durmiendo, con toda seguridad, arrullados por la sensación de confianza y la seguridad de compartir el amor. ¿Llegaría a conocer él ese tipo de seguridad? Como Bishop le había recordado tan a menudo, el mundo ofrecía muy pocas garantías para hombres como ellos. ¿Llegaría a conocer un para siempre, un amor seguro?

—Antes —empezó a decir Monty—, has dicho que viniste aquí por mí.

—Sí —contestó Rodin.

—Pero ¿cómo es posible?

—Los selkies podemos ir a muchos sitios, sin importar la distancia ni el tiempo.

Habían llegado a las afueras de Hyde Park y estaba todo tranquilo, pero los rodeaba un suave rumor. Monty oía el movimiento de los árboles, en la distancia, y se esforzó por escuchar lo que pensaba que era el romper de las olas del Serpentine. Suponía que no estaría permitido entrar al parque a esas horas, pero siguieron adelante, sin pararse a pensarlo.

—Ciertamente, he sido testigo esta noche de la amplitud de tus habilidades —dijo Monty con una sonrisa mientras seguían caminando—. Pero lo que quiero saber es por qué viniste a por mí, en concreto. ¿Cómo sabías quién soy?

—Pero te conozco desde París.

—Eso has dicho, que nuestros destinos se entrelazaron allí sin saber bien cómo.

—Sí.

—Pero ¿puedes decirme cómo es posible?

—Te vi por primera vez cuando viniste al Sena. Solías acercarte al agua en muchos sitios por la ciudad, te quedabas en el borde y mirabas al río. Me cautivaste y empecé a buscarte.

—¿Durante toda mi estancia en Francia? Así que, básicamente, ¿me espiaste tal y como Friedrich espió a Bishop?

Rodin se paró en seco y lo miró con intensidad.

—Te ruego que no hagas una comparación así. Es hiriente. No te espié como esa criatura. Me limité a mirarte, cuidarte y asegurarme de que estabas a salvo. A pesar de que, desde el momento en que te vi, sentí una conexión, una transferencia de energía que nunca había sentido con nadie. El simple hecho de verte, allí, desde el agua, hacía que mi cuerpo vibrara. Supe que existía un vínculo entre nosotros más fuerte de lo normal. Sin embargo, nunca me habría acercado a ti sin invitación, sin una señal.

—¿Y recibiste esa señal?

Rodin asintió. Retomaron la marcha.

—¿Cuándo? —preguntó Monty—. ¿Cuándo recibiste una señal?

—Aquella noche en el puente. Cuando le cantaste al agua y tus lágrimas de tristeza cayeron sobre las olas. Estaba allí y te contesté cantando. ¿No te acuerdas? Lloraste y probé tus lágrimas en el agua. No hubo palabras, pero el significado estaba claro. Tu corazón se había roto, y eso rompió el mío a su vez. Conocía tu alma, la había visto desde el principio. Y, desde luego, ese momento no hizo sino demostrarme que necesitabas a alguien que cuidara de ti. A alguien que no fuera negligente, sino a alguien que te apreciara como a un tesoro.

Monty se humedeció los labios con la lengua. Sintió como si pudiera notar la sal en los labios, como aquella noche en el puente Alejandro III.

—¿Y supiste todo aquello solo con mis lágrimas?

—Lo sentía desde el principio. Esa noche solo me convenció del todo. Entonces, quise salir del agua. Abrazarte, acariciarte, decirte que todo saldría bien. Que el amor te pertenecía. Pero me atemorizaba mostrarme, porque pensé que te asustarías de verme. De alguna forma, pensé que era demasiado pronto. Que tu herida seguía demasiado abierta.

Monty sonrió.

—Sí, si hubieras salido del río y te hubieras transformado en un apuesto joven, debo admitir que me habría afectado en gran medida. Además de lo afectado que ya estaba.

Rodin asintió.

—El desamor tarda en sanar y sabía que debía esperar a que tu corazón estuviera abierto a amar de nuevo. Hasta que tuviera la oportunidad de cambiar mi forma y demostrarte el amor que llevaba conmigo. Así que esperé. Y seguí vigilándote, esperando a que llegara el momento adecuado. Y, entonces, un día te fuiste. Habías abandonado París. Y fui yo quién sintió cómo se rompía mi corazón. No tenía forma de saber si volverías o cuándo sería. De hecho, no sabía si te volvería a ver. Y sabía todo el daño que te había hecho Trevor.

Monty lo miró.

—¿Sabías lo de Trevor en concreto?

—Desde luego. Como ya he dicho, me cautivaste. Te conocía antes de conocerlo a él; te había seguido con devoción desde el primer momento en que te vi. Estaba allí aquel día en el Sarthe, cuando nadaste con tu nuevo amigo. Te di un toquecito bajo el agua, esperando llamar tu atención. Soñaba con distraerte, hacer que me vieras. Pero aquel día solo tenías ojos para él. Así que me retiré, esperando que llegara mi momento.

Monty se apoyó contra un árbol cercano, intentando procesarlo todo.

—¿Estabas ahí incluso antes que Trevor?

—Sí, pero vi que tu corazón estaba ocupado con él y no habría sido adecuado que yo me interpusiera.

Monty suspiró.

—Ojalá te hubieras interpuesto, ¿sabes? Creo que te habría preferido a ti.

Rodin se acercó a él y le puso las manos en la cintura.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Me has mostrado más amabilidad y dulzura en un día que todos los hombres a los que he conocido hasta ahora. Aunque me haya resistido durante todo el proceso. Era demasiado bueno para ser verdad. Tanta pasión y elegancia en una sola persona. Pensaba que tenías algún objetivo turbio.

Rodin sonrió.

—Bueno, sí que tenía un objetivo, pero no era turbio.

Rozó los labios de Monty con los suyos y al momento se estaban besando. Rodin se dedicó al beso con afecto, dominación y devoción. Apoyó la mano en el tronco del árbol para ganar estabilidad mientras usaba la otra para acercar a Monty hacia sí por la cadera. Eso alimentó el fuego y el calor empezó crecer en ellos.

Rodin interrumpió el beso, dejando a Monty jadeante y dócil.

—¿Vienes conmigo al agua? —le suplicó.

Monty asintió.

La superficie del Serpentine reflejaba la luna y parecía una bola enorme de luz tenue en medio de la cubierta de árboles. Más allá de las cimas, Monty vio en la distancia la torre de la catedral, una silueta contra el cielo brumoso, sus chapiteles como los cuernos de una gran bestia. Se quedaron allí, juntos, a la orilla del lago, observándolo en silencio. Monty sintió el aire fresco que se elevaba desde la superficie. El aire fresco y húmedo, como la bruma de una fuente.

—El mar es tan grande. Todas esas ensenadas, esos ríos y arroyos y lagos. Y, sin embargo, me has encontrado aquí —dijo Monty—. Tan lejos.

—Estábamos conectados; te sentía todo el tiempo. Incluso cuando cruzaste el océano hasta el nuevo continente, seguía sintiéndote. No tanto como cuando estabas más cerca, pero lo suficiente para saber dónde estabas. Como a mis hermanos y a mi madre. A veces la sensación se debilita, pero la conexión no se rompe nunca. Siempre y cuando te siguiera sintiendo, sabía que podría seguir buscándote. Tardé mucho tiempo, pero por fin te volví a encontrar.

Monty lo miró.

—¿Tienes familia?

—Sí, pero hace mucho tiempo que no los veo.

—¿Cuánto tiempo?

—Demasiado como para acordarme. Estaban allí al principio, pero no lo recuerdo muy bien. He estado en tantos lugares, durante mucho tiempo.

—¿Tú solo?

—No siempre. No siempre he estado solo. He conocido a otros. Y tuve hermanos y hermanas conmigo, hace tiempo. Pero encontramos nuestras propias corrientes que seguir. Así debe ser.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tenía siete.

—¿Tenías?

Rodin tenía la mirada distante y contemplativa, pero sonrió de todas formas.

—A veces aparecemos en el mismo lugar, a la vez, pero no siempre. Las corrientes se cruzan o se separan, nos llevan muy lejos. Pero los puedo sentir. A los que han sobrevivido, al menos.

Monty se volvió a acerca a él. Le tocó la mejilla a Rodin.

—Has perdido a seres queridos. Lo siento mucho.

Rodin le tomó los dedos y se los besó.

—Fue hace mucho tiempo. Ahora te tengo a ti.

—¿Cómo es posible que te esforzaras tanto en encontrarme? ¿Qué tengo que te pueda ofrecer?

Rodin lo apretó contra sí.

—Todo. Lo eres todo para mí. Lo veo todo sobre ti y me hace brillar. Todo lo que hace que te sientas un extraño en este mundo, todo eso me es hermoso. Es lo más hermoso que tienes. He visto cómo te preocupas por los demás, cómo amas a la gente a la que aprecias. Tus lágrimas de tristeza eran saladas y amargas, pero solo porque nacían de una profunda dulzura. Lo pude saborear; te pude saborear. Te quise.

Monty se quedó sin aliento.

—Escuché tu triste tonada junto al río. Sé qué tipo de corazón tienes y eso es lo único que me importa. Veo la persona que sigues siendo, el corazón que sigue en tu pecho. Hay cosas que se escapan del entendimiento.

Monty sintió cómo su resistencia emocional cedía por completo.

—En efecto —dijo Monty—. Si he aprendido algo hoy, ha sido eso.

—Hay cosas que van más allá de lo que podemos tocar, lo que podemos sentir —dijo Rodin—. Lo que tú llamas magia, ¿cómo puedes no ver que también es amor? No hay explicación para el amor. Nace del mar y del aire y de las estrellas. Simplemente existe. No hace falta explicar lo que no se puede explicar. Cómo miraste al cielo esa noche; tus ojos, cómo reflejaron la luz de la luna mientras tus lágrimas brillaban en ellos... Supe que eras mío.

Siguieron mirando el agua del Serpentine juntos, con la luz todavía haciendo relucir la superficie del agua.

—¿Monty? —dijo Rodin con dulzura.

—¿Sí?

—Quiero hacerte el amor.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Sí.

—Pero no podemos hacerlo aquí.

—¿Por qué no?

—¿Y si viene alguien? ¿Y si nos ven?

—Entonces verán algo hermoso.

—Verán algo que terminará con nuestro arresto y una estancia en la cárcel, Rodin. Estamos en Inglaterra, así es como funciona.

Rodin frunció el ceño.

—Entonces, Inglaterra sigue siendo muy frustrante.

Volvió a tirar de Monty y lo besó. Una vez más, Monty tuvo la sensación de que estaba flotando en el mar, con las olas golpeando su cuerpo. La pasión fue haciéndose con el beso y Rodin empezó a desabotonarle la ropa para meter la mano bajo la tela y acariciarle la piel. Cuando más lo tocaba, su tacto sedoso como vibraciones sobre su piel, más cedía Monty. A su alrededor, oyó las ramas de los árboles empezar a sacudirse como si las golpeará un fuerte viento.

Cuando volvió a abrir los ojos, Rodin estaba desnudo por completo y él mismo estaba en paños menores. Rodin se arrodilló ante él y fue apartando poco a poco la tela, acariciando con la boca la piel que iba revelando, rozando con los labios la erección de Monty.

—Ay, Rodin —murmuró—. No podemos.

Rodin se apartó y fue hasta un árbol cercano para guardar la ropa y los zapatos en un recoveco entre las ramas.

—Ven conmigo —dijo a su regreso, ofreciéndole una mano.

Caminaron hacia la orilla del lago.

—Bésame otra vez —dijo Rodin.

—Me veo en la obligación de repetir que no podemos hacer el amor aquí junto al agua —protestó Monty.

Rodin le posó un dedo en los labios.

—¿Confías en mí?

—Sí, pero...

—Shh, pues bésame.

Monty lo besó. El beso volvió a consumirlo y Monty cerró los ojos, recreándose en lo que sentía. Se perdió en la sensación; en su mente, vio los colores del mar a su alrededor, el brillo de las olas. Notó cómo la tensión se liberaba en su interior y, entonces, se encontró rodeado por un sentimiento cálido y de bienestar absoluto.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba bajo la superficie y Rodin lo rodeaba con los brazos. Miró a su alrededor y vio que estaban los dos sumergidos. Sin saber muy bien cómo, por arte de magia, no tenía problemas para respirar; sin embargo, no pudo evitar una punzada de pánico. Rodin le posó un dedo en los labios y negó con la cabeza despacio. Le recorrió los bordes de la boca y el movimiento consiguió calmarlo un poco. Entonces, Rodin se inclinó para besarlo otra vez y Monty volvió a sentirse seguro. Rodin se apartó y le indicó con gestos que lo siguiera a nado. Bajaron más y más, metro a metro de agua cada vez más y más oscura. Monty le tomó la mano a Rodin con fuerza y dejó que el selkie lo guiara.

Monty se dio cuenta, mientras seguía nadando cada vez más profundo, de que ya no tenía miedo. Sabía que Rodin lo protegería. Nadaron hasta que Rodin se detuvo y los enderezó, ambos flotando uno al lado del otro. A pesar de la oscuridad, sin saber cómo los ojos de Monty se habían adaptado y podía ver a Rodin a su lado. Extendió los pies hacia abajo y Monty sintió cómo rozaba con los dedos el fondo del lago. Rodin lo soltó entonces y el mundo quedó a oscuras; perdió la vista y, por un breve momento, Monty entró en pánico. El miedo se disipó

cuando el agua a su alrededor comenzó a vibrar, fluyendo y menguando, como si algo la empujara hacia fuera, en todas las direcciones. Monty sintió una pequeña caída y, al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que ahora se encontraba en el fondo, mientras el agua retrocedía a su alrededor. De alguna manera entró la luz y pudo ver a Rodin ante él, extendiendo los brazos hacia arriba en un semicírculo. El agua respondió, moviéndose hacia arriba y a su alrededor, hasta que de alguna manera acabaron de pie en el fondo del lago. El movimiento de Rodin había formado una cúpula con el agua que los rodeaba y una luz ascendía desde el suelo, no con un brillo sobrenatural, pero sí con intensidad suficiente para que pudieran verse el uno al otro en la oscuridad.

—¿Cómo es posible? —susurró Monty, perplejo.

Rodin se acercó a él.

—Es posible porque lo es —dijo Rodin—. Debes creer en la magia cuando la ves con tus propios ojos.

Rodin se movió con gracia hacia Monty y le rodeó la cintura con un brazo para apretarlo contra sí. Besó a Monty, profundo e intenso. Rodin olía a algas y a viento y sabía a sal marina profunda, y Monty saboreó cada segundo. Rodin se apartó y empezó a arrodillarse, pero Monty lo detuvo. Monty quería darle placer, hacerle sentir tan bien como Rodin había hecho que se sintiera él con apenas sus palabras. A lo largo del día, visiones de su cuerpo habían poblado la mente de Monty y sabía perfectamente cómo y dónde quería empezar.

Se arrodilló, tomando el magnífico miembro de Rodin con la boca. Recorrió la longitud con la lengua, de arriba a abajo, despacio, y cuando oyó a Rodin gemir, se animó a moverse más deprisa y con más determinación. A pesar de su tamaño, lo tomó hasta el fondo y miró hacia arriba para ver a Rodin alzar los brazos con una expresión de éxtasis en su rostro. Por un instante, Monty se preguntó si ese movimiento de los brazos de Rodin haría que el agua cayera sobre ellos, pero se dio cuenta de que no le importaba. Si las olas se lo llevaban y lo ahogaban allí, sería un momento tan exquisito que no podría ni haberlo soñado. Dedicó toda su atención al pene y los testículos de Rodin hasta que el hombre lo apartó para retrasar un poco el final.

Rodin se arrodilló y volvió a besar a Monty, ahora bajando con la boca por su cuerpo hasta que encontró su miembro. Estaba decidido a darle a Monty tanto placer como Monty le había dado a él y lo consiguió. Monty se mecía con el movimiento de la boca de Rodin.

Entonces, Rodin lo recolocó para que terminaran los dos tumbados en el fondo arenoso del lago. Lo cogió de las caderas y tiró de él hasta que su erección presionó contra las nalgas de Monty. Monty lo cogió del hombro y lo acercó; quería volver a sentir la lengua de Rodin en la

boca. Se besaron y siguieron besándose mientras Rodin entraba en Monty, moviéndose como el mar, profundo, penetrante, un ritmo que era imposible igualar. Monty clavó las manos en la arena, agradeciendo la sensación rugosa pero suave de notarla escurriéndosele entre los dedos. El tiempo adquirió un nuevo significado y Monty se dejó llevar por la sensación durante un intervalo delicioso e indefinido. Entonces, Rodin salió de él y alzó a Monty para que este reposara contra su pecho.

—Ahora tú, a mí —susurró Rodin.

Abrió las piernas y se separó un poco del suelo para que Monty entendiera a qué se refería. Monty se colocó y entró, moviendo las caderas, pensando en el romper de las olas. Cara a cara, observó la euforia cubrir el rostro del otro hombre; su piel que parecía relucir, sus labios carnosos y húmedos separados en un gemido de súplica. Monty sintió cómo ambos se acercaban al clímax y, entonces, de repente, los dos a la vez, culminaron. Monty ahogó un grito, las vibraciones recorriendo su cuerpo desde la coronilla a los dedos de los pies, y cayó sobre el glorioso pecho de Rodin; escondió su rostro en el cuello del selkie. Un tarareo se le escapó de los labios, como una canción entremezclada con besos, y saboreó la piel de Rodin hasta que se quedó dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos, Monty estaba tumbado en la hierba a la orilla del Serpentine. Se sentó y miró al lago. Allí, del agua, salió el suave y alargado cuerpo del selkie, rompiendo la superficie antes de volver a sumergirse. Monty se rio con ganas, disfrutando del júbilo travieso que sin duda sentía Rodin.

Monty se levantó, quitándose la arena y el césped de la piel, y corrió a por su ropa doblada. Sacó la libreta del bolsillo interior de su chaqueta. Cuando volvió a la orilla del lago, oyó un salpicar diferente. Rodin salió del río, todo hombre, su cuello largo y la cabeza echada hacia atrás, mirando al cielo. Desnudo, bello e impresionante, su piel adquirió un brillo rosado al reflejar los tenues rayos del día que se acercaba. Dio la vuelta al lago nadando mientras Monty dibujaba a toda prisa, queriendo grabar ese momento para siempre.

Cuando Rodin por fin salió del agua, se acercó a Monty y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse del suelo.

Tomó con dulzura la libreta de Monty, que no se resistió, y miró la página.

—Soy yo —dijo, al parecer impresionado.

—Sí, eres tú, en efecto.

—Me has capturado a la perfección. Como la vida real.

—Es curioso, ¿no? Y gracias.

Atrajo a Monty hacia sí y lo besó profundamente.

—Vamos —dijo Monty—. Amanecerá en apenas unos instantes.

Mientras se vestían, Monty observó a Rodin, cómo el agua se le secaba de inmediato en la piel.

—Rodin. —Su voz sonaba dubitativa—. Ser un selkie... ¿Es posible convertirse en uno sin serlo de nacimiento?

Rodin hizo una breve pausa antes de seguir vistiéndose sin levantar la mirada.

—No es algo que uno pueda simplemente hacer; es complejo y mágico. Quizás incluso doloroso.

—Hay muchas cosas que son dolorosas —dijo Monty— y que se pueden soportar.

—No se deberían tomar decisiones así sin estar seguro —dijo Rodin simplemente—. Es para siempre; y para siempre es para siempre.

—Si es algo mágico, entonces has demostrado esta noche que contienes mucha magia.

Rodin lo miró con afecto.

—Hay muchas formas de magia, Monty. Yo no las poseo todas.

—Esa es una afirmación que debo poner en duda —dijo Monty.

Le robó un beso rápido mientras salían del parque, el amanecer empezando a brillar dorado y reluciente sobre el lago que dejaban a su espalda.

CAPÍTULO TRECE

La mañana era fresca y clara; el sol los cubrió en capas sin filtrar y apenas había nubes o bruma que ocultaran el cielo, al menos para lo que era habitual en Londres. Sencillamente, era una de las mañanas más maravillosas que Monty había visto en mucho tiempo. Y su estado de ánimo lo reflejaba; se sentía a la vez satisfecho y lleno de esperanza.

Pronto llegarían a casa de Bishop. Monty miró a Rodin, que estaba sonriendo y parecía disfrutar de la brillante mañana tanto como él.

—Ahora que te has bañado esta mañana, ¿podrás quedarte así mucho tiempo?

Rodin lo miro con afecto.

—Mi baño de esta mañana ha sido solo para divertirme. Para expresar mi felicidad. Sí, cuanto más tiempo paso fuera del agua, más aprendo a resistirme al cambio. En especial si mi cuerpo y mi mente están en consonancia. Pero, desde luego, debo encontrar agua con regularidad.

—Vamos a tener que instalar un fantástico baño enorme.

—¿Y dónde lo instalaremos?

—En mi piso —dijo Monty—. Tengo unas habitaciones justo al otro lado... Bueno, si es que quisieras volver a venir a visitarme algún día.

—¿Cómo suena todos los días?

Monty bajó la cabeza con una sonrisa.

—No veo por qué no sería una opción.

Giraron una esquina y ya estaban apenas a unas casas de la residencia de Bishop.

—Pero ¿resultará pernicioso de alguna forma? ¿Estar mucho más tiempo de lo normal alejado del mar?

Rodin negó con la cabeza, pensativo.

—Sé de algunos que han permanecido lejos del mar el resto de sus días. El único efecto perjudicial es ese: en ese caso, la vida acaba, al no visitar el mar. De la forma habitual, quiero decir. Envejecen.

Monty lo meditó.

—¿Lo echarías de menos? ¿El mar?

—He estado en el mar mucho tiempo, pero a ti te conozco desde hace poco. El precio merece la pena.

Intercambiaron una mirada cargada de significado.

—Ya hemos llegado —dijo Rodin.

—Sí —dijo Monty, mirando hacia la casa—. Algunas de las luces de la primera planta parecen encendidas. ¿Investigamos?

Siempre leal, Davies abrió la puerta cuando llamaron.

—Buenos días, Davies. ¿Ha amanecido alguien ya?

—Señor Singer, no me sorprendería que algunos no hubieran dormido en absoluto.

Subieron las escaleras y, cuando llegaron al pasillo, se abrió una puerta y de ella salió un Henry a medio vestir, el lacayo que con tanto ahínco los había ayudado en sus aventuras en el baño.

Los miró y sus mejillas se tornaron rojo ardiente. El muchacho parecía a punto de escabullirse, pero lo detuvo un grito de «¡Espera!» desde dentro de la habitación.

Anderson Herald, desnudo, apareció por la puerta, agarró a Henry de los pantalones y le dio un beso.

—Ahora tráeme café y uno de esos desayunos ingleses de los que tanto he oído hablar, ¿vale?

Henry asintió y salió corriendo entre Monty y Rodin.

—Amigos míos —dijo Anderson—. Buenos días.

Asintieron como saludo y Anderson se retiró, despacio y con el espectáculo innecesario de una vuelta entera, a su habitación.

Se pararon junto a la puerta de Bishop y la encontraron medio abierta. Monty la abrió y encontró a Bishop profundamente dormido en la cama. En un sillón cercano, Deby dormía también. Era obvio que había estado demasiado agotado para desvestirse del todo, así que tenía un zapato sí y otro no y la cabeza le caía en el respaldo del sillón en un ángulo incómodo. Sin embargo, se había asegurado de que Bishop estuviera tapado a la perfección.

Monty cogió una de las almohadas de la cama de Bishop y se la puso con cuidado a Deby bajo la cabeza. El pobre estaba demasiado cansado como para moverse siquiera. Monty lo tapó con un

abrigo que había quedado en el suelo y salió de la habitación. Cerró la puerta con cuidado a su espalda.

La siguiente habitación que encontraron era la de Rodin.

—Esta es tu habitación —dijo Monty.

—Sí —Rodin abrió la puerta y se quedó quieto una vez dentro—. ¿No vienes?

—¿A tu habitación?

—Sí, claro.

—No soy de los que suelen recibir invitaciones a pasar la noche —dijo Monty.

Rodin lo apretó contra sí y le besó el cuello.

—Ven —dijo Rodin—, tumbate conmigo.



Dentro, se desvistieron y se metieron en la cama. Rodin lo atrajo bajo las sábanas.

—¿Rodin?

—Antes dijiste que para siempre es para siempre.

—Sí.

—¿Y si quiero el para siempre? ¿Y si es lo único que quiero?

Rodin lo besó.

—Podemos hablar del para siempre por la mañana.

—Pero ya es por la mañana.

—Entonces podemos discutirlo en otro momento. Tenemos mucho tiempo para hablar del para siempre.

Monty pasó los dedos por la curva de su pecho.

—¿Pretendes quedarte mucho tiempo, entonces?

—Desde luego —contestó Rodin con voz traviesa—. No creerás que he nadado hasta aquí solo por la novedad.

—Debo admitir que espero que no. Me gustaría pensar que has venido hasta aquí porque tu corazón no te dejaría ir a ningún otro sitio.

—Sí. Siempre sigo a mi corazón. Y lo he seguido hasta ti.

Monty asintió y apoyó la cabeza en el pecho de Rodin. Juntos, se fueron quedando dormidos, el sonido de sus respiraciones al unísono recordando al dulce romper de las olas en la distancia.

Nota del autor

•
¡ Gracias por leer! Si tienes tiempo de compartir lo que opinas con otros lectores en una reseña de este u otro de los libros de Joshua Ian, lo apreciaría mucho. Las reseñas ayudan a aumentar la visibilidad, que es de vital importancia para los autores independientes. No dudes en dejar tu opinión en Goodreads, Bookbub, Amazon o donde sea que compartas, escribas sobre libros o compres.

Sobre al autor



A **Joshua Ian** se lo puede capturar fácilmente con un comentario ingenioso o una línea de bajo electrónica grave. Si consigues combinar las dos, tienes su corazón para siempre. Vive en Nueva York, es amante del cine y se autoproclama Experto en Chocolate Negro. Cuando no está mirando una pantalla en blanco y maldiciendo la futilidad de la vida, se le puede encontrar viendo series de misterio cucas, soñando despierto con su futura colección de caftanes o explorando librerías

de segunda mano para acumular más romances y misterios vintage de los que sus estanterías pueden soportar en realidad. Un día pretende recorrer el mundo; ver lo que cada país tiene que ofrecer en libros de segunda mano, cines y chocolate negro, evidentemente.



Website: moodyboxfan.com

Goodreads: <https://www.goodreads.com/joshuaian>

Twitter: <https://twitter.com/joshuaianauthor>

Instagram: <https://www.instagram.com/moodyboxfan/>

Bookbub: <https://www.bookbub.com/authors/joshua-ian>

Facebook: <https://www.facebook.com/joshuaianauthor>



Email: joshuaianauthor@gmail.com

Otros libros de Joshua Ian



OTROS LIBROS EN ESPAÑOL

Todas las flores altas : un relato de romántica histórica



LA SERIE ROMANCE ARCANO

La luna de la cosecha (Volumen Uno)

El fantasma de Hillcomb Hall (Volumen Dos)

El lago Manchester (Volumen Tres)

Consulte todos los proyectos actuales y futuros en moodyboxfan.com



OTROS LIBROS EN INGLES

DEPARTMENTS OF LOVE (SERIES)

A brand new historical romance series by Joshua Ian published by Dragonblade Publishing!

Set in Hartridge & Casas, a luxury department store, in Edwardian London.

‘The Departments of Love’ series features a colorful cast of recurring characters, with each book centering on a different couple, all employees at the store.

Catering to Love (Departments of Love, Book 1)

Fitted to Love (Departments of Love, Book 2)

Stages of Love (Departments of Love, Book 3)



THE DARKLY ENCHANTED ROMANCE SERIES

The Harvest Moon

The Ghost of Hillcomb Hall

Manchester Lake



Short Stories

All Tall Flowers: A Historical Romance Short

Grave Songs for the Dead: A Short Story Cycle

Gingerbread: A Dark Fiction Short Story

the 1 train: Glimpses of New York City

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.



“Manchester Lake” (Edición en inglés)

Copyright © 2021, Joshua Ian

Publicado por Moody Boxfan Books

“El lago Manchester” (Edición en español)

Traducción al español Copyright © 2024

ISBN: 978-1-962263-04-7 (ebook, edición español)

ISBN: 978-1-962263-05-4 (tapa blanda, edición español)



Traducción: Ana Compañy Martínez

anacompanymartinez@gmail.com



Imagen de portada de Dar Albert, Wicked Smart Designs

<https://www.wickedsmartdesigns.com/>



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación de datos, sin la previa autorización por escrito del editor y sólo en la medida permitida por la ley. Los revisores están autorizados a citar breves extractos. Para solicitar permiso, y para cualquier otra información, póngase en contacto con el autor.





MOODY BOXFAN

BOOKS